ESCRITO CON ODIO

(MEMORIAS III)

ARGENIS RODRIGUEZ

Abajo estaba Teodoro Petkoff engañando a los pobres militantes de la juventud comunista. Con su descaro de dirigente estudiantil y con el descaro de quien sabe qué mierda mandó a unos jóvenes a apropiarse de un avión que repartió propaganda sobre el Palacio de Miraflores y después se fueron a Curazao, donde se entregaron y fueron extraditados. Pagaron cinco años de cárcel por esa orden de Petkoff. ¿Y Petkoff? Bien, gracias, tramitando la entrega de los guerrilleros, pactando la traición del partido comunista y echando las bases de un futuro partido político dirigido por la CIA. Teodoro Petkoff y su pandilla entregaron al profesor Lovera para conseguir la legalización del MAS. Ellos venían trabajando en esto desde hacía mucho tiempo.

ESCRITO CON ODIO es el tercer tomo de *MEMORIAS* del escritor Argenis Rodríguez. Aquí Argenis Rodríguez narra diez años de su vida y diez años de historia de la Venezuela de nuestros días. Es este un libro amargo, violento y descarnado. Su autor no hace concesiones de ninguna especie y podemos afirmar, sin lugar a dudas, que *ESCRITO CON ODIO* será una obra que marcará una profunda huella, tanto en la literatura como en la política de este país. Argenis Rodríguez nació el 27 de noviembre de 1935 y ha publicado los siguientes libros: *El Tumulto, Sin Cielo y Otros Relatos, Entre las Breñas, Donde los Ríos se Bifurcan, La Fiesta del Embajador, Gritando su Agonía, Los Caminos Nocturnos* y *Memorias I* y *II*. En breve aparecerán sus novelas *Otra Confesión* y *A Ninguna Parte* y sus libros de relatos *El Viento y La Lluvia* y *El Viaje a París*.

EDICIONES DE LA REVISTA Zeta

P.V.P. Bs. 24

ARGENIS RODRIGUEZ

Para mi querido amigo de
siempre Dr. Ramón Escovar Salom
con un abrazo de
Argenis Rodríguez

20 – julio – 77

ESCRITO CON ODIO

ARGENIS RODRIGUEZ

1965-1975

EDICIONES DE LA REVISTA

Zeta

CARTA DE UN JOVEN ESCRITOR VENEZOLANO

Maracaibo, julio 1976

Debería empezar estas líneas con un "señor Rodríguez" o tal vez una presentación, pero sucede que aquí -me refiero a un grupo específico- cuando nos referimos a usted decimos ARGENIS simplemente, así es que lo lamento pero ese "señor" no me sale. Sin embargo, es justo decir que tengo su dirección gracias a un amigo entrañable: Emilio Valero.

Le escribo para saludarlo y poder decir que alguna vez le dirigí formalmente la palabra a alguien como usted, por lo demás le expreso mi simpatía y mi admiración, pues espíritus como el suyo ya no existen y supongo que pertenecen a un estado anacrónico, romántico y terrible. Yo lo conocí a usted por medio de una pieza llena de maestría y vitalismo, como lo es el primer tomo de sus Memorias. Le juro que ese libro se le tie-

ne que quedar a todo el que lo lea y más si es venezolano.

El otro libro suyo que me ha impresionado es "Los Caminos Nocturnos". Ahí demuestra que puede escribir excelente ficción cuando se lo proponga, es un libro que hace alarde de poesía dentro de su brevedad. De aquí le digo que no hay escritores, nadie lee pero eso sí son muy especuladores. Quiero decir que no leen por saborear una obra, el que lo hace es para poder hablar sobre el libro, como los profesores de L.U.Z. Hace unos meses yo me quedé sorprendido cuando un profesor me dijo no saber quién era Edgar Lee Master, y ese señor tiene una cátedra en la Escuela de Letras. !Qué le parece! Ese es el estilo de aquí.

Ahora estoy leyendo a un escritor que se llama Felisberto Hernández, uruguayo. Es grande. Y nadie lo conoce. Otro me dijo que LAS UVAS DE LA IRA no era una gran novela. Dan ganas de reir. Aquí hay mucha gente que no lo entiende a usted. Esa gente se empeña en formalizar con su obra y lo excluyen o se olvidan de Argenis Rodíguez. Esto no deja de ser lamentable porque el público nunca llega a comprender lo que usted ha hecho. Pero estoy seguro que existe un público selecto que anda en lo cierto Por ejemplo la otra vez leí algo sobre usted de Angel Rosemblat donde él peca de ingenuo al

sancionar un párrafo suyo, creo que de las Memorias I. Quiero saber si hay un hermano suyo de nombre Adolfo que escribió un libro sobre Gallegos. Yo trabajo en una Biblioteca y día a día me tropiezo con cosas insólitas en materia de libros. He escrito algunas cosas en los miserables periódicos de esta ciudad, publiqué ensayos y cuentos en revistas, pero ahora todo lo guardo, aunque continúo escribiendo. Mire le voy a decir una cosa: hay grandes escritores que uno los lee por usted. Alguna vez lo dijo y es la pura verdad. Una revista de La Universidad va a publicar un ensayo que escribí sobre usted, es del 74 y aún no había leído algunos libros suyos porque no habían aparecido, pero no me atreví a modificarlo y lo entregué tal y como estaba. Solo espero que salga la revista para enviárselo. Hace unos días fui a una librería y me conseguí la primera edición de "La Fiesta del Embajador" publicada por "Fuentes", yo no la conocía, es una edición preciosa. Espero disponga de tiempo para contestarme. Deseo también que me informe sobre sus planes y libros publicados por allá.

De usted,

LOS EDITORES
NO SE HACEN
RESPONSABLES
POR LOS CONCEPTOS
EXPRESADOS POR EL
AUTOR, YA QUE LA
FUNCION EDITORIAL EN
UNA SOCIEDAD LIBRE
SUPONE EL RESPETO A LOS
PUNTOS DE VISTA EXPRESADOS
POR EL ESCRITOR.

— *Te van a coger rabia en Venezuela.*
— ¿Y qué?
— No sólo tus enemigos te van a odiar, sino todo el mundo.
— ¿Y qué? ¿Acaso yo vine a hacer negocio en esta micrda?
—Yo sé que a tí te alegra que te lean.
— Para eso escribo.
— Pero te van a odiar si continúas escribiendo de esa manera.
— Qué va. A mí me leen porque escribo así. Mis lectores son gente decente. En Venezuela la gente decente piensa como yo. Yo me expreso por ellos.
— Te van a matar.
— Que me maten.
— ¿Y yo? ¿Y el niño?
— Que nos maten. Si un hombre como yo no puede vivir en su país, bueno, que no viva nadie.

PRESENTACION

ESCRITO CON ODIO es el tercer tomo de *MEMORIAS* del escritor Argenis Rodríguez. Aquí Argenis Rodríguez narra diez años de su vida y diez años de historia de la Venezuela de nuestros días. Es este un libro amargo, violento y descarnado. Su autor no hace concesiones de ninguna especie y podemos afirmar, sin lugar a dudas, que *ESCRITO CON ODIO* será una obra que marcará una profunda huella, tanto en la literatura como en la política de este país. Argenis Rodríguez nació el 27 de noviembre de 1935 y ha publicado los siguientes libros: *El Tumulto, Sin Cielo y Otros Relatos, Entre las Breñas, Donde los Ríos se Bifurcan, La Fiesta del Embajador, Gritando su Agonia, Los Caminos Nocturnos* y *Memorias I y II*. En breve aparecerán sus novelas *Otra Confesión* y *A Ninguna Parte* y sus libros de relatos *El Viento y La Lluvia* y *El Viaje a París*.

PRIMERA PARTE

QUE TRATA DE LOS ASESINOS Y DE LOS INSTIGADORES DE ASESINATOS

El amor y la victoria podrán ser momentáneas, pero no satisfacciones parciales y la felicidad parece provenir más bien del ejercicio de la actividad espiritual que de cualquier forma de abstinencia. Es cierto que a uno le agrada considerar su propia vida como algo más importante que el mero ejercicio de sus facultades. Se buscan resultados, se desea, al menos, una cierta forma de permanencia o de inmortalidad. Yo mismo, supongo, conseguí hasta cierto punto cumplir con esa aspiración y me alegro de ello, aunque tengo aun muchas otras aspiraciones que realizar y me hallo lejos de estar satisfecho con lo que hasta ahora he conseguido llevar a cabo. Mis defensores sostienen que llegué al mundo en un momento caótico y que he tenido éxito al implantar un principio de orden. Esto es cierto, pero no es la completa verdad.

—REX WARNER—



Son las siete de la noche del día 25 de septiembre de 1975 y estoy instalado en un estudio de la calle Ballesta número 28 de Madrid. Vivo en compañía de Inés, mi esposa, y casi no salimos para nada y cuando no leemos escribimos o nos distraemos con la televisión. Gasto la mitad de una beca que me concedió el INCIBA (hoy CONAC) por este alojamiento y la otra mitad en comida. Como se puede apreciar, vivo al día.

Hasta el presente, con lo que tengo de beca, he vivido en París y Barcelona y le he puesto final a tres libros: dos volúmenes de relatos y una novela.

He escrito una cantidad considerable de artículos para *El Nacional* y creo que todo ese material podrá serme útil para darle forma a un volumen que tratará de mi pasión por la literatura y que titularé *La Trágica Verdad del Escritor*.

Hoy me he sentado frente a esta máquina

con la idea de empezar a escribir mi tercer tomo de *Memorias*.

Abajo hay un niño que llora día y noche y sus padres, unos franceses que trabajan en un circo, hablan en voz alta y cuidan poco de él. Eso me molesta. O me molestaba y por esa razón alquilé el aparato de televisión que me sirve de mucho porque casi todas las noches puedo ver una película diferente.

A las diez o a las diez y media me distraigo con una película de los años cuarenta que son las que pasan ahora. Ese era el cine que me distraía en mi infancia allá en Las Mercedes del Llano o en Calabozo y es como si volviera a vivir esa época que es la que mejor perdura en mi memoria. Lo demás ha sido duro para mí y lo que voy a contar en el presente volumen no es de mi agrado ya que me veré obligado a revivir mi aventura con Marta, la que fue mi segunda mujer.

Como todos saben, en 1964 publiqué un librito titulado *Entre las Breñas* que me puso a sonar en el ámbito de la literatura de mi país. Los relatos allí contenidos describían una situación de violencia y los críticos políticos creyeron percibir allí un aire de pesimismo y de derrota y yo, el autor, catalogado como desertor por los maricones que no habían estado en las guerrillas.

Yo había vivido aquello, había estado en las montañas con un fusil en las manos y había bajado con unas historias que reflejaban un estado tal de pesimismo que hizo que los dirigentes de la violencia revisaran lo que se llamaba "la línea armada".

Nadie me entendió porque nuestro país adolece de críticos literarios y lo que era literatura fue considerado un tratado de la política.

Yo, y es cosa sabida por quien me ha leído, he querido ser escritor. Y me fui haciendo escritor por mi cuenta, en una tierra que no es propicia para estos afanes.

En Venezuela ha sido raro el escritor que no haya sucumbido. Uno se volvió loco por la falta de receptividad y otro se frustró porque tenía que ganar dinero para comer.

El escritor venezolano que ha muerto como escritor ha tenido que exilarse, ha debido pagarse con sus propios recursos o ha tenido que hacerse embajador, ministro o simple burócrata.

Bueno, yo nunca quise seguir esos ejemplos.

Consideré conveniente vivir para escribir y milité peligrosamente en un partido clandes-

tino.

Trabajé en diferentes oficios. Viajé dentro de mi tierra y por fuera de ella y pasé por las más diversas pasiones. Me identifiqué con los personajes de los grandes libros que me entusiasmaron y al fin terminé escribiendo mis propios libros y llamando la atención sobre todo lo que firmaba con mi nombre.

Quise, bueno, dedicar todo mi tiempo a la literatura y a fe que ha sido así y durante toda mi vida he hecho lo que he querido. No puedo quejarme y no me quejo de nada y sigo en mi empeño y estoy seguro de que dejaré huella. Esto no me preocupa, pero dejar huella es el único premio que un escritor como yo puede conseguir. En Venezuela mis compatriotas me leen, pero los encargados de dar premios no me quieren dar premios sino balazos.

Yo quiero, yo puedo, yo hago ha sido una de mis máximas. Soy un escritor torrentoso como Balzac, Baroja o Thomas Wolfe y todo lo que sale de mi pluma va directamente al editor y a la imprenta. Soy un escritor espontáneo y no trabajo las frases y apenas si he luchado por mi sinceridad y la sencillez en la expresión. Quiero que todo el mundo me entienda.

Me enfrenté, pues, a la miopía de los críticos

y a algo que hasta ese momento no había conocido: la envidia de los "escritores" de mi generación.

Para el tiempo que apareció Entre las Breñas no existían más que dos escritores jóvenes un poco mayores que yo y cada uno de ellos ya había publicado su librito. Ellos eran Adriano González León y Salvador Garmendia. De resto no se sabía de nadie más. En la poesía sobresalían Ramón Palomares y Rafael Cadenas y en el ensayo literario la cumbre estaba representada por un hombre riguroso y extremadamente exigente: Guillermo Sucre. De pronto aparecí yo y los que no escribían pero se hacían pasar por escritores saltaron sobre mí como perros rabiosos.

—Los que te atacan te envidian -me dijeron.

!Caramba, yo no me creía tan grande!

Un tipo que nunca había publicado nada se prestó para atacarme y el que lo entrevistó se decía poeta. Ya hablaré de estos dos personajes.

Habían empezado a envidiarme por dos cosas: porque había estado en las montañas y había demostrado ser un hombre y porque había escrito un gran libro. Y ninguno de ellos había demostrado nada de estas dos cosas, esenciales

en un país en que hay que responder con los hechos.

Por su parte, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Juan Liscano, Guillermo Sucre, Antonio Márquez Salas, Guillermo Meneses, César Dávila Andrade, Guillermo García Mackle y Juan Angel Mogollón, entre otros, elogiaron los relatos de *Entre las Breñas.*

Más adelante este mismo librito sería ensalzado en España por los escritores más representativos.

Arturo Uslar Pietri, quien me recibió en su casa, me dijo que a mí me sería conveniente un viaje a París. El había estado allí en la época de su primera juventud y en París escribio *Las Lanzas Coloradas.* Me obsequió el volumen de sus *Obras Escogidas* y me alentó. Venezuela era una máquina que había triturado a sus hombres de talento. Ahí estaba el caso de José Rafael Pocaterra. Mi lucha iba a resultar dura porque además de escribir tenía que defenderme de los politiquitos de izquierda que ya habían empezado a atacarme. Mi libro había acabado con el negocio de las guerrillas y los que las justificaban desde abajo ya no recibían dinero. Pero yo tenía madera. Confiaba en mis posibilidades.

Uslar Pietri, de su casa, en su propio auto, me llevó al Congreso Nacional. En las elecciones

pasadas había sido candidato a la presidencia de la República y con su sola presencia de escritor había resultado el "batacazo" o el hombre-milagro. A él también lo habían envidiado y lo seguían envidiando por ser un gran escritor.

Juan Liscano me ofreció ayuda y me presentó al doctor Gonzalo Barrios, un hombre que leía y escribía y que ocupaba el Ministerio de Relaciones Interiores.

— Yo lo voy a mandar a usted a París para que se haga un escritor de verdad.

Conocí a Simón Alberto Consalvi, director de la Oficina Central de Información, que iba a ser el encargado de enviarme el dinero de la beca, cuya cantidad sería de doscientos dólares.

Yo vivía en casa de mi esposa y tenía dos hijas. Le hablé de la beca y del viaje que iba a efectuar. Era la tercera vez que me separaría de ella. La encontré en el comedor y le hablé de la beca y del proyecto del viaje. Supongo que pensó que yo viajaba primero y después la mandaría a buscar. Doscientos dólares no representan nada en Caracas y en París con doscientos dólares se comería una vez al día. Pero yo estaba entusiasmado con la vida de Hemingway y todavía pensaba que un escritor tenía que sufrir y pasar hambre para poder escribir. Imaginaba

que vivía en un cuchitril como vivían los personajes de Dostoievsky y eso, en vez de asustarme, me alegraba. Para mí lo normal era que un escritor viviera como vivieron Gauguin, van Gohg, Strindberg, Rimbaud, Verlain, etc. Mientras yo pensaba en todo esto y de esa manera, los que me atacaban por la beca se buscaban colocaciones para poder robar.

Arreglé mi equipaje, que era bien poco por cierto, y una tarde mi mujer y sus familiares me llevaron al aeropuerto internacional de Maiquetía. No recuerdo quiénes me acompañaron. De ese viaje sólo recuerdo una escala en Lisboa y a unas mujeres con uniforme marrón que limpiaban el edificio de la terminal. En Madrid no nos dejaron descender del avión y por último me vi dando vueltas sobre el cielo de París. Y allí estaba yo, pues, en la ciudad prometida, con el pensamiento puesto en las novelas de Zola y Balzac y sin que me pasase por la mente que aquel era un mundo muerto y ya enterrado.

El conductor del taxi me dijo en francés:

— Los Campos Elíseos.

Yo no le entendí y el taxista volvió a decir en su lengua:

— Los Campos Elíseos.

— Ah -dije yo en español- los Campos Elíseos.

— *C'est ca.*

Me apeé en la puerta de la Embajada de Venezuela. Le dí veinte dólares al chofer. Subí hasta el primer piso y me le metí a Carlos Dorante en su oficina.

— ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes que yo me encontraba en París?

— Allá todo el mundo lo sabe.

Me senté en un sillón. Hacía poco que yo había conocido a Carlos Dorante en el diario *El Nacional*. El me había abierto las puertas de ese periídico publicándome un relato en la *Revista* de los domingos. Le conté lo de la beca.

— Hiciste bien en venirte. En Venezuela querían matarte por tu libro.

— ¿Por qué? ¿Qué hice yó?

—Consideraron que tu libro era peor que un ataque del ejército, que tu visión pesimista de ver las cosas había desmoralizado a los combatientes.

— En Venezuela nadie sabe de literatura. El único que sabe de literatura en ese país soy yo.

— Acuérdate lo que le hicieron a Paul Nizan aquí en Francia. Lo llamaron traidor hasta que se mató.

— Bueno, ayúdame a conseguir un hotel.

— La Embajada no es para conseguirle hotel a nadie. De todos modos haré una excepción contigo.

Llamó a un tipo español con una boina en la cabeza y le dijo que me consiguiera un hotel. Me mandaron al Peyris, que era adonde llegaban todos los venezolanos.

Por la tarde el mismo Dorante se apareció por el *Peyris* y me dijo que lo acompañara al aeropuerto. Tenía que recibir a un diputado de apellido Rendón que no conocía.

— Nos paramos a fijarnos en todo aquel que tenga cara de venezolano -dijo Dorante.

— O de guevón -dije yo.

El francés de Dorante era malo. Trató de hablar inglés. Su inglés también era malo. No nos pudimos hacer entender y nos paramos en

una reja que debía ser la entrada de los pasajeros. Dorante desconocía el número de vuelo del avión del diputado Rendón. Comimos ahí. Nos paseamos por los pasillos. Regresamos a las rejas. De pronto Dorante dijo:

— ¿Diputado Rendón?

— Sí -dijo un hombre de baja estatura.

Acompañé a este diputado a mi hotel. Por la tarde yo estaba tratando de descansar cuando oí que tocaban a mi puerta. Abrí. Era el diputado Rendón.

— Vamos a ver París -dijo.

Me vestí, bajamos y nos sentamos en un café de Monmartre. El diputado Rendón no hablaba francés pero lo escribía. Le escribía al camarero en una servilleta y el camarero lo atendía a la perfección. Cenamos sopa de cebolla, nos bebimos una botella de vino y nos comimos un pedazo de *camembert*. Al otro día el diputado desapareció. No me dejó ni un mensaje. El hotel era caro. Volví por la Embajada.

— !Argenis!

Me volteé y vi al joven moreno y de pelo

malo. Yo no lo conocía. El dijo conocerme. Era pintor. Se había venido a hacer carrera. Vivía en la Rue Mazarin. Su hotel era barato. ¿Habría un cuarto ahí? El iba a averiguar. Me fui con él. Se llamaba Juvenal Ravelo.

Deambulé por Montmartre, me metí en un *self service* y agarré una bandeja. Me serví una carne con papas y un vaso de leche. Cuando estaba comiendo una mujer joven me dijo algo. No la entendí y para que no se fuera le dije que quería un cambur. Era norteamericana y trabajaba allí. Lo supe por el uniforme. Me trajo el cambur. Nos estábamos entendiendo con palabras francesas, inglesas y españolas. Comí y le dije que la esperaba en el café de la esquina.

— Pero a las siete, eh -dijo ella.

A las siete estaba yo allí como un clavel tratando de decirle a un camarero que me sirviera un café y un pedazo de torta. En esto vino la norteamericana que era alta y delgada y tuvo que explicar todo el enredo.

Me llevó a su casa y nos estuvimos besando y la acosté en un mueble. Dijo que se iba a casar con un judío argentino que estaba en Israel y que se llamaba no sé qué. Dijo otras cosas que no me interesaron. Se estiró el vestido, entró en un cuarto a lavarse y salió toda arregladita porque su mamá no tardaría en llegar.

Me despedí y quedamos en encontrarnos ese otro día en la Alianza Francesa.

Ravelo se presentó a mi cuarto del *Peyrís* y me dijo que arreglara la maleta.

— Te conseguí un cuarto en el *Hotel du Sud.* Vamos, rápido, esa gente no espera.

Después de lavarme en el lavamanos y de echarme un poco de agua de colonia me encaminé a la Alianza Francesa. Ya la americana estaba allí. Estaba arrepentida de lo que había hecho ayer conmigo y se decía avergonzada de haber engañado a Miguel.

— Eso si no se sabe no duele -le dije yo.

Le parecí duro y grosero y dijo que no me volvería a ver. No obstante, como despedida, entró en mi habitación y dimos el último viaje de amor. Ella lloró por su Miguel. El Miguel se lo tenía merecido. Se lo dije así y la americana volvió a tildarme de duro y de grosero. Me dió su dirección para que la solicitara pero no la solicité. París era muy grande para dedicarse a una sola persona.

Mi cuarto, como todos los cuartos del *Hotel du Sud,* tenía una cama, un lavamanos, una mesa y una silla. Yo tenía la maleta sobre la silla.

Juvenal Ravelo vivía en el cuarto de enfrente. No salía de allí. Estaba preocupado porque su mujer no le escribía. No sabía nada de ella. Ravelo se la pasaba dibujando. Andaba por eso del realismo socialista y a veces hacía unos retratos a lo Modigliani. Visitaba casi a diario a Carlos Cruz Diez, que le combatía sus ideas acerca del arte y le recomendó coger unos cursos con Francastel.

Yo me inscribí en la Alianza Francesa y tenía clases todas las mañanas. El resto del día caminaba por las calles de París y leía los libros que me traje. Después que me leí todos esos libros fui a la calle Monsieur Le Prince y compré unos cuantos libros de Austral en la Librería Española.

En la esquina de la calle Mazarin había un café llamado *Le Buci* que se la pasaba lleno de venezolanos. Algunos se decían pintores, otros escritores y los demás exiliados políticos, pero ninguno de ellos hacía nada y Ravelo no los trataba. Yo los veía todo el día metidos en ese café y había una mujer muy grosera que siempre estaba diciendo:

— Este es un mundo decadente, un mundo que se cae.

Esta mujer se decía comunista, pero se la

pasaba en una sola borrachera e iba con cuanto hombre le brindara un *rosé*.

Yo a esta gente le saqué el cuerpo.

Fue en este entonces cuando empezaron a llegarme recortes de prensa de Venezuela que hablaban mal de mí. Habían esperado que me viniera para desatar el ataque. Yo allá era muy peligroso porque podía polemizar y no soy un hombre que se domine totalmente. Un tipo que yo había considerado mi mejor amigo se prestó para dar unas declaraciones y el que lo entrevistó era otro tipo que había hecho todo lo posible por imitar a Eliot y creerse un poeta. Ambos le debían sus colocaciones al partido comunista y yo ignoro si fue que los mandaron o ellos me atacaron por cuenta propia. Lograron el objetivo porque me amargaron la vida en París y con la llegada del otoño yo empecé a sentirme solo. En París no había encontrado un solo intelectual venezolano y Ravelo era pintor y no salía de la casa de Cruz Diez. Yo leía día y noche y pasé treinta días sin dormir. Sesenta días después me monté en un tren, me bajé en Irún y aquí cogí un Talgo que me llevó hasta Madrid. Me veo en un taxi y luego caminando por la calle de Alcalá. Era sábado y yo sabía que un amigo mío era secretario de la Embajada y le dejé un papel con el portero.

El domingo Régulo estaba ahí muy sonrien-

te y apurándome porque cargaba dos muchachas en el carro

Las dos mujeres que Régulo tenía en su carro estaban sentadas en el asiento trasero y yo dije que nos acomodáramos bien y una se pasó para adelante y la otra se quedó atrás conmigo La que me tocó a mí era una rubia monumental de unos diecinueve años y al preguntarle yo qué hacía me respondió que era profesora de inglés

— Y practica la natación -dijo Régulo.

La mujer que iba con Régulo tenía un nombre corriente en España: Mari-Pili.

Comenzamos a dar vueltas y por último nos metimos en un café repleto de gente que bebía vino y grandes jarrones de sangría. De nuevo en el carro yo le metí mano a la rubia y ella se dejó besar y la estreché contra el asiento trasero. Régulo ya llevaba tiempo con la Mari-Pili y Régulo se volteó hacia mí y dijo

— El hombre que quemó el pozo de agua

Yo me reí, la rubia se rio y seguimos en lo nuestro.

La esposa de Régulo estaba en Venezuela pariendo y yo me mudé para Vallehermoso. La Mari-Pili vivía en la esquina cazando a Régulo,

celándolo y llorando porque estaba en estado. Me dijo que Régulo la había engañado y sólo después que la había aprovechado le había dicho que era un hombre casado. A Régulo se lo estaba ganando el miedo y me dijo que iba a pedir el cambio y que preparaba un viaje a Caracas. Régulo le tenía miedo a Mari-Pili, al estado en que la había dejado y le tenía miedo a su mujer. Era un verdadero embrollo. Una mañana bajamos y una mujer se nos montó en el carro y empezó a hablarnos mal de su marido, un agregado militar de la Embajada.

— Ese -dijo la mujer- no tuvo mujer hasta que se casó conmigo. !Es un marrano!. No sabía lo que era acostarse con una mujer.

Y siguió por ahí. La mujer era una veterana divorciada y había agarrado a ese pobre imbécil.

En un tiempo record Régulo entregó su apartamento y yo lo acompañé al aeropuerto. Después la Mari-Pili la cogió por buscarme a mí y a preguntarme por la dirección de Régulo en Caracas.

Me puse en contacto con el cónsul y llamé a la Mari-Pili y a la Katy y las llevamos a una sala de fiestas y la Mari-Pili se pegó con el cónsul.

—Ese es un idiota -le dije yo-. Acuéstate con él y le dices que el embarazo es por culpa suya.

Yo metí a la rubia en un rincón. La rubia me dijo que había averiguado que yo era casado y que no quería verse envuelta en una situación como la de Mari-Pili. Yo después me fuí con el Cónsul para un burdel y el cónsul le daba duro a la bebida y teníamos cuatro mujeres ahí y bailábamos y la pasábamos en grande. Me mudé para su apartamento y el cónsul llegaba borracho todas las noches y me decía que se iba a casar por poder. El hombre caminaba por los cuartos y los pasillos y tiraba las puertas y cantaba tangos. No dormía ni comía y tenía los ojos inyectados en sangre. No me dejaba dormir y yo me fui un día sin decirle nada.

Me hospedé por la calle de Silva y entraba en un bar llamado *Mariotte* a beber aperitivos y a escribir relatos en una libreta. Comía allí mismo y una noche oí una voz conocida.

Oscar Guaramato tenía un coñac en su mesa y hablaba con una cantidad de hombres. Me le presenté y nos bebimos una botella de champaña que pagó un tipo fuerte que después supe que era boxeador y guardaespaldas de un ministro y ahora le caíamos a la bebida ahí o en Mesonero Romanos y en un pequeño restaurant de Ventas.

En Venezuela los comunistas y los que se decían de izquierdas todavía seguian atacando mi libro. !Qué ganas de perder el tiempo! Atacaban un libro de relatos, una obra literaria y todos aquellos ataques no eran ataques políticos en sí contra un libro sino contra una persona a quien envidiaban los que alguna vez trataron de escribir y nunca escribieron nada. Me envidiaban porque yo había sido el único escritor que había estado en las guerrillas y había bajado con unos cuentos que llegaban a la más alta y pura poesía. Era por eso y no por otra cosa y mientras los "intelectuales de izquierda" se quebraban el coco de impotencia por hacerme todo el mal que querían yo estaba en Madrid metiéndole al vino en compañía de Guaramato y de unos boxeadores que frecuentaba los bares de puta. !Qué idiotas eran nuestros intelectualitos quemando pólvora en zamuro, haciéndose la paja y rabiando de impotencia porque no habían podido escribir ni un relato ni un poema como los que yo había escrito! Me tenían envidia y un hombre vale cuando siente que es envidiado por los demás y yo valía. Ya se los iba a hacer ver. Yo no los iba a nombrar nunca. Iba a ser grande, el hombre más culto, más trabajador y más ingenioso de mi generación. El más audaz también y el más prolífico. Vivía ahora como había vivido antes y como seguiría viviendo en el futuro. Me iban a envidiar hasta en el modo de vivir y yo no tenía la culpa de mi originalidad.

Después, a esos mismos tipos que me atacaron los iba yo a ver en posiciones contrarias a las que habían pertenecido. Los iba a ver solicitándome, rogándome una nota, una simple presentación para algunos de los mamotretos que escribían. Los vería recibiendo todos los premios que bregaron con adulancias, premios obtenidos a fuerza de dedicatorias, de escalar dentro de grupos o capillitas; premios ganados a la sombra del oportunismo. Esos tipos iban a ser unos artistas en el arte de venderse o en el de bailar al son que mejor tocase. Yo no los iba a tratar más y muy poco o nada me interesaría lo que hiciesen.

Aquel año de 1964 tuve dos estallidos. Como queda dicho, salí becado a París después del aparecimiento de mi libro *Entre las Breñas* y un tipo se prestó para decir que yo era un traidor. Allá no encontraban por donde agarrarme y se puso una vez más en evidencia que hay gente que no piensa bien.

Bueno, estaba con esas en París, me sentía acorralado por la distancia y buscaba la compañía de personas que pudieran entender *mi tragedia*. De tal forma que me la pasaba en la casa del pintor Carlos Cruz Diez o en compañía de Juvenal Ravelo (otro pintor de la misma edad mía) y con Carlos Dorante y su señora, Dorante no me desamparó un momento. Yo

sentía verdadera pena por la atención que me prestaba. No sé si me "comprendía", pero yo veía que me sentía seguro con él y que no me "desampararía"

Era un tiempo grave aquel para mí.

Una noche que no podía estarme con tranquilidad en el cuarto que tenía alquilado en la Rue Mazarin, corrí al apartamento de Dorante. Su señora me dijo que se hallaba en clases y me quedé a esperarlo. Ella estaba sentada frente al televisor y no me explicó cómo estallé de manera sorpresiva, dejando escapar un grito. Recuerdo que lloré y para dominarme me lancé a la calle y corrí hasta el edificio de la Radiodifusión Francesa que quedaba por allí cerca y me metí a un concierto en homenaje a Tchaikowsky.

Nunca llegué a saber qué pensaría la señora de Dorante de mí. No volví más por su casa y el mismo Dorante nunca me recordó nada.

La segunda vez fue en Madrid, en la casa de Hugo Trejo.

No puedo decir que me fuera mal al principio. Dejé París porque me sentía muy solo: llegué de noche a la Estación del Norte y en seguida me establecí en un hostal de la calle de

Alcalá, casi enfrente de la embajada de Venezuela.

Régulo Moreno fue por mí a ese hostal al día siguiente y anduvimos lo que se dice de farra por un buen tiempo. Con Régulo me olvidé de mis problemas y aunque alguna prensa del país había arreciado los ataques, Moreno me decía que yo fingía que me afectaran, pero que a mí eso me gustaba porque yo veía que me tomaban en cuenta.

Régulo me presentó al Coronel Hugo Trejo, con el que discutí "bravamente" diciéndole que no pudo llegar al poder. Yo me sentía envalentonado en compañía de Moreno. No me sentía solo, que es la peor forma de sentirse cuando uno se cree acosado. Yo hablé de eso *extensamente* en el relato final de *Donde los Rios se Bifurcan*. El total fue que Régulo se marchó a Venezuela y yo me ví solo nuevamente y entonces me acordé del coronel Trejo. Y cuando no estaba en casa del coronel Trejo, estaba con Oscar Guaramato en un bar de la calle de Silva llamado Mariotte. Y así como con Régulo había encontrado la paz y la tranquilidad y volví a mi antigua confianza, con Guaramato volví al temor y perdí por completo la confianza en mí mismo. Guaramato me hacía ver que recibía hojas clandestinas de Venezuela en que se ponía mi cabeza a precio y de que además el gobierno

español seguía mis pasos. Según él, el gobierno español sabía que yo había sido guerrillero y me consideraba un tipo peligroso. Y empecé a distinguir espías en todas partes: en el metro, en los bares, en los hostales, en el restaurant. El mismo Guaramato me los hacía ver.

— ¿Qué me harían? -le preguntaba.

— Nada. Ponerte en el aeropuerto o darte dos días para que abandones el país.

En aquel estado de odio y violencia reprimida en que me encontraba yo estaba por creer todo. Y sólo me salvaría la venganza.

Una noche salí con él del Mariotte y fuimos a comer a una calle de Ventas y allí Guaramato me señaló un hombre que leía sentado en un rincón y me dijo que nos había seguido durante toda la noche.

— Lo mejor es que nos separemos -me dijo-. Si ninguno de los dos va mañana a Mariotte es porque lo agarraron.

Yo tomé el metro de Diego de León que iba hacia el barrio donde vivía el coronel Trejo y Guaramato se fue a pie.

Le eché el cuento a Trejo y Trejo dudó.

— A menos que ustedes se hayan puesto a hablar mal del gobierno, -me dijo.

— No -le respondí-. Hasta ahora no se me ha ocurrido hablar mal de este gobierno.

— ¿Y Guaramato?

— No sé.

— Vete tranquilo. Yo voy a averiguar qué pasa contigo.

Salí a la calle, *en las sombras divisé gente que me acechaba.* Todo me seguía: un auto, un hombre que entraba o salía de un café. No pude dar un paso. Me regresé y le dije a Trejo lo que me pasaba. Me agarré de una vitrina y estallé. Lloré sin poder contenerme.

— Tú estás mal, -me dijo, dándome palmadas en la espalda-. Estás muy mal. Yo, particularmente, pienso que debes regresar al país. Regresa pase lo que te pase.

Y él, en compañía del coronel Luis Enrique Sucre, me compró el pasaje y me llevó al aeropuerto.

Más adelante se lo agradecería por carta, pero nunca recibí respuesta.

Mentiría si dijera que los ataques malintencionados de aquellos tipos que se decían izquierdistas no me hicieron daño en el espíritu. En París, cuando recibí el primer recorte, por poco no me le tiré al metro. Estuve allí trastabillando y releyendo el pedazo de periódico. Algo superior a mis fuerzas me contuvo. Sentí ganas de matarme o de matar al mismo tiempo y *decidí* el regreso. Y no tenía el pasaje para volver a mi país y aquí fue donde me acordé de Régulo Moreno, un compañero de la primera juventud que se encontraba trabajando en nuestra Embajada de Madrid.

No fui más a las clases de francés porque pensaba en la venganza. Aquellos hijos de puta me la iban a pagar. ¿Pero cómo? !Coño, matarlos, deshacerlos, disparar! Ya no dormía ni leía ni escribía.

Le escribí a Régulo. No recibí noticias. Decidí el viaje a Madrid y en un día saqué visa, compre el billete del tren y me embarqué por la noche. Aun recuerdo mi paso por un túnel, la estación nocturna y la voz de una muchacha:

— Como España no hay.

Subí y me metí en el primer compartimiento. Los dos hombres que estaban allí fumaban y tenían aquello lleno de humo. Me senté en en un

rincón, el tren partió en la noche y comencé a ver casas y árboles que se desvanecían. Hacia alguna parte iba. Hacia alguna parte que me salvara o que me llevara a enfrentarme a mis enemigos porque quería destruirlos y no iba a descansar hasta que no los destruyera. Pensaba en las varias formas de destruir a una persona o a una organización. No cabía dentro de mí. Me dormí. Me desperté. Me dormí y soñé con un campo, unas gallinas y unas vacas. Me desperté y el hombre que me quedaba enfrente dijo:

— Acuéstese como yo.

Era francés y se había acostado en su asiento. Se había quitado los zapatos y me mostró un muñón.

— En la guerra de Argelia -dijo-. Me lo cortaron.

Los pies le olían mal. Me acosté en mi asiento. Los pies cortados. Si pudiera yo poner a mis enemigos como a ese tipo.

Me desperté en Irún. Descendí y cargué con mis maletas. Me registraron en la frontera y me monté en un Talgo. La tierra seca, solitaria y pálida de Castilla se presentaba a mis ojos. Las casas de campo, casi parecidas a algunas casas que ví en Venezuela. Y rocas, cercados de rocas.

Por la noche llegué a la Estación del Norte. Era sábado y me hice trasladar a la Embajada de Venezuela. ¿Por qué? Estaba cerrada y busqué un hotel por allí cerca y alquilé un cuarto. Salí, me paséé por la calle de Alcalá y compre un libro de Erenburg.

Acostado, bajo una mala luz, traté de leer unas páginas. Nada.

Fue ese otro día cuando vino Régulo por mí.

¿Por qué todo esto se confunde y hago una comedia con cosas que son verdad? Porque todo lo que vengo contando es verdad, una verdad que da vueltas y se acomoda a su antojo y todo es verdad, cuéntelo como lo cuente.

Sufrí esos dos o tres *shocks*. Ni las putas nocturnas ni los coñacs en los cuartos mal iluminados de las putas ni las putas de la calle Mesonero Romanos ni las putas en la Castellana ni las buenas putas reidoras y picantes ni las novelas de Cela que releía en un cuarto de un hotel cuyo dueño era el mismo sereno ni nada de aquel Madrid de los años 60 me daban tranquilidad porque yo tenía que vengarme. Yo había sido el único hombre honrado en aquella mierda de violencia, había sido el más grande escritor de todos aquellos hijos de puta que cobraban por escribir pésimas páginas... por eso se habían

ensañado contra mí. Querían justificarse y seguir cobrando. Querían justificarse y seguir de profesores en las universidades. Querían justificarse y quedar como héroes cuando nadie había sido un héroe allí. Allí los únicos honestos era los que habían estado en las montañas con un fusil en la mano sin cobrar nada. Juan Vicente Cabezas era honesto. Gil Bustillo, que venía del hampa, era honesto. Américo Martín y Moisés Moleiro eran honestos. Los que se ofrecieron como voluntarios era honestos. Douglas Bravo era honesto, aunque después no se supo qué hizo, pero al menos en el tiempo en que lo conocí se portó como un hombre honesto y sensato. Pero los que no se fueron al monte y escribían ensalzando una guerra que no conocían no eran honestos, aunque se dijeran tales. Jesús Sanoja Hernández no era honesto. Jesús Sanoja Hernández que escribió sobre mi libro preguntando *¿y los que aún aguantan?*. Pues, Sanoja no era honesto. Un hombre que contribuía moralmente con el envío de hombres a una muerte segura sin exponerse no era honesto. Teodoro Petkoff que planeaba asaltos y no actuaba no era honesto. Pompeyo Márquez que gritaba que la guerra sería larga y no se iba al monte no era honesto. Pompeyo Márquez que decía que no había que rectificar nada no era honesto. El Pompeyo y el Teodoro que mandaron a un gentío a sacrificarse para después acusarlos de desviacionistas y fundar un partido que estuviera contra aquella

misma gente, esos no eran honestos. Eran ladrones, para colmo. Ramón Bravo, que aceptó dinero y becas por atacarme, no era honesto; era un espía a sueldo y recibía un dinero que costaba sangre. El Ovalles era como él y también vivio de la muerte de Argimiro Gabaldón y de Orsini. Era bonito arengar a los muchachos en una Universidad con autonomía. Era bonito escribir poemas sobre los comandantes y no compartir la suerte de los comandantes. Todo eso era bonito. Era bonito lo que hacía Adriano: copiarse lo que ya yo había hecho para ganarse un premio. Era bonito hacerse pasar por héroe con una colocación de profesores en una Universidad protegida por el mismo gobierno. Sólo yo sé que aunque escriba esto con toda la fuerza que me sea posible no podré vengarme ni vengar a los que se inmolaron por el negocio de unos cuantos farsantes.

Regresé el 2 de enero de 1965. Iba en el avión cuando abrí un ejemplar del ABC y me enteré de la muerte de Mariano Picón Salas. Era un escritor que me había gustado. En Venezuela habían querido imitar su estilo. Yo no. Yo quería ser escueto, seco y tratar mis cosas como cuentos para niños. Por eso me gustaba Hemingway y por eso me gustaba su novela *El Viejo y el Mar.* Y en Suramérica me gustaban Rulfo, Horacio Quiroga y Arturo Uslar Pietri. Me gustaba la sencillez de Jack London y me gustaban las no-

velas policiales de James [illegible]ine. Me gustaba el Tolstoy de *Los Cosacos* y me gustaba Maupassant. Y yo había luchado por escribir como ellos o para aprender a escribir como ellos. Y me gustaba el Baroja de las *Memorias* y el Baroja de *Agonías de Nuestro Tiempo* y el de *La Feria de los Discretos*. Me gustaban mucho los escritores aparentemente sencillos y me gustaba Erskine Caldwell y me gustaban algunos relatos de Dylan Thomas y me gustaba Kleist y me gustaban todos los románticos alemanes y me gustaban los poemas de Rubén Darío y algunos poemas de Vallejo y Pablo Neruda. Yo anduve siempre a la búsqueda de los escritores que escribieran con sencillez y leí a casi todo Steinbeck y los cuentos de Faulkner y me gustaba lo que yo hacía. Y yo sabía que todos los escritores venezolanos juntos, si se lo propusieran, no llegarían a escribir jamás una página como las que yo había escrito. Y yo estaba poseído por mi fuerza, mi genio y mi voluntad y no le tenía miedo a nadie e iba a enfrentarme contra todo aquel que se me opusiera. Llegué a Maiquetía, no me estaba esperando nadie y primero me hice trasladar a casa de mi mamá y dejé mis valijas allí y después me fui a la casa de Julieta. Ella estaba sentada a la mesa con sus otros familiares y levantó la vista, la bajó y después la volvió a levantar y abrió la boca. Yo ví todos sus gestos. No me quedé allí y me hospedé en casa de mi mamá y al otro día yo anda-

ba caminando por las calles de Caracas y todos los tipos que me habían atacado no hacían otra cosa que decir:

— !Argenis!

Estos escritorcitos se la pasaban en los botiquines de Sabana Grande. No tenían tiempo para leer porque el whisky empezaba a las once de la mañana y terminaba a las dos de la madrugada que era cuando cerraban. !Qué coraje tenían esos tipos! Hablaban de literatura, hablaban de política y hablaban de cuanta cosa existe sin salir de esos sitios. Escribían unas cosas llamadas "cadáveres exquisitos". Cada uno, echándosela de ingenioso, escribía una frase o se improvisaba un discurso. Ninguno había leído a Unamuno, pero citaban a Unamuno. Yo me pasé unos días por allí observándolos y horrorizándome de la vaciedad que se desprendía de todos ellos y de la vaciedad del que iba allí a contemplarlos y a pensar que la inteligencia del país descansaba en unos pobres borrachos que hablaban en voz alta y lo criticaban todo. Y estos pobres hombres (ex-hombres los hubiera llamado Máximo Gorky) que una vez habían pertenecido a la "izquierda venezolana" se la pasaban ahora adulando al diputado tal o cual o al presidente del Instituto de Cultura para que los nombraran directores de Desarrollo, directores de una revista o directores de quién sabe

qué coño de oficina que no cumplía ningún cometido. Si esas oficinas no cumplían cometido alguno menos iban a cumplir nada con un tarado de estos que no salía de un bar de Sabana Grande. Y lo más grande es que los jurados de los premios de literatura o de arte que se otorgaban en Venezuela eran integrados por estas lacras. No puedo utilizar otras palabras. Y me duele no encontrar palabras más gruesas que las que empleo para referirme a estos personajes vestidos con cuellos de tortuga, paltós negros, corbatas y camisas blancas y chaleco. Yo me reía oyendo las palabras de los representantes de la poesía y de la prosa de mi país.

Estaban todo el día ahí al pie de una barra atendida por italianos o españoles que no entendían nada y que sólo querían que les pagasen. Los tipejos, barrigones, de bigote y de gomina en el cabello, se autocalificaban *Pandilla de Lautréamont*. Y no habían leído a Lautréamont. Se decían dirigentes de una República del Este. Y la República del Este eran las dos barras de los dos bares que estaban situados en una misma cuadra. Una que otra vez se aparecía por allí alguna argentina prostituída y se empataba con uno de esos barrigones y entonces la gente decía:

Allí va el Presidente de la República del Este en compañía de su Primera Dama.

Lo que era de gran comicidad para nuestros inteligentes muchachos.

La principal actividad de los componentes de estos "grupos literarios" era asistir a los cocteles del ministro fulano de tal o del Presidente del Instituto de Cultura sutano. De la extrema izquierda se habían pasado para la extrema derecha pero guardando las apariencias y llamándose aun revolucionarios. A cada nuevo Presidente del Instituto de Cultura le daban un homenaje y el encargado de la República del Este era el encargado de pronunciar el discurso. A la muerte de uno de esos directores de la cultura nacional se decretaron diez días de duelo y cogieron el cadáver y lo fueron a enterrar a su pueblo, distante unos cuatrocientos kilómetros de Caracas. Alquilaron unos autobuses y siguieron en caravana el coche fúnebre. Cantaban canciones patrióticas, se pasaban una botella y en medio de la consternación de las ciudades por las cuales pasaban se levantaba un gordo aindiado que decía:

— Se murió nuestro amigo, pero desde hoy nuestra peña llevará su nombre. Dedicaremos toda nuestra vida a perennizar su memoria.

Esa pompa fúnebre se convirtió en una ridiculez tal que pasado el tiempo la gente no sabía

si reír o condolerse del muerto. Para mí el entierro de aquel pobre hombre fue una jugarreta de mal gusto y me recordó las películas tragicómicas de Luis Buñuel, o un capítulo de *Santuario*, la novela de Faulkner en la que se vela a un muerto con música de jazz. Yo no estaba ahí ni estaba en mi país, pero los ecos de ese duelo llegaron a mis oídos rociados por las sonrisas o las carcajadas. ¿Y es que quería hacerse una burla? No, se buscaba adular y se aduló y los "grupos literarios" de nuestro país obtuvieron más ventajas y el whisky corrió gratis y a granel. Yo estuve después ahí para ver eso y puedo asegurar que los representantes de la cultura de Venezuela no se mueren por la preocupación y el trabajo, sino por la fiesta, el arrocito, las serenatas, el guateque, la invitación que tienen que cumplir esta noche, porque Presidente de Cultura que no asiste a una fiesta es porque está caído y ya puede ir despidiéndose de su cargo. Nuestras bajas culturales no huelen a pólvora sino a alcohol. Y Mariano Picón Salas murió una noche mientras paladeaba una nueva marca de whisky. Pero Picón Salas trabajaba y ha sido nuestra mejor prosa. Sin embargo no está exento de la regla y murió con las botas puestas. Redactaba el discurso que iba a pronunciar en la torre del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes y dió comienzo a esa gloriosa carrera que lanzó al hoyo, a la desgracia o a la locura a todos los que le sucedieron después. Ya estaban los grupi-

tos pensando en ofrecerle un homenaje cuando se enteraron de su muerte. Fue una verdadera calamidad y una baja lamentable porque tanto Marianito como su mujer eran fervorosos partidarios de la caña.

Se desataron contra mí los cobardes y los envidiosos. *Entre las Breñas* había resultado un gran libro, una obra maestra, sólo comparable a lo mejor que habían hecho Gallegos y Uslar Pietri en Venezuela. Y se desataron contra mí los envidiosos. Jesús Sanoja Hernández, comunista, dijo que aun había quien aguantaba en las guerrillas. ¿Y por qué no se fue él a aguantar en las montañas? No, en las montañas aguantaban los engañados y los valientes. Eso era verdad. Yo ya no era un engañado, pero había estado arriba cumpliendo con mi palabra. Juan Vicente Cabezas seguía arriba y estaba probando su audacia y su valentía. Arriba seguía mucha gente, eso era verdad, pero esa gente estaba abandonada, sin abastecimientos, sin recursos, sin ayudas. En cambio abajo estaban los "intelectuales" y los teóricos dándose la buena vida en los bares de Sabana Grande o en unos apartamentos de Bello Monte practicando el ballet-rosado, desnudándose y exclamando:

— Nosotros creemos en el amor libre.

Y se traspasaban las mujeres o se acosta-

ban hombre con hombre y mujer con mujer.

Abajo estaba Pompeyo Márquez gritando que la *Guerra Sería Larga*, que no había que rectificar nada y que dentro de poco él mismo se iría a las montañas. No se fue nunca pero se hizo retratar en el patio de su casa con una boina en la cabeza y un fusil al hombro.

Abajo estaba Teodoro Petkoff engañando a los pobres militantes de la juventud comunista. Con su descaro de dirigente estudiantil y con el descaro de quien sabe qué mierda mandó a unos jóvenes a apropiarse de un avión que repartió propaganda sobre el Palacio de Miraflores y después se fueron a Curazao, donde se entregaron y fueron extraditados. Pagaron cinco años de cárcel por esa orden de Petkoff. ¿Y Petkoff? Bien, gracias, tramitando la entrega de los guerrilleros, pactando la traición del partido comunista y echando las bases de un futuro partido político dirigido por la CIA. Teodoro Petkoff y su pandilla entregaron al profesor Lovera para conseguir la legalización del MAS. Ellos venían trabajando en esto desde hacía mucho tiempo.

Abajo estaba Caupolicán Ovalles, un cobarde que escribió un poema contra Betancourt y que corrió hacia Colombia cuando le dijeron en broma que Betancourt había ordenado su arresto. Fue a este tipo a quien los comunistas dieron

luz verde para que me atacase con un pseudónimo. Este es de esos tipos que atacan sin firmar. Así es el Petkoff. En una democracia el que no firma lo que escribe es un cobarde.

Estaba el Ramón Bravo, uno que yo creí mi mejor amigo, eso que en Venezuela llaman el amigo del alma. Pero en el comunismo la amistad está condicionada. Como comunista uno está obligado a traicionar a su propia madre y Bravo se prestó para declarar contra mí en el diario *La Esfera*. Por esto, tanto a él como al Ovalles los premiaron mandándolos, uno a Moscú y el otro a Praga.

Yo tenía que enfrentármele a esta gente y aun tengo que hacerlo. Yo no puedo conseguir un trabajo porque ya están ellos allí saboteándome, hablando mal de mí, pidiendo mi destitución.

Es muy dura esta lucha en contra de una organización internacional. Es una lucha a muerte y yo tengo conciencia de ello y no bajo la guardia.

En 1970 Carlos Días Sosa me consiguió una beca de doscientos dólares con la señora Gloria Stolk, presidenta del Instituto Nacional de Cultura y dos años después, cuando estaba ahí de presidente el señor Tarre Murzi me quitaron la beca. A Tarre Murzi se le metieron el Ovalles y

su mujer la Josefa y se cogieron sendos puestos (los de Cultura Regional y Departamento de Personal) y me retiraron la beca. Ellos no hacían nada allí, como no han hecho nada nunca, pero a mí me retiraron la miseria esa de doscientos dólares. Las pasé negras porque hasta que no volvieron los adecos no conseguí otra colocación. Y aun así, cuando entró el doctor José Carrillo Moreno, el Ovalles que era su secretario privado, me retuvo un cheque. No me quitaron el puesto porque viajé a París con la beca que tengo ahora y porque el doctor Carrillo se murió de una borrachera. Porque para esto es para lo que sirven los poeticas venezolanos: para adular, para buscarle mujeres a sus jefes y para pasárselas en un botiquín echando discursos. El Ovalles bebía por cuenta del Instituto de Cultura y publicaba avisos en los periódicos para anunciar dónde se echaría los tragos ese día. Todo eso lo pagaba nuestra cultura. El Ovalles publicaba esos avisos propagandeando una supuesta República del Este, un grupo de tarados que se reunían en dos bares de Sabana Grande. Gente como esta era la que me atacaba. Claro, después de *Entre las Breñas* yo les había acabado el negocio a los traficantes. Después de mi libro Italia, Cuba y la URSS desconfiaron de nuestros "revolucionarios" y no enviaron más dinero. Y vino el fin. Los oportunistas abandonaron a los partidos de izquierda y se ubicaron en la extrema derecha, en unos partidos sospecho-

sos de entreguismo tales como el MAS y otras agrupaciones como *Ruptura*.

Era muy sucio lo que pasaba en Venezuela. Petkoff se fugaba fácilmente de todas las cárceles y todo aquel que contribuía con su fuga aparecía muerto en algún automóvil. Su propio hermano, Luben, que era jefe de las guerrillas de Lara, concluyó como matón a sueldo. En el Estado Aragua le abrieron un expediente por haber asesinado a un italiano por órdenes de un tratante de blancas. El Luben apareció en las páginas rojas de todos los periódicos pero la justicia no pudo nada contra él. Teodoro Petkoff se movilizó de lo lindo y ahora su hermano anda libre por ahí ofreciendo sus servicios. Gente como esta es la que brega el poder ahora en Venezuela. Si alguna vez llegaran a alcanzarlo eso sería como legalizar el crímen.

La cosa fue que comenzaron a atacarme cuando me fui a París. A París me llegaban recortes de prensa. En uno venía la foto de Ramón Bravo y un titular, arriba, a cuatro columnas: EVIDENTEMENTE PARA MUCHOS ARGENIS RODRIGUEZ ES UN TRAIDOR. Se había desatado la guerra contra mí. Querían lanzarme al despeñadero. Querían que yo me matara como se mató Paúl Nizan. Los comunistas, como los nazis, son expertos en esto de lanzar a una persona hacia el suicidio. La entrevista al

tal Bravo la firmaba alguien que no recuerdo, pero un amigo me escribió diciéndome que ese era Caupolicán Ovalles. !Ah, con que era ese tipejo, un cobarde que hablaba de guerrillas y de violencias y que en vez de irse al monte se fue a Bogotá! Ah, bueno, muy bien, bueno. Después me mandaron otro recorte. Este no traía ninguna firma y era de la revista *En Letra Roja* que dirigían Jesús Sanoja Hernández y Adriano González León. !Coño, Adriano, un hombre que se decía creador! Creían que yo iba a coger miedo y me iba a quedar en Europa con una beca o con un carguito en una Embajada. Decidí el regreso. Y la misma noche que me bajé del avión, después de dejar las maletas en casa, me fui a buscar a aquellos tipos. No ví a nadie. Ese otro día fui a las oficinas de *En Letra Roja*. Allí me vieron con unos ojos más abiertos que el carajo y Adriano dijo:

— !Coño, Argenis!

Yo no soy hombre que atente contra un escritor, pero no saludé a Adriano. Me vengaría a su debido tiempo. Por su parte Sanoja me dijo en la Biblioteca Nacional que el de la nota sin firmar había sido Teodoro Petkoff. !Ah, con que Petkoff! ¿Y quién era Petkoff? ¿Quería guerrillas? Bueno, tuvo guerrillas y no se fue. No tuvo bolas para enguerrillarse como no las tuvo Pompeyo Márquez. Eran Teóricos y todo, pero

Américo Martín y Moisés Moleiro que eran teóricos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria si se enguerrillaron y corrieron con la responsabilidad. Y esta gente no me atacó. Porque a mí me atacaron los que fundaron las guerrillas y no se fueron al monte, a mi me atacaron los que se quedaron en Caracas enchufados en la Universidad y preparando sus ballets rosados en Bello Monte con una cantidad de putas que se desvivían por hacer ver que estaban liberadas y que no tenían prejuicios.

Eso era lo que había ganado yo en mi país por haber escrito un libro poético y testimonial de primer orden. Los grupitos de "intelectuales" se estaban ocupando del ataque que me desprestigiaría ante la opinión pública para que vinieran los comandos de locos y me ametrallaran. Pero yo no me escondí sino que pasé al ataque y hoy es día que sigo en mi misma posición nacionalista y ellos están ahí, pasados de a bola y transados con la CIA o vendidos por puesticos miserables. Después de *Entre las Breñas* he publicado más de nueve libros y una cantidad de artículos que me darían para varios volúmenes. ¿Y ellos? Se están muriendo del hígado y de una ignorancia crónica. Aquí los comunistas venezolanos demostraron su incompetencia. Me atacaron a mí, que soy un hombre que trabaja e influye en las masas y se unieron a unos borrachos decadentes y maricones. Yo no los voy a perdo-

nar. Ellos, si quieren, que aprendan a no equivocarse la próxima vez. El Ovalles, el Petkoff y el Pompeyo Márquez que eran de toda la confianza del partido comunista son en el presente los primeros anticomunistas de Venezuela. Cuba, la Unión Soviética y los países de las Democracias Populares los becaron, los atendieron y los mantuvieron y ahora reciben sarcasmos y chistes furiosos. En cambio yo nunca recibí una ayuda de ningún comunista, nunca viajé a ningún país comunista y me jugué la vida por esos ideales. De gratis, sí señor, de gratis.

Para mí que Teodoro Petkoff y sus secuaces del MAS son agentes del Departamento de Estado de los Estados Unidos y que siempre lo han sido. A Petkoff se le tenía como cabeza visible del terrorismo. Era Petkoff el que mandaba a secuestrar los aviones. Fue él el de la genial idea de "un policía diario", esto es, que cada día había que asesinar un policía. Esto cayó mal en la opinión pública y terminó por desacreditar a los comunistas. Las paredes de Caracas comenzaron a llenarse con letreros de COMUNISTAS ASESINOS. Era inexplicable que Petkoff siempre estuviera cayendo preso y siempre se estuviera evadiendo. Nadie se explica lo de la captura del profesor Lovera, que era un hombre duro. El profesor Lovera dirigía junto a Teodoro Petkoff el aparato insurreccional, pero a Lovera lo asesinaron y a Petkoff lo confinaron, sin que se

le tocase un pelo, en el cuartel San Carlos. De aquí también volvió a evadirse y le dió el golpe de gracia a los comunistas al fundar un partido anticomunista, ese partido que se llama *Movimiento al Socialismo*. Nadie, jamás, se ha explicado de qué modo cayeron los hermanos Pasquier, que no eran tan conocidos. Pero los Pasquier dirigían la logística de las guerrillas y cuando cayeron (de una manera extraña y sospechosa) fueron muertos enseguida. ¿Quién más que Teodoro Petkoff sabía quiénes eran y qué responsabilidad tenían el profesor Lovera y los hermanos Pasquier? Bueno, estos cayeron, fueron torturados y al final muertos con el tiro de gracia. ¿Y Petkoff? ¿Y el hermano de Petkoff, el Luben? El Luben estaba y que dirigiendo un desembarco por Falcón. ¿Y quién cayó aquí? Aquí cayeron los cubanos que escondían el armamento, pero Luben no cayó. Después, cuando cayó, no duró nada en la cárcel y a la salida fue cuando asesinó, por dinero, a un italiano. De aquellos guerrilleros auténticos cayeron Juan Vicente Cabezas, Moisés Moleiro y Mérico Martín y éstos pagaron largos años de cárcel. Lo sucio de este caso es que Petkoff y sus acompañantes se hacen pasar por izquierdistas. Los Kissinger comprenden que en Sudamérica hay que apoyar partidos políticos que engañen y para esto escogieron a Petkoff y a su grupo. Y sobre eso Teodoro Petkoff ni siquiera es venezolano. Su padre era un aventurero búlgaro que

la policía, pero Petkoff, cuando salía, salía de allí sonriente y con dinero. La gente tiene miedo de opinar sobre esto. El hermano de Teodoro, el Luben, anda suelto, lleva armas y si mata mata. No lo llaman ni a declarar. Bueno, es el caso de que a raíz de la fuga de Teodoro Petkoff del San Carlos las guerrillas fueron diezmadas y todo se vino al suelo y en seguida Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez dividieron el partido comunista, dieron un viaje a los Estados Unidos y regresaron con dinero. Mientras escribo esto la mascarada aún sigue. Petkoff, que antes viajaba a Cuba ya no viaja a Cuba. Va a Estados Unidos. Pompeyo Márquez hace lo mismo. Y la cosa es que ese *Movimiento al Socialismo* prende entre los estudiantes y hay propaganda por todas partes. Yo aquí veo unas manos sucias y creo que si a alguien hay que combatir en Venezuela es a este MAS que encabezan Petkoff y Márquez, aquellos dos jefes de la insurrección que mandaron al matadero a unos cuantos ingenuos que pagaron con sus vidas en las montañas o en las calles de Caracas. A mí que me tengan como enemigo. Ya se puede apreciar

Cuando regresé a Venezuela, como queda

dicho, salí a buscar a los que me habían atacado llamándose traidor. Al Ovalles le telefoneé a *La Esfera.*

— ¿Cómo quieres arreglar esto? -le dije.

— Oye, Argenis, yo... -y comenzó a tartamudear.

— ¿Quieres que nos arreglemos a tiros? ¿Cómo quieres tú? ¿Quién eres tú para atacarme a mí?

— Yo...

— ¿Quién te mandó?

— Oye, yo soy amigo tuyo.

— ¿Amigo? ¿Amigo de quién?

— De tu hermano, de Adolfo.

— Tú no eres amigo de nadie y no te me pongas más por delante.

Yo a este tipo quería rajarlo.

El Ramón Bravo me dió lástima. Estaba tembloroso. Lo ví en la Biblioteca Nacional. De principio no le dije nada. Nada más me hice ver

por él. Se cagó y me saludó.

— Si esto sigue así acabaré esta vaina en sangre, -le dije.

— Argenis, domínate. -Dijo Bravo.

— ¿Se dominaron ustedes cuando justificaban mi asesinato? No joda, ¿cuánto cobraron?.

Yo estaba decidido a todo. Si ellos me habían atacado para justificar un asesinato yo me los iba a llevar antes. A eso había venido.

Las cosas se fueron calmando. A mí me quedó el rencor y es probable que me muera con él.

Los comunistas vieron mi decisión y cambiaron de táctica. Me iban a hacer la vida imposible saboteándome por detrás. Iban a hablar mal de mí. Me iban a llamar esto y lo otro. Por esa campaña pasé hambre y no conseguía trabajos ni ayudas. Me defendí con los artículos que publicaba en *El Nacional* gracias a las atenciones que allí me prestaron los señores Ramón J. Velásquez, Arturo Uslar Pietri, José Ramón Medina, Julio Barroeta Lara y Oscar Palacios Herrera.

Yo soy de una tierra donde el escritor es un desgraciado, un pobre diablo. Se nos pide que

"trabajemos" para que nos ganemos la vida; se nos dice que escribir no es trabajar. Se nos pide que seamos oficinistas. Se nos pide compromisos para que nos enrolemos en contra de los gobiernos y se nos echan todas las culpas. Somos culpables de todo y al mismo tiempo se nos considera parásitos.

La verdad es que en Venezuela los escritores somos unos desgraciados. Escribimos libros que en cualquier país serían obras de arte y que darían fortunas. Pero no tenemos editoriales y casi nadie sabe leer. Los políticos, sean de izquierdas o de derechas, son unos simplones, unos tipos fáciles, con una cultura sacada de los titulares de los periódicos.

Yo iba a estar solo, como lo estuvo Mariano Picón Salas, una de nuestras más grandes figuras. Yo mismo, que estaba formado en la escuela del chisme y de la negación que es el partido comunista, ataqué a Mariano Picón Salas en el primer volúmen de estas *Memorias*. ¿Pero qué culpa tenía yo? Me venía formando solo, por mi cuenta, en un país de mediocres y de universitarios retrasados, porque nuestras universidades viven cerradas por los tiranos o por sus propios "estudiantes" que se la pasan en huelga.

A mí también me atacó esa gentuza que se dice intelectual o militante de izquierda cuando

dije que nuestras guerrillas eran un fracaso y que había gente que se enriquecía mandando a los jóvenes a las montañas.

Me atacaron, claro, los que no estuvieron arriba jugándose el pellejo.

¡Cómo estaba sufriendo en carne propia lo que le había endilgado a don Mariano Picón Salas! Mariano Picón Salas, un hombre solitario en una tierra de bárbaros, de ladrones y de gentes que vendían su propio país. Mariano Picón Salas, un hombre que fue el hazmereír de todo el mundo por culpa de su mujer, una mujer que no le daba ni por los talones. Por ahí la he visto yo después, mendingando una invitación para ir a una fiesta. !Coño, ni ella sabía quién era su marido!

Veía yo en mi país a don Julio Garmendia paseándose solo por las calles de Caracas ante la indiferencia total de un pueblo que lo desconocía porque don Julio no había peculado, no había sido ministro o no se había "enquesado".

Yo era pendejo porque no le adulaba a los presidentes de la cultura. Porque no les buscaba mujeres, como hacía el Caupolicán Ovalles, esa rata sucia y podrida que me atacó en el diario *La Esfera* por orden de los comunistas. ¿Y quién era ese hijo de puta? ¿Qué nexo tuvo conmigo?

Ninguno, que yo sepa. El no estuvo en el monte porque andaba asustado después de escribir un poema en contra de Rómulo Betancourt. Este tipo, como tod los de mi generación, sintieron envidia por mi trabajo, por eso que yo había alcanzado al publicar *Entre las Breñas.* Sintieron envidia por mi valor, por mi talento, por mi cultura. No me atacaban porque yo hubiese robado o porque hubiese matado o porque hubiese delatado. Me atacaron porque yo tenía genio y lo había demostrado trabajando, no discurseando en las barras de los botiquines.

Los comunistas venezolanos, con pocas excepciones, apoyaron a los "intelectuales de izquierda" para que me atacaran. Crearon una revista, *En Letra Roja,* con el único fin de atacarme. Nada pasó. Yo era más que ellos y estaba dispuesto a seguir jugándomela, como también ahora. Yo, aquí donde me ven, valgo por un país.

Estaba el Pompeyo Márquez, ese viejo idiota, diciendo que se iba a las guerrillas y no se fue nunca y para engañar se hizo retratar en el solar de su casa con una boina en la cabeza y un fusil al hombro.

Estaba el Teodoro Petkoff, culpable de la entrega del profesor Lovera, quien fue asesinado por los servicios represivos del Estado. Esta-

suelto, ofreciendo sus servicios.

Yo tenía que luchar contra todos estos carajos. Tenía que ganar tiempo porque mi lucha era difícil y yo estaba solo.

Luchar contra una cantidad de nalgones apoyados no es cualquier cosa.

Luchar contra tipos que desde chiquitos están dando pininos con el culo es cosa difícil. Esta es la gente que se mueve, que entra en logias, en grupos, en partidos que reciben subvenciones y que tienen carta blanca para asesinar. Para combatir a gente como la que menciono hay que apertrecharse y estar listo para lo que salga. El Petkoff mandaba a secuestrar aviones y no pagaba culpas. Las culpas las pagaban los idiotas que le hacían caso. El Petkoff mandó a Toribio García a las guerrillas de Lara, donde murió, y el Petkoff se quedó abajo sano y salvo recibiendo un sueldo. El Petkoff y el Pompeyo Márquez mandaron a atacar un tren de excursionistas en El Encanto y nadie les cobró los cuatro Guardias Nacionales que murieron ametrallados. No, al contrario, los premiaron dejándolos escaparse por un túnel para que salieran a

dividir el partido comunista y acabaran con Douglas Bravo, que era el único guerrillero que aun continuaba en la brega. Por entregar a Douglas los iban a legalizar.

Hoy el Petkoff es candidato a la presidencia de la República y su hermano, Luben, puede devenir jefe de la policía política. Lo que nos espera de tamaños asesinos.

En Venezuela nunca se ha tenido respeto por la condición moral del hombre. En Venezuela se mata como si nada y a los hombres se les destruye moralmente. A mí primero quisieron destruírme moralmente llamándome traidor, vendido y becario del gobierno. Yo no soy débil y no me suicidé como lo hizo Paul Nizan en Francia después de una campaña semejante. Los comunistas y los "intelectuales de izquierda" encabezados por Teodoro Petkoff, Caupolicán Ovalles y Jesús Sanoja Hernández desataron una campaña de desprestigio para justificar mi asesinato. El Ovalles, con pseudónimo, entrevistó al Ramón Bravo, quien dijo:

— Si, evidentemente, Argenis Rodríguez es un traidor.

Esto fue desplegado a ocho columnas en el diario *La Esfera*. ¿Quiénes eran estos tipos para hablar de mí en esa forma? Ninguna de ellos era

guerrillero, ninguno de ellos había militado conmigo. Nada de eso. Pero los dos recibían órdenes, trabajaban para organizaciones internacionales. Se les pagaba por eso. Ramón Bravo recibía un sueldo de la Unión Soviética. Había estado en Berlín, en Yugoslavia y en Moscú. En Berlín oriental conoció a Alí Lameda. (La hermana de Ramón Bravo, Isabel, era la secretaria de la fracción comunista en el Congreso). Esta es una historia muy oscura, porque el Ramón Bravo regresó a Venezuela hablando mal de Alí Lameda y a Alí Lameda lo encerraron durante ocho años en una cárcel de Corea. ¿Qué tuvo que ver Ramón Bravo en esto? Después, cuando yo publiqué *Entre las Breñas* y dí una visión "pesimista" de las guerrillas, al Bravo y al Ovalles les dieron luz verde para que me atacaran. Yo estaba en París con una beca que me consiguió Simón Alberto Consalvi y a París me llegaron esos recortes. El Ovalles, por su parte, había estado en Ecuador, Bogotá y Praga y en Praga escribió su *Diario de Praga,* unos poemas malísimos que le publicó la Universidad Central. Me estaban atacando porque yo había acabado con el negocio de la violencia. Los dirigentes de la violencia recibían buen dinero. Dinero contante y sonante. Cuando publiqué *Entre las Breñas* y dí la imagen que dí, Fidel Castro y los comunistas se desencantaron y se opusieron al envío de otras remesas de dinero. Yo acabé con un negocio que rentaba bien, sin tropiezos, y los

que recibían ese dinero no hacían ningún trabajo. No se exponían. Los que se exponían estaban en el monte, sin cobrar y jugándose el pellejo. Los Ovalles, los Bravo, los Petkoff, los Pompeyo Márquez y los "dirigentes universitarios" no iban al monte. ¿A qué? Lo de ellos era justificar la revolución. Lo de ellos era teorizar. Lo de ellos era decir "yo justifico esa guerra" y demás coñas.

Bueno, estaban en eso cuando yo regresé y entonces tramaron lo del asesinato. Me iban a ametrallar. Me iban a poner un peine. Yo iba a caer. Pero se dividieron. Héctor Mujica, que veía la trampa, se opuso a mi fusilamiento, a mi secuestro o a mi ametrallamiento. Hasta secuestraron a un muchacho que se llamaba como yo. Este muchacho, llamado Argenis Rodríguez, era hijo del poeta José La Cruz Rodríguez.

El tiempo no ha pasado en vano. El Petkoff, el Ovalles, el Pompeyo Márquez y el Bravo ya no son comunistas. Militan en el MAS, una organización que se hace pasar por socialista. Al Pompeyo y al Petkoff los expulsaron del partido comunista. Al Luben lo expulsaron del partido comunista. Al Bravo ya no le dan becas "para que vaya a estudiar cine" en Berlín oriental, en Moscú o en Belgrado. El Ovalles es el celestino de los presidentes del *Inciba* o del *Conac*. Depende como se llame este organismo cultural. Al menos fue celestino de Tarre Murzi y de

Carrillo Moreno. No creo que lo fuera de Eduardo Morreo. Más bien Eduardo Morreo no se prestó para componendas y no pagó las bebidas que el Ovalles se bebía en el *Vechio Mulino* por cuenta del *Inciba*. Ni pagó Morreo los avisos que publicó el Ovalles para hacerle propaganda a una banda de borrachos que se llama La República del Este.

Yo no me trancé. Cuando las cosas pasaron me buscaron. El Ramón Bravo quería que yo escribiera sobre él. Quería mi borrón y cuenta nueva. El Ovalles lo mismo. El Petkoff igual. Yo no olvido. Yo no entiendo esa política venezolana. Allá llaman maricón a alguien y ese alguien anda el otro día con su enemigo. Yo a unos tipos que quisieron justificar mi muerte no los perdono. ¿Detrás de quien andarán ahora? Esa es una mafia. El MAS es una mafia. La izquierda venezolana (con excepción del MIR, de Vanguardia Comunista y de alguno que otro comunista) es una mafia. Hay que tener cuidado con estas cosas.

Nadie entiende el por qué Petkoff y Pompeyo Márquez se escaparon por un túnel y no cayeron nunca, pero el que abrió el túnel sí cayó a balazos. García Ponce le dedicó un libro a ese muerto.

En Venezuela nunca se explicó lo de la

muerte de Lovera. Nada se sabe. En un país donde se sabe todo, nada se sabe sobre esto. Como quedó en el misterio la muerte de mucha gente, gente que estaba bajo las órdenes de Petkoff. Unos policías que asesinaron al doctor Serradas declararon que a la CIA la dirigían desde la izquierda. A estos dos policías les mandaron callarse. Las cosas siguen sucias y parece que seguirán sucias por mucho tiempo.

En 1976 los escritores venezolanos continuamos siendo unos parias, personas que vivimos de becas, sin asistencias sociales ni nada. Escribo lo que escribo y expongo mi pellejo. Me expongo a ser acribillado por los Petkoff y su pandilla de asesinos. En Venezuela vivimos la ley de la jungla. Pero tengo que escribir. De esta manera señalo la amenaza que se cierne sobre este país. En cualquier país civilizado Luben Petkoff, por asesino a sueldo, sería condenado a muerte. Aquí no. En Venezuela los jueces tienen miedo. Nadie quiere pasar por reaccionario. Condenar a un hermano de Petkoff es ser reaccionario. ¿Pero quién es Petkoff? Yo cumplo con mi deber y lucho porque se cumpla la ley y se haga justicia. ¿A dónde vamos a parar con tantos asesinos sueltos y con tantos asaltantes a la brega del poder? Aprendí que los escritores deben decir lo que sienten y lo que tienen como su verdad. Aprendí que no había que conformarse con ser escritor, sino que había que ser prác-

tico también. Ambrose Bierce, a los ochenta años, fue a morir al lado de Pancho Villa. Byron murió en las costas de Grecia. Yo no sé cómo voy a morir yo. Pero prefiero morir de un balazo a morir de indigestión. O morir de cuernos, que es como mueren los "intelectuales de izquierda" en Venezuela. Siempre he creído que en cada libro me jugaba el pellejo y ahora también me lo estoy jugando. Pero aquí tiene que haber justicia y los asesinos tienen que ser desenmascarados. El general Paredes murió por oponérsele a Castro. Y Paredes era un intelectual. Leía en francés, traducía a Zola y escribía libros. Pero a la hora de la verdad no se amilanó. Su sombra está entre nosotros. La amenaza nos viene de todas partes. De afuera y de adentro. Si yo no escribo esto me suicido. Y si escribo y publico esto es posible que me asesinen. Los asesinos no se detienen. Una vez que matan siguen matando. Pienso en el pobre italiano que asesinó Lubén Petkoff por mandato del dueño de un burdel de Maracay y se me eriza el cuerpo al pensar que yo una vez estuve de acuerdo con gente de esa calaña para "hacer una revolución". ¿Dónde estaríamos en estos momentos con hombres como Luben en el poder? ¿Qué pasará si yo no denuncio a esta gente como lo estoy haciendo ahora? Teodoro Petkoff da sus discursos en las plazas públicas de Caracas y desea ser candidato a la Presidencia de la República. Pompeyo Márquez, el teórico de la

insurrección, el que decía que la batalla sería larga, es senador y otra cantidad de tipos como ellos están detras de los intereses de la nación. Se han movilizado bien porque han quedado como héroes, como legendarios hombres de acción que luchan por la liberación de un país. Se han amparado detrás de la figura de un hombre respetable como José Vicente Rangel y se han enquistado en las universidades y en los sindicatos obreros. Estoy lejos, en Bruselas, y hasta aquí me llegan noticias de los movimientos de Teodoro Petkoff. Todos los meses Teodoro Petkoff viaja a los Estados Unidos, un tipo que no salía de Cuba. Los comunistas tienen que callarse porque se conocen sus secretos. Teodoro los conoce a ellos y los comunistas conocen a Teodoro y a Pompeyo. Jesús Sanoja, el intelectual oficial del partido comunista, tiene que callar. Héctor Mujica tiene que callar. Aquí solo quedo yo, que no soy ni comunista ni nada, poniendo a todo un país en guardia. También pasa una cosa: En Venezuela yo escribo como escribo porque no tengo rabos. Yo nunca le acepté un centavo a los comunistas cuando milité en la *Juventud*. Ni después, cuando lo de la violencia. En el segundo tomo de estas *Memorias* narré que apenas si una vez recibí setenta y cinco bolívares para que fuera a incorporarme al comando de Juan Vicente Cabezas. Y antes, cuando los grupos, los Romero quisieron regalarme un carro. No lo acepté. Quisieron darme

Romeros, con el dinero *decomisado*, ayudaron a sus familiares. Bueno, uno de ellos murió, pero lo que hacían no era justo. Los que se decían dirigentes de la violencia corrompieron a todo el mundo pagando el treinta por ciento por un dato seguro. Así empezó la cosa. Así empezó el fin de todo aquello. Al final ya no se asociaban sino con desechos. Con un tal Meihardt Lares que era perezjimenista y que los entregó. Los que tenían dignidad no están en el MAS. Cabezas, que estaba al frente de unos hombres en el Estado Portuguesa, no está en el MAS. Américo Martín y Moisés Moleiro, continúan en el MIR.

Fue Teodoro Petkoff el que me llevó a la casa de Toribio García. Se trabajaba al descubierto. La policía no agarraba a nadie porque o era estúpida o estaba dirigida por el Petkoff No cabe otra explicación. El gobierno sabía que Pekoff era un hombre "peligroso". Pero Petkoff se movía como Pedro por su casa. A mí me llevó Teodoro a casa de Toribio porque íbamos a dar un golpe. Ibamos a asaltar unas oficinas del IPAS. Ahora bien, el golpe no se ejecutó porque el encargado de robarse un carro en la Universidad Central no se robó el carro. Entonces salió Teodoro a decir que el golpe no se había dado por culpa mía. ¿Por qué no lo dió él entonces? ¿Por qué no se ponía él al frente de los asal-

tos y los daba? ¿Por qué no se enguerrillaba él? ¿Por qué no se enguerrillaba Pompeyo Márquez que vivía escribiendo en Clarín que la *guerra sería larga,* con una frase que se copió de Mao? Porque Pompeyo no es hombre de formación. Pompeyo era un muchacho que vendía periódicos en las calles de Caracas y de golpe y porrazo lo pusieron a dirigir el partido comunista. Era fácil dirigir un partido que no tenía militantes. Durante la dictadura de Pérez Jiménez los militantes ahí éramos diez. Lo demás era habladera de pendejadas. A la caída de Pérez Jiménez a Pompeyo Mérquez le hicieron una propaganda descomunal. Pompeyo, ignoro por qué, tenía admiradores, alumnos. ¿Cómo puede tener alumnos alguien que no crea, alguien al que se jorunga y no se le encuentra nada? Dicto esto a la carrera pensando en las polémicas de Pompeyo. *¿Rectificar qué?* preguntaba él. Porque para él la violencia era justa. Matar un policía cada día era justo. Era justo mandar muchachos a las montañas. Era justo dejarse matar por lo que él decía, eso de que la guerra era larga, que a la verdad tampoco era suyo sino de Mao. Pero era así y ya hemos visto cómo terminó todo. Yo no soy historiador ni político pero tengo que escribir esto. Tengo que escribir lo que siento. No me importa si esto es un panfleto o no. No me importa si me repito o no. Lo que me interesa es llamar la atención sobre un grupo de foragidos que me hace pensar en el grupo de

aventureros que capitaneaba Mussolini o en el grupo de asesinos que Hitler condujo al poder. Los asesinos se disfrazan de héroes, de palomas y de redentores.

Teodoro Petkoff, como vengo diciendo en esta novela de misterio y de aventuras, era una lanza para evadirse. Se evadía en las mismas barbas de la policía. Ya lo estaban comparando con el Conde de Montecristo o con el mago Houndini. El Petkoff se fugó de un quinto piso del hospital militar. Parece que lo llevaron allí para que se fugara. Los guardias nacionales estaban fuera, en la puerta, y él lanzó un hilo de nylon y se escurrió como por arte de magia. Cada vez que el Petkoff estaba preso la guerrilla arreciaba. Entonces tenía que fugarse el Petkoff para que la guerrilla amainara o sufriera un golpe espectacular. A Fabricio Ojeda lo agarraron y no lo dejaron pasar dos horas en una prisión. Se ahorcó en su celda. Esto fue lo que se comunicó. Petkoff y Márquez podían escaparse, pero Cabezas no. Petkoff y Márquez se escapaban, daban una fiesta y declaraban por toda la prensa.

Porque Venezuela es el país de la exhibidera. Una vez un grupo de guerrilleros tomó El Hatillo, un pueblo de las cercanías de Caracas, y escapó ileso, pero una semana más tarde cayeron todos en una fiesta. Estaban celebrando

el golpe y habían invitado a toda la "buena sociedad".

Los jefes guerrilleros lanzaban golpes aislados. Secuestraban a Di Stefano, un jugador de fútbol, y al otro día repartían fotografías con el secuestrado y su secuestrador. ¡Qué colaboración con las fuerzas del orden! Al secuestrador, un joven de apellido Canales, le pusieron la mano y lo encerraron por no sé cuantos años.

Los jefes guerrilleros (Petkoff, Márquez) ordenan el secuestro de un barco y los secuestradores tienen que entregarse en Brasil. Son extraditados y aún están presos. Esos secuestros no eran acciones revolucionarias. Todo eso era propaganda. Con eso engañaban a los países socialistas y les sacaban dinero.

Petkoff manda a secuestrar un avión para lanzar una propaganda sobre Caracas y los secuestradores se entregan en Curazao. Los secuestradores pasan cinco años de su juventud en una prisión. Cuando salen ya no son los mismos. Petkoff, por su parte, sigue libre, cayendo y escapándose hasta alcanzar lo que ha alcanzado hoy: dividir el partido comunista y fundar una organización que recibe subvenciones del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Ningún secuestro amenazó la estabilidad

bía que rectificar nada. Hasta Jesús Farías, un hombre que me parecía serio, cayó en las pendejadas de elogiar esas acciones. A los que secuestraron el avión para lanzar propaganda sobre Caracas los llamaba "los aguiluchos". ¡Habrase visto pendejada más grande! Bueno, en este caso yo justifico a Jesús Farías porque el partido comunista estaba en las manos de Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, quienes eran los encargados de enterrarlo.

Otro idiota que gritaba en el Congreso desde su curul de diputado era "el dirigente obrero" Eloy Torres. Eloy Torres gritaba:

—¡A ese partido no lo destruye nadie!

Y años después él, en unión de los Márquez y los Petkoff, resultó el primer destructor del partido comunista.

Vainas como éstas se veían.

¿Quién que no fuera decente no se iba a salir de ese partido? Yo me salí en el año 1964 y publiqué mi libro *Entre las Breñas*. Pero a partir del año 1964 se intensificó más el envío de gente a

las guerrillas. El negocio marchaba viento en popa. Enriquecía a los que estaban abajo.

Tuvimos que esperar diez años más. Entonces Angela Zago publicó su libro *Aquí no ha pasado Nada* y la gente si cayó en cuenta del crimen que era mandar muchachos a las montañas para que otros se enriquecieran y se llevaran las glorias.

Los comunistas tenían su novelista especial. Tenían a Adriano González León, un tipo que escribió una novela para "insuflarle coraje" a los hombres de las guerrillas. En *País Portátil* narra González León una historia de amor y de violencia por el estilo de las novelas rosa. Esta novela fue premiada en España por Vargas Llosa y el grupo del *Boom* que aprovechaba a Fidel y a la Revolución Cubana. Lo que acabó, claro, como acaban las cosas cuando se hacen por interés. El Vargas Llosa atacó a Fidel. El Adriano firmó contra Fidel. Fidel les dijo que a Cuba no iban más y se acabó el *Boom*. La novela de Adriano está ahí para el que la quiera leer. Adriano no sabía nada de violencia. El decía que Homero no fue a una guerra para escribir sobre Troya. Eso era verdad, pero Adriano sí tuvo la oportunidad de vivir una guerra. Como la tuvo el Ovalles, que le dedicó un poema a su "Comandante Chimiro", pero cuando le hablaron de irse al monte se cagó todo.

A Fidel Castro, que tenía una popularidad inmensa en Venezuela, le salió muy caro eso de oír a una cantidad de aventureros y dejarse arrastrar por ellos. Fidel Castro acogió a Luben Petkoff, lo atendió como a un rey y después lo embarcó con armas y un grupo de cubanos. Los cubanos cayeron y Luben desertó para dedicarse a matar gente por dinero.

Fidel Castro, que ha sido el primer sudamericano en meterle una patada en el culo al imperialismo yanqui, se dejó engañar por Teodoro Petkoff, por Pompeyo Márquez y otro grupo más de foragidos. Fidel mandó dinero, armas y hombres.

Los "intelectuales" iban a La Habana, allá se paseaban," "escribían" sobre la revolución y depués regresaban y que a pelear. Pero ya en Venezuela los "intelectuales" se dedicaban al ballet-rosado, a la caña, a intercambiarse las mujeres y a decir que lo de ellos era el "pito", el desprejuicio y la revolución.

Yo no me explico cómo Fidel Castro se dejó engañar por semejante lacra.

Después ya no los quiso allá. Después comprendió que lo mejor era trabajar con orden y con seriedad. No se podía confiar en un partido comunista como el venezolano que lo que hacía

era mentir, mandar informes sobre una supuesta región "liberada" y dar golpes aislados con el único fin de hacerse propaganda.

Al partido comunista no le quedó casi nadie en sus filas gracias a la dirección de Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez y el "poeta" Carlos Augusto León, "El poeta del pueblo"

A Gustavo Machado, a Jesús Farías y a dos o tres más se debe el esfuerzo de reconstrucción del partido comunista. Sanoja Hernández es un intelectual que se inclina hacia los "poetas" y mete la pata muy a menudo. En vez de atacar a Carlos Augusto León, que vivió a los comunistas hasta que se fue para el MAS, me ataca a mí. Así va a salir de abajo.

Carlos Augusto León era un comunista ortodoxo hasta que los rusos le quitaron la beca. CARLOS Augusto León, con su mentalidad colonial, bautizaba a sus hijos con nombres rusos. Los comunistas quisieron hacer de Carlos Augusto León un poeta del tamaño de Neruda.

— !He aquí el poeta del pueblo! —gritaban en las plazas públicas.

Pero que va, nada.

Vino la violencia, el peligro y el "poeta del

pueblo'' se dijo:

— Yo soy un tipo sensible. Lo mío no es un fusil, sino una pluma.

Renunció al comunismo, se inscribió en el MAS y se buscó una colocación en la Universidad Central, ese reducto de renegados.

Esto está escrito con odio, pero con mucha moderación.

Cuando escribo ésto veo a un poeta venezolano que me dice que Caupolicán Ovalles, a raíz de la muerte de Carrillo Moreno, se robó cuarenta mil bolívares del Inciba. De esta manera han terminado los que me atacaron por decir que enviar gente a las montañas era un crimen.

Al Caupolicán Ovalles, con palabras de Shakespeare, se le podría llamar pícaro, un tunante alimentado de sobras; un ruín, desvanecido, majadero, un miserable servil por unas monedas, tres malos vestidos y unas rotas calzas; un gullón, un cobarde, que os perseguirá con justicia cuando le hayáis apaleado; un hijo de puta, empañador de espejos, métome en todo, maestro enredador, uno que heredó de un cofre vacío; uno que sería buen alcahuete por sus buenos oficios y no es más que una mezcla de

truhán y de rufián, hijo conocido de una mala perra; uno a quien me hartaré de aporrear aunque me aturda con sus aullidos, si se atreve a desmentir siquiera una sílaba de su señalamiento.

(¡Este hijo de puta chulo y cabrón de Tarre Murzi y Carrillo Moreno!)

Yo, para mi desgracia, nací en una época de hijos de puta.

El que es honesto, limpio y honrado no le teme a nada.

Desde que me atacaron por publicar *Entre las Breñas* me llené de odio y escribo con odio. Como un personaje de Kleist iba a dedicar el resto de mi vida a luchar por hacerme justicia. La justicia me la vengo haciendo con mis escritos, pero como Michael Kohlhaas lo mismo me armo y me hago justicia con mis propias manos.

El Ovalles y el Petkoff me atacaron por una beca que me otorgó Simón Alberto Consalvi y ahora ellos se cogen todo el dinero que ven por allí regado y nadie les dice nada. El Ovalles le da becas a su hermano Lautaro, un borracho que no es nadie, mientras ha hecho todo lo posible porque me quiten a mi mis becas. El

Ovalles, a su hermano mayor, un tipo a quien los Guardias Nacionales se han cansado de apalear en los burdeles de Sabana Grande, también le da becas de escritor. El Ovalles, con ese descarado arrastre que le caracteriza, fue a visitar al Presidente Caldera para que le comprara unos periódicos viejos que dejó su abuelo Titi-Mozín. El Presidente Caldera, como era de esperar, no lo atendió. Nadie atiende a un desvergonzado.

ooo

El Petkoff no atacó a su hermano cuando asesinó por dinero, pero me atacó a mí cuando publiqué *Entre las Breñas.*

ooo

Yo soy un escritor honrado, un hombre que no tiene sangre en las manos.

ooo

El Ovalles a su abuelo le dedicó un poema titulado *A MI ABUELO TITI-MOZIN, ALIAS EL BOBO.*

ooo

El abuelo del Ovalles era un brujo que tenía una farmacia en Villa de Cura.

ooo

Petkoff es un dirigente "socialista" que cobra como diputado, como profesor vitalicio de la Universidad Central y como funcionario del MAS. Esto que uno sepa. Lo de la C.I.A. es más que seguro.

ooo

El Ovalles es un "intelectual de izquierda" que cobra por el Congreso Nacional y por el *Conac*. Esto también que se sepa. Esta gente se vende como un queso podrido.

ooo

Yo soy un escritor que tiene la beca más baja que otorga el *Conac*. Y esta beca me la quitan y me la dan según y como estén las influencias "socialistas" en el gobierno.

Cuando Copei me retiraron la miserable suma de doscientos dólares porque el Ovalles se le metió al Tarre por las narices. Y el Ovalles se cogió para sí el puesto de Director de Cultura Regional y dos o tres puestos más y un puesto enorme para su hermano mayor que no sabe leer ni escribir y becó a sus tres tías, unas viejas deshauciadas.

ooo

A mí me cuesta vivir en mi país por esta mierda de la honradez, pero un día de estos me voy a meter a socialista del MAS.

ooo

Con esos espías atrás, bregando por hundirme en la miseria y en el desamparo, no sé cómo vivir en mi país.

ooo

Porque esos "intelectuales de izquierda" son una verdadera mafia. El que no sea como ellos o el que no esté con ellos no consigue becas en el *Conac* ni consigue puestos en la Universidad Central.

ooo

Y esta mafia de intelectuales ni escribe ni pinta ni crea ni deja que los demás pinten, escriban o hagan algo.

ooo

La mafia con su whisky por cuenta de la cultura de Venezuela persigue a los que trabajen. Yo estoy por aquí, lejos, porque en Vene-

zuela no hay un lugar decente para mí.

En 1958 cayó la dictadura de Pérez y los comunistas salieron fortalecidos de allí. Casi todos los intelectuales eran comunistas o pro-comunistas. Los comunistas tenían revistas y eran respetados. A Jesús Farías, a Pompeyo Márquez, a Gustavo Machado y a Guillermo García Ponce se les aplaudía en las universidades y en las calles. Muchos jóvenes iban al Congreso a aplaudir las intervenciones de los camaradas. Y yo era uno de ellos..

El partido comunista era un partido prestigioso que influía en los centros obreros y en las universidades y estaba presente en todas las actividades culturales y políticas del país. Yo me sentía orgulloso de ser comunista. Yo leía a Marx, a Lenin, a los escritores marxistas como Federico Brito Figueroa y Carlos Irazábal.

Los jóvenes poetas eran comunistas. Rafael Cadenas, el más grande poeta vivo de Venezuela, publicó unos fragmentos de *Los Cuadernos del Destierro* en la revista *Tabla Redonda*. Y yo publiqué allí por primera vez.

Sanoja Hernández comentó un libro de Mariano Picón Salas y Picón Salas lo elogió. Adriano González León decía:

—¡Buenos ensayos escribe Sanoja!

Zárraga se ganó el concurso de cuentos de *El Nacional* y todos decíamos:

— Los marxistas somos los mejores.

Los jóvenes escritores firmamos una carta contra Liscano. "Usted ya no es maestro de nadie", le decíamos allí. Y yo firmé aquello sin saber lo que firmaba. Si aquello estaba redactado por Sanoja y Manuel Caballero era correcto. Liscano se molestó. Me dijeron que se sentía amargado. Yo no conocía a Liscano y firmé contra él porque estábamos firmando los "puros" y los "revolucionarios".

Entonces vino lo del "foquismo". *Pensamiento Vivo* publicó *La Guerra de Guerrillas* del Che Guevara. En los círculos de estudio del partido comunista se leía *La Guerra de Guerrillas* del Che Guevara. Había que hacer lo que se hizo en Cuba.

Proliferaron los grupos anárquicos. Fidel Castro y el Che Guevara elogiaron al "glorioso partido comunista de Venezuela".

Todos pertenecíamos a las *Fuerzas Armadas de Liberación Nacional*, FALN, brazo armado del PCV. Era una exageración decir que todos pertenecíamos al FALN, pero lo decíamos y no salíamos de los pasillos de la Uni-

versidad Central. No salíamos de los locales del partido comunista.

Se aprobó la lucha armada. Se mandó gente a las montañas. Los muchachos estaban arriba esperando las armas. Había entusiasmo. Pero las armas no llegaban y empezó a caer la gente. Los muchachos empezaron a morirse. No había medicinas y estábamos en guerra.

Rafael Cadenas publicó *Derrota*, un poema en el que se consideraba *débil*.

...que no tengo personalidad ni quiero tenerla que todo el día tapo mi rebelión que no me he ido a las guerrillas que no he hecho nada por mi pueblo que no soy de las FALN y me desespero por estas cosas...

El poema de Cadenas, como se supondrá, cayó mal en las filas del PCV y los comunistas decían:

— Cadenas es un derrotista.

Hablaron mal de Cadenas. ¿Y qué tenía que ver Cadenas con el FALN y todo eso? Nada. Ca-

denas hablaba de sí mismo, de algo que estaba allí y no queríamos apreciar. Pero si hubiéramos leído a Rafael Cadenas como se debe leer a un gran poeta nos hubiéramos evitado un gran desastre.

Cadenas se marginó del Partido Comunista de Venezuela. Cadenas estaba más allá de todos los teóricos y todos los guerreristas. Cadenas, antes que nadie, había tocado el fondo del asunto: *la derrota*.

Eso que sintió Cadenas, que es cinco años mayor que yo, lo sentí yo más tarde con *Entre las Breñas*. Adriano quiso fabricar un personaje y no sintió nada. Pero Angela Zago volvió por los fueros de Cadenas y por los míos y tocó una vez más el fondo.

La lucha armada pudo ser evitada a raíz del poema de Rafael Cadenas.

Yo he vivido más del tiempo reglamentario porque tenía que contar ésto.

Los comunistas venezolanos en lugar de prestarle atención a la visión de Rafael Cadenas, que era un gran poeta, se pusieron a escuchar a Pompeyo Márquez, que pertenecía al lumpen. Es cosa sabida que para Marx el lumpe es lo peor que existe en una sociedad.

Sanoja, Ovalles, Petkoff, Bravo y otros como ellos que desconocen la poesía se inclinaron hacia Pompeyo y sus balbuceos de viejos decrépito y la emprendieron contra mí que soy con Cadenas el hombre más grande de ese país.

El lector pensará que se la pego a Pompeyo Márquez porque de vendedor de periódicos ascendió a la dirección del partido comunista de Venezuela. Sí, tiene razón. A mí la historia me ha enseñado a desconfiar de las personas que vienen de abajo. Nadie que venga de abajo hace nada. Marx no venía de abajo. Bolívar no venía de abajo. Fidel Castro no venía de abajo. Un tipo que venga de abajo no tiene sino resentimiento y perfidia. Hitler y Stalin venían de abajo y man daron con resentimiento y perfidia. Stalin here dó el poder de Lenin y Hitler se aprovechó de l decadencia y de la senectud del president Hindenburg.

Pompeyo Márquez es un mendigo y Teodo Petkoff su alumno más distinguido.

Baudelaire dijo:

— Patead a los mendigos.

Pompeyo Márquez es un viejo idiota, cur ridículo. Sus discursos sonaban *clac* cuand le caía la plancha de arriba. Y entonces

Sanoja, Ovalles, Petkoff, Bravo y otros como ellos que desconocen la poesía se inclinaron hacia Pompeyo y sus balbuceos de viejos decrépito y la emprendieron contra mí que soy con Cadenas el hombre más grande de ese país.

El lector pensará que se la pego a Pompeyo Márquez porque de vendedor de periódicos ascendió a la dirección del partido comunista de Venezuela. Sí, tiene razón. A mí la historia me ha enseñado a desconfiar de las personas que vienen de abajo. Nadie que venga de abajo hace nada. Marx no venía de abajo. Bolívar no venía de abajo. Fidel Castro no venía de abajo. Un tipo que venga de abajo no tiene sino resentimiento y perfidia. Hitler y Stalin venían de abajo y mandaron con resentimiento y perfidia. Stalin heredó el poder de Lenin y Hitler se aprovechó de la decadencia y de la senectud del presidente Hindenburg.

Pompeyo Márquez es un mendigo y Teodoro Petkoff su alumno más distinguido.

Baudelaire dijo:

— Patead a los mendigos.

Pompeyo Márquez es un viejo idiota, cursi y ridículo. Sus discursos sonaban *clac* cuando se le caía la plancha de arriba. Y entonces los

comunistas exclamaban: !Qué conocimiento del marxismo! !Qué profundidades en la materia! !Qué altura! !Qué dialéctica para tratar el problema peliagudo de la insurrección! Y la juventud entonaba el himno:

Con Pompeyo a la cabeza
la revolución se *sopesa*.

Los comunistas y los socialistas del MAS saben ahora que yo valgo más que todos ellos juntos. ¿Quién coño es Pompeyo? ¿Qué hace él? ¿Qué cultura tiene? ¿No ha sido todo él un fracaso? ¿No fue su línea de guerra una locura? Pompeyo es un irresponsable. No atajó a los guerrilleros porque tuvo miedo. Petkoff también tuvo miedo. Petkoff decía:

—A este gobierno le dan un préstamo y se lo comen en un mes. Entonces venimos nosotros y entramos en acción.

Petkoff era o es economista, pero no comprende la economía. ¿Cómo puede este tipo influír sobre unos estudiantes y todo un partido? Nada más ni nada menos que por la falta de preparación de todo un pueblo estupidizado por la televisión, el hambre y el analfabetismo. ¿Por qué influye en los "estudiantes"? Porque en Venezuela no hay estudiantes. Los "universitarios venezolanos" son unos imbéciles, unos

pobres imbéciles carne de cañón que sin saber manejar un arma quieren irse al monte. Las guerrillas se alimentaron de estos "estudiantes". Salían a cometer un asalto y si se les cruzaba un policía en el camino se bajaban y lo "ajusticiaban". Así trabajaban los alumnos de Petkoff. Cuando "ajusticiaron" al abogado Seijas actuaron así. Tenían que robarse un carro en la Universidad para cometer un asalto y se metieron en el primero que se les puso a la vista, identificaron a Seijas como funcionario de la policía política y acordaron su fusilamiento. Listo. Y al otro día estaban todos presos y descubiertos. Yo no metería presos a estos muchachos ingenuos; yo los llevaría a un correccional, les enseñaría un oficio, los pondría a trabajar en ese mismo correccional y los soltaría después de cumplir la condena que se les imponga. Yo a quien agarraría sería al Petkoff.

Yo a todos los que me atacaron por publicar *Entre las Breñas* los metería en una prisión. Son ellos los culpables de que la violencia continuara. Y ellos me atacaron para justificar un asesinato. A mí no me atacaron por literato.

Todo artista, todo escritor, todo músico, todo pintor venezolano tiene derecho a un trabajo en una universidad o en el Instituto Nacional de Cultura, pero esos trabajos están reservados para una mafia. Están la mafia del Ovalles, la

mafia del MAS, la mafia del partido comunista y las mafias de las derechas, pero ninguno de los agentes de esas mafias trabajan. ¿Qué obras tienen los agentes de esas mafias? Yo no veo ninguna. En Venezuela trabajamos ciertas y determinadas personas que estamos aisladas de esas mafias.

Yo me he mantenido aparte para poder trabajar. Yo no puedo estar en ningún grupo porque el grupo te hace perder el tiempo y quiere comprometerte para que firmes pendejadas a favor de los judíos o a favor de los palestinos. Yo no firmo sino lo mío. Yo cosas que dependen de Washington o de Moscú no las firmo. Yo libro mi lucha por la independencia de mi país fuera de grupos dudosos. Ya salí escarmentado del partido comunista para meterme en otra piratería dirigida por viejos flojos e irresponsables. Porque ¿qué dirigente comunista escribe ahí? ¿Qué dirigente comunista o socialista se ha preocupado por contar qué pasó en la década de los sesenta? Nadie. Esos dirigentes lo que quieren es que eso se olvide. Pompeyo quiere que eso se olvide. El era el primero en justificar ese terrorismo. Petkoff quería que lo llamaran comandante Teodoro.

!Esos mierdas!

pactaron la entrega del profesor Lovera utilizando como intermediario a Aníbal González, militante del partido comunista. Aníbal González ya era un agente del servicio de inteligencia militar. Petkoff por ese lado estaba descubierto y planeó la muerte de González, a quien cazaron y arrollaron con un carro en una carretera del Estado Aragua. Muerto González, Petkoff podía descansar tranquilo. Ahora Petkoff puede bregar su candidatura a la Presidencia de la República con las espaldas seguras y su hermano Luben, el asesino a sueldo, convertirse en el jefe de las milicias nacionales. Buena la vamos a poner en Venezuela con este par de asesinos en el poder.

Existe algo que no puede negarse: el que ha asesinado una vez continuará asesinando hasta el fin de sus días. Si Luben, después de ser guerrillero se transformó en asesino a sueldo, es posible que continúe asesinando para vivir, para obtener un dinero ensangrentado. Es asqueroso alimentarse con los cadáveres de los humanos, de nuestros semejantes. En París, recuerdo, se le dió la libertad a un asesino de nombre Bernard Pesquet y este asesino continuó en lo suyo: ahora se le achacan no menos de diez asesinatos a sangre fría. Hasta el momento se han encontrado diez cadáveres, todo obra del tal Bernard Pesquet (*Le Monde* de 13 de agosto de 1976)

La gente me dice:

— Cuida tus cosas, Argenis. Cuida lo que escribes.

Eso no tiene que decírmelo nadie. Yo lo mío lo cuido. Yo cuido mi expresión. Estas *Memorias* son violentas y destartaladas, pero no hay otra forma de escribirlas. Yo aquí hago documento, historia viva, como dicen los recopiladores de notas. Lo único que yo cuido son mis cuentos, mis novelas y mis confesiones literarias, tales como *Otra Confesión, Maldiciones* y Palabras con el Inmortal. El que no haya leído esos libros que los busque.

¿Eran cobardes e irresponsables los jefes de la violencia?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque después que armaron a los grupos guerrilleros y éstos comenzaron a actuar a la diabla los jefes se asustaron. Petkoff decía que la Universidad estaba llena de revolucionarios de café y él era el primer revolucionario de café. Cuando las guerrillas cogieron fuego por cuenta propia porque ya nadie las ayudaba los jefes (Teodoro, Pompeyo, García Ponce, etc.) guar-

daron silencio. Si los jefes hablaban, escribían, criticaban serían considerados traidores. Por eso los jefes, cobardemente, callaron y dejaron que el tiempo se ocupara de destruír los focos insurreccionales. Lo que sucedió. En este sentido de los únicos que desconfío es de Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff. Estos fueron los que más atizaron el fuego.

CON ODIO Y CON ASCO.

En un país como Venezuela no se puede escribir sino con odio y con asco.

Yo podría volver sobre el mismo asunto infinidades de veces. Los comunistas y los hoy llamados socialistas del MAS querían destruirme porque los puse al descubierto ante sus financistas, Fidel Castro no envió más dinero; ni Italia, ni Vietnam, ni Francia. Los franceses mandaron periodistas y éstos escribieron que lo que se hacía en Venezuela eran atentados sin importancia con el único fin de llamar la atención y hacerse propaganda, pero que ninguno de esos actos le hacía daño al gobierno.

Eso se editaba fuera y los comunistas y los socialistas del MAS estaban tranquilos aquí, recibiendo la gran tajada.

Fue después del aparecimiento de *Entre las*

comunistas y los socialistas del MAS eran unos traidores era yo. Yo sabía que Aníbal González era confidente del Servicio de Inteligencia Militar y el contacto que Petkoff tenía con la CIA. Al verse descubierto se adelantaron en la campaña de desprestigio que creían que me hundiría. A lo mejor se dijeron que yo iba a coger miedo. Eso no ocurrió, porque a cada ataque que me lanzaban yo redoblaba mis fuerzas y si no he matado a nadie es porque no soy un asesino, pero siempre estuve a punto de defenderme y esto ellos lo entendieron.

Cuando se dieron cuenta que yo no cedía pasaron a los hechos. En Pro-Venezuela alguien me preguntó si yo era Argenis Rodríguez y al voltearme ví que un puño venía hacia mi cara. Detuve ese puño porque antes que aprender a escribir aprendí a defenderme. En la librería *El Gusano de Luz* un tipo histérico me sacó una pistola y me la puso en el pecho.

— Traidor —gritaba—, te voy a matar.

Yo a éste le dije:

— Guarda ese aparato, porque te puedes

meter un tiro en esas bolas que nunca has utilizado.

Unos que se decían periodístas, cuatro en total, me arrinconaron contra la barra del bar que había en el diario *El Nacional* y comenzaron a insultarme. Yo me quedé callado oyéndole los insultos y las provocaciones. No pasaron de gritar porque si me hubieran golpeado y me hubieran dejado vivo yo los iba a buscar ese otro día.

En Venezuela hay que morirse como asesino.

Me han sucedido miles de casos como estos que relato. Pero los asesinos, los instigadores de asesinatos y los maricones no me mataron y por eso he contado lo que he contado.

Así como en Estados Unidos el FBI y la CIA se unieron a la mafia para atentar contra Fidel Castro en Venezuela los comunistas, en aquel entonces dirigidos por los actuales jefes del MAS, se unieron a los hampones con el propósito de asaltar bancos y atentar contra la policía y los miembros de las Fuerzas Armadas. Alejandro Gil Bustillos, que había pertenecido al aparato represivo de Pérez Jiménez y que cometió asaltos y crímenes por su cuenta, terminó enrolado en el partido comunista.

Estoy en Bruselas, adonde vine porque ya vine una vez hace diez años, y aquí leo lo que me mandan de Venezuela. Es gente joven la que me escribe y a mí me entra un dolor por ellos. Sé lo que les espera por meterse a escritores. Me escriben de todos los rincones. De Mérida me mandan *Talud,* una revista que dirige un joven llamado Orlando Flores Menessini. De Barquisimeto me escribe Freddy Castillo y me habla del poeta Pérez-Só. De Maracaibo me escriben Emilio Valero, Silvio Díaz, Miguel Campos y la joven Haideé. Ellos dicen leer lo que escribo. Me mandan sus relatos, publicados con esfuerzos y yo recuerdo todo mi trabajo por publicar lo que escribo, por crear roncha en una sociedad indiferente sólo a lo que no sea asaltos, gritos y vulgaridades. Jesús Serra, desde Mérida, me envía su trabajo sobre Fernando Pessoa, un poeta portugués que no podía dormir y que se murió de soledad en la más completa soledad. Yo he admirado a estos hombres que toma en cuenta Jesús Serra y ya sé lo que será de Serra y de los que se ocupan de la gente de la que yo me he ocupado. Del Zulia también me escribe José Antonio Castro y me manda sus ensayos sobre el *Proceso Creador*. De Caracas, Otón Chirinos, un abogado que se gasta el dinero en publicarse libros, me envía todo lo que publica. Luis Beltrán Guerrero, un hombre que ha podido usar su talento en producir dinero, lo pierde en escribir libros que casi nadie lee en Venezuela. A Luis

Beltrán Guerrero lo leen en España o en la Argentina, pero en Venezuela casi nadie. Aquí en Bruselas está lloviendo y yo pienso en Pío Gil, uno de los escritores más escritores que hemos tenido. Porque en Venezuela ser escritor es ser una especie de Cristo. Pío Gil ahorró dinero, se exilió por cuenta propia, se pagó las ediciones de sus libros y los mandó a Venezuela para que se los repartieran de gratis porque en Venezuela nadie compra libros. Pío Gil comía una vez al día. Y a veces dejaba hasta dos días a la semana sin comer. Esto se lo contaba a su novia de Caracas, Matilde Alvarado, a la que quería convencer para que se fuera a hacerle compañía. "Dejar dos días a la semana sin comer es bueno para la salud", le escribía Pío Gil a Matilde Alvarado. Nada. Pío Gil se murió de hambre, solo y abandonado en aquel país perdido que era la Francia de los años 14. Pío Gil recordaba una casa que estaba en lo alto en las montañas de su pueblo natal. "Se combatió allí cuando la invasión de los llaneros", recrdaba y recordaba a toda aquella gente del Táchira y a una muchacha muy joven que se murió en Caracas. *¿De qué se murió esa joven?*, prenguntaba. Y desde París, desde Amsterdan o desde España vivía pendiente de Venezuela y del atraso en que la tenían sumida los caudillos. Pío Gil se moría de hambre, pero más que de hambre se moría de la tristeza de saber que su tierra etaba gobernada por patanes, ladrones y asesinos que no creían en la

El venezolano no tiene inteligencia, imaginación, cultura, nada de eso; el venezolano lo que tiene son bolas, unas bolas bien puestas. Con las bolas es que se manda en Venezuela. En Venezuela nadie manda con la cabeza sino con las bolas. El venezolano yo no sé si ha evolucionado. Creo que no. En mis tiempos de militante clandestino en contra de la dictadura fascista de Pérez Jiménez, los camaradas me decían:

— Hay que echarle bolas a la vaina.

Y lo mismo me decían en las guerrillas de El Charal en 1961:

— Hay que echarle bolas a la vaina.

Y en tiempos de Pío Gil era lo mismo. Cipriano Castro era un fanfarrón que gritaba y gritaba por todas partes y la gente decía:

— Las tiene así:.

Porque las bolas son el símbolo del hombre venezolano. Un freudiano diría que ese es un síntoma homosexualoide. Y a lo mejor tiene ra-

zón. Ya se conoce la definición que se ha hechc del Don Juan, que es un hombre que no confía en sí mismo y que a cada momento tiene que probarse que es hombre. Esa es una cuestión que heredamos de España y se nos ha quedado bien arraigada. Pío Gil no podía vivir entre boludos y se fue, se autoexilió por amor a su inteligencia y por dolor a perderla en un país de boludos, un país que era el suyo y que lo rechazaba por creer más en los testículos que en la cabeza. Pero así es la cosa y aún es así. Rufino Blanco Fombona, su contemporáneo, tuvo que amarrarse bien los pantalones porque sino lo matan. Rufino tuvo que matar y también se exilió. Rufino era un gran escritor y también creía más en la cabeza que en los testículos. Es asunto de creencia. En Venezuela el gritón, el discurseador y el que se baja los pantalones para mostrar lo enorme que tiene las bolas es el que tiene porvenir. Los demás, que somos una ínfima minoría, estamos jodidos. Nosotros no exhibimos las bolas en público. Eso es sagrado. Esos son unos órganos que guardamos para rascarnos cuando nos pegan las ladillas, porque, a la verdad, las bolas no sirven para nada, ni siquiera para empujarlas con el coroto ese que sí tiene su función y que es también cosa privada.

Este asunto de las bolas es el culpable del atraso de la nación. Desde Páez para abajo se ha mandado con las bolas. Y por esto nos roba-

ron las tierras, extrajeron el hierro y el petróleo y nos hundieron en el pudridero y en el atraso. Nuestra universidad, un día por los "estudiantes", y otro por los "gobernantes", se la pasa cerrada. No obstante queremos independencia. ¿Pero cómo podemos conquistar la independencia? ¿Con qué gente, con qué capacitación? Cuando a comienzos de siglo se descubre el petróleo no hay un solo venezolano que sepa lo que es eso. Entonces vienen los yanquis, agarran a un pobre hombre, se lo llevan a Nueva York, lo acuestan con una puta y le dicen que firme un papel. Y por esa irrisoria cuca en la que nuestro hombre mete sus bolas entrega las tierras con el "oro negro". Un caso parecido cuenta Mariano Picón Salas en *Regreso de Tres Mundos*. Y más adelante, cuando nos convertímos en el primer exportador de petróleo del mundo, aún no sabemos lo que tenemos entre las manos. Un ministro es envenenado por llamar la atención sobre el problema y otro dice que no sólo no cobramos el petróleo sino que pagamos para que se lo lleven. Y el patán Gómez, el dictador, dice:

— Los yanquis, que saben de petróleo, que hagan las leyes.

Y los yanquis, con nuestra anuencia y con el beneplácito del dictador a quienes todos temen y adulan, se llevan el petróleo y encima cobran.

Todavía continuamos en el mismo tejemaneje.

Nos sobran bolas, pero nos faltan técnicos. Contamos con muchos machos, con muchos boludos, con muchos gritones, pero carecemos de estudiantes de verdad, de intelectuales con coraje para el trabajo, que es lo único que hace a una nación. Ahí estamos gritando mucho de liberación nacional, pero no trabajamos porque tenemos que echarnos aire en las bolas para mantenerlas debidamente refrescadas. !Joder, cuando pienso que a mí no se me quiere en mi país porque escribo estas cosas! Escribo sobre los cabrones y la gente pone el grito en el cielo. Escribo sobre los patanes y sucede lo mismo. Escribo sobre un brujo que llegó a ser el principal consejero del presidente Crespo y me llaman inmoral y falto de respeto. Escribo un libro donde profetizo el fracaso de las guerrillas y me sueltan una cantidad de perros asquerosos. Escribo unos artículos denunciando la falta de escrúpulos de los borrachitos que se dicen escritores y entonces me procesan y quieren encerrarme en una cárcel. Hablo de mis experiencias infantiles, describo lo que hace una mujer con mis miembros y un grupo que se autodenomina yo no sé qué cosa de protección para la familia enjuicia y encarcela al periodista que publica ese fragmento. De modo que me acosan por la derecha y por la izquierda. Los señores de

Cisto Rey, el Opus o no sé qué mierda me demandan y quieren verme entre rejas y los comunistas, los marxólogos y los borrachitos que gritan en los botiquines desean verme acribillado. !Que cantidad de hijos de puta! !De dónde habrán salido tantos!

ooo

Esto ha sido escrito con odio, pero con mucha ponderación.

ooo

Por esto sí es verdad que no se me puede enjuiciar.

De lo que estoy seguro es de que todos aquellos muchachos que mataron, asaltaron y arriesgaron su vida por los que dirigían el PCV y dirigen hoy el MAS se han convertido en anticomunistas y en antimarxistas. Muchos de aquellos jóvenes pagaron carcelazos o siguen aún en prisión y los líderes del MAS están completamente pasados, viajando a Estados Unidos y tranzándose con el imperialismo yanqui. Hoy ningún venezolano, sea de derechas o de izquierda, va a los Estados Unidos a mendigar nada. Los verdaderos venezolanos están por el afianzamiento de la democracia y por la unión, más o

menos federal, de todos los países sudamericanos.

Pompeyo Márquez y Teodoro Petkff viajan constantemente a los Estados Unidos. ¿Qué hacen esos señores en esa potencia de la que tenemos que cuidarnos? Yo recuerdo que a los Estados Unidos no podían ir ni siquiera los dirigentes sindicales de Copey y a Rodolfo Quintero, que estaba de paso en Miami, lo detuvieron y lo encarcelaron. Al Pompeyo y al Teodoro, lo que es peor, los invitan. A mí ese Petkoff siempre me dió mala espina. Si alguien es culpable de una cantidad de muertos es él. Fue él el que fundó un grupo de asaltantes que comandaba Toribio García y poco después mataron a Toribio García. Era él el que mandaba a Lunar Márquez a realizar ciertos atracos. Bueno, hoy Lunar Márquez es un exiliado y Petkoff es un campeón de la legalidad y del anticomunismo. A mí me extraña mucho que los comunistas venezolanos silencien los colores de los señores Petkoff y Márquez.

Los comunistas le decían a Sanoja que me atacara a mí, a mí que no he robado, que no he asesinado y que nunca he aceptado un dinero regalado de nadie. Yo si recibo algún dinero es por mi trabajo de escritor. Y yo vivo al día. Debe ser que los comunistas, junto con el MAS, cometieron demasiados crímenes. *Si me acu-*

sas, te acuso, se estarán diciendo. Y uno de esos crímenes puede ser el de haberle entregado al poeta Alí Lameda al régimen "socialista" de Kim Il Sung de Corea del Norte.

Alí Lameda no estuvo de acuerdo con la biolencia que practicaban los comunistas y marxistas en Venezuela y así lo hizo saber. Esto casi le costó la vida. A mí, que escribí un libro para hacer ver lo que eran las guerrillas, también quisieron asesinarme. Porque aquello de las guerrillas era un negocio rentable para los que estaban abajo, sin exponerse. Recibían dinero de Cuba, de Italia, de Vietnam, de China, de Francia y de todos los países socialistas. De allí fue mucho el "revolucionario" que salió con una casa, con un carro o con un dinero contante y sonante. Los comunistas venezolanos hasta que no pongan esto en claro van a seguir con un solo diputado en el Congreso Nacional. Mientras tanto el MAS de Teodoro y de Pompeyo va a continuar creciendo con la ayuda de la CIA y de los americanos del norte. Nada de raro tiene que un día de estos amanezcamos con Teodoro y Pompeyo al lado de un Pinochet venezolano.

La última vez que oí a Petkoff se envanecía de que ciertos militares se estaban acercando al MAS. !Hay que estar bien loco para confiarse en Teodoro y Pompeyo!.

En Venezuela, se ha repetido, olvidamos fácilmente. Yo no olvido y no quiero olvidar. Yo no quiero revivir ninguna historia.

Mis enemigos, los que una vez quisieron destruírme por envidia (porque en Venezuela el talento no se perdona) han caído hoy en las más desvergonzada depravación. Caupolicán Ovalles, quien nunca estuvo en las guerrillas por falta de valor pero que me atacó con un pseudónimo en *La Esfera*, está hoy día señalado por la opinión pública como un simple ratero, un borracho y un adulante. (Le proporciona mujeres a sus jefes para conservar un puesto público o una beca).

Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff se tranzaron abiertamente con la CIA y viajan constantemente a los Estados Unidos para allí recibir las órdenes.

Remón Bravo merece un capítulo aparte. Ramón Bravo no es de los que esconden su cobardía. Por lo menos no anda gritando por ahí como el Ovalles. A Ramón Bravo se le enfrió el guarapo cuando los cubanos le ordenaron subir a las montañas a filmar las acciones de los guerrilleros. Ya hemos explicado que Ramón Bravo recibía dinero e instrucciones desde Berlín, Moscú, Belgrado y La Habana. A Ramón Bravo lo habían instruído en esto de manejar una fil-

madora y regresó a Venezuela con una máquina especial y 1.800 dólares. En Venezuela tenía que ponerse a las órdenes de Carlos Augusto León. Pero éste le dijo que el dinero se había acabado. Que subiera por su cuenta y riesgo e hiciera esa película. A Ramón Bravo, como buen "intelectual de izquierda" al estilo de los Ovalles, se cagó todo, vendió la filmadora y se marginó. Pensó, como el Carlos Augusto León, que lo suyo no era la violencia. Que lo suyo era escribir y también terminó en el MAS y con un cargo en el Instituto Pedagógico Nacional.

Si Ramón Bravo es un tipo que se las da de tonto para que sus desafueros se olviden, el Caupolicán Ovalles es un bravucón de bocas para afuera, con un par de nalgas, así, enormes, que no caben solas, de lo flojas que están, en una silla corriente.

Los que fomentaban las guerrillas sin exponerse sabían lo que hacían. Ellos sabían que una democracia permite el conocimiento de un país. !Había que acabar con la democracia! Los que ganaban con esa violencia (en la que creíamos los que teníamos buena fe) eran los Pinochet, los fascistas argentinos y uruguayos y los imperialistas norteamericanos. El mismo Fidel Castro fue engañado. Petkoff y Pompeyo Márquez teorizaban sobre la violencia protegidos por fuerzas oscuras, antinacionales. Todavía nadie se

explica por qué Luben Petkoff, que era jefe de las guerrillas en Lara y asesino a sueldo del dueño de un burdel de Maracay, jamás fue llamado ante un tribunal. Era raro que Petkoff, Pompeyo, Luben y otros señores estuvieran por encima de los hermanos Pasquier, Malaver y Lovera y nunca fueran interrogados o torturados. Nadie se explica el por qué los hermanos Pasquier, Malaver y Lovera pagaron con su vida por obedecer a Pompeyo y a Petkoff. Nadie se explica la muerte de Toribio García, de Cheché Ríos, París y Orsini que estaban bajo las órdenes de Luben, a quien nunca le pasó nada y después salía en las páginas rojas de los periódicos señalado como un vulgar asesino a sueldo.

Mientras esto no se aclare el partido comunista y toda la izquierda venezolana en general estarán pagando las consecuencias. Es muy extraño que a Petkoff y a Pompeyo Márquez les sobre el dinero para dirigir un partido anticomunista después de haber sido los grandes jefes del terrorismo venezolano en la década del sesenta. Está bien que a Luben se le conceda una amnistía como político, pero no como hombre de mano que se alquile para matar.

!Cuánta suciedad y cuánta traición contra el país había en aquellos teóricos de la violencia! Venezuela contaba con una democracia nacionalista y respetuosa de todos los derechos.

Yo, como joven que era, me había dejado arrebatar por las ideas del Che Guevara, pero enseguida me dí cuenta que esa vía del terror era efectiva en un sistema totalitario y reaccionario como el que tenía Batista en Cuba, pero no en una democracia que gozaba del apoyo de la población. Y el gobierno de Betancourt tenía todo el apoyo del pueblo y muchos conspiradores fueron entregados al gobierno por los campesinos que procuraban "liberar". !Como si yo no hubiera descrito esta situación cuando la conocí! Fue esto lo que molestó. Porque detrás de los teóricos de la violencia había una mano extraña a toda revolución. Aquellos conspiradores no querían una Universidad abierta y por eso vivían fomentando disturbios. Los enemigos de la evolución de un pueblo, en este caso los dirigentes de los Estados Unidos, sabían que mientras más se preparase una clase social determinada menos se la sometería. De allí las huelgas propugnadas a cada instante por los líderes estudiantiles. De allí las montoneras creadas artificialmente para desviar la atención del verdadero problema y destruír un movimiento obrero cada vez más amenazador. Se podía discutir libremente y hablar sobre la nacionalización del petróleo y del hierro, pero a los "dirigentes izquierdistas" les interesaba distraer esa atención y conducirla hacia una violencia prefabricada. Con el tiempo hemos visto que los Márquez y los Petkoff (teóricos del terror) termina-

ron viajando a los Estados Unidos y fundando un partido que más bien parece una agencia de espionaje al servicio de la CIA.

En Venezuela mucha gente pagó y sufrió miserias por culpa de Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez, Ramón Bravo y Caupolicán Ovalles. Estos señores tenían un poder que se nos hace casi imposible calibrar. Alí Lameda fue reducido a prisión por el presidente de Corea del Norte, Kim II Sung, por orden de los comunistas venezolanos. Alí Lameda no estaba de acuerdo con la aventura guerrerista de los comunistas venezolanos que en aquel tiempo estaban dirigidos por los que hoy dirigen el Movimiento Al Socialismo, MAS.

Los comunistas venezolanos viajaban mucho para pedir ayudasdiciendo que ya tenían territorios liberados. Alí Lameda puso eso en duda, calificó de error todo lo que se hacía y poco después, después de un viaje de Ramón Bravo a Berlín y a La Habana, lo detuvieron. Con la detención de Alí Lameda tienen que ver los responsables de la lucha armada en Venezuela.

Pompeyo Márquez "dirigía la guerra" desde la casa de Eleazar Díaz Rangel. Teodoro Petkoff se la pasaba "enconchado" en la casa de Eduardo Machado y de allí se fue cuando a los hermanos Machado los hicieron presos.

Luben Petkoff estaba en Cuba engañando a Fidel Castro y lo engañó de tal forma que consiguió que Fidel le diera un barco y hombres para desembarcar por Falcón. Dejó todo en la playa por su incapacidad para llevar a cabo una operación tan sencilla como es esa de invadir por una parte desolada y sin peligro y los campesinos de la región se apropiaron de las lanchas y de unos cañones enormes. A los cubanos los agarraron por andarse paseando por las calles de los pueblos y pidiendo sardinas con ese modo de hablar del cubano.

Y a los cubanos los agarraron. No sé si todavía están presos, pero de Luben si sé que anda por ahí con una pistola y con el respaldo de su hermano y del MAS.

Hay que ser imbécil para confiar en gente de esta calaña.

Al viejo idiota Pompeyo Márquez lo agarraron comiéndose un sancocho. En la cárcel se enfrió, olvidó lo de *"la guerra será larga"* y lo de *"rectificar ¿qué?"* y negoció la entrega de Douglas Bravo. De este modo terminó el legendario Santos Yorme, así, como un guevon, como había empezado.

Los comunistas venezolanos, que en el tiempo en que yo publiqué *Entre las Breñas* estaban

didirigidos por los que hoy dirigen el Movimiento al Socialismo y también por los que aun dirigen ese mismo Partido Comunista de Venezuela, decretaron mi muerte de la forma como detallo:

1) Salió *Entre las Breñas* y me tildaron de pesimista.

3) A raiz de mi viaje a París me llamaron traidor y vendido.

4) A mi regreso para defenderme de todo eso quisieron ametrallarme o secuestrarme para fusilarme como "traidor a la clase obrera".

4) Como fallaron en todos esos intentos (pues yo vine dispuesto a matar o a dejarme matar) cambiaron el plan y lo de ellos era ahora el descrédito hacia mi persona: Jesús Sanoja Hernández en varias notas publicadas en *El Nacional* afirmó que yo era un delator y que los delatores dicen cosas interesantes.

5) Teodoro Petkoff escribió: está pagando la beca con delaciones. (Seguramente yo lo delaté a él, que andaba libre por ahí y comiendo sancochos en compañía de Eduardo Machado). Sobre su hermano Luben que de dirigente guerrillero se transformó en asesino a sueldo Teodoro no

dijo nada.

6) Si yo iba a una fiesta o a solicitar trabajo alguien me decía:

— ¿Qué dice el *pasado?*

Y estos que hablaban de esta forma eran comunistas enviados con el único propósito de estorbarme y desprestigiarme. Era toda una organización empeñada en destruir a un gran escritor. No podían matarme porque eso hubiera caído mal en toda la nación y se contentaban con hablar mal de mí y sabotearme. Por culpa de ellos no conseguía trabajos ni medios de vivir. Ahora, ganas de matarme no faltaban ni siguen faltando.

7) Un negro morcilla llamado Luis Camilo Guevara no podía verme porque decía a voz en cuello:

— !Coño, Argenis, lo que hiciste!

¿Y qué fue lo que yo hice? Yo lo único que hice fue escribir un gran libro. Mis detractores no publicaron nunca algo que me señalase como delator o vendido. Lo que pasó fue que yo les acabe el negocio de las guerrillas. En Venezuela el único escritor que se fue a las guerrillas fui yo. Sanoja no salía de los pasillos de la Univer-

sidad. Luis Camilo Guevara es un mierda que trabaja en el INCE, un organismo del gobierno. El Pompeyo Márquez que atizaba lo de la violencia no se fue al monte. Ni el Ovalles, que me atacó, sin firmar, en *La Esfera*. Sanoja insistía:

— Argenis escribió un libro contra la gente que resiste en el monte.

¿Por qué no se fue él a resistir en el monte? No, era más cómodo hablar del Che Guevara con una cervecita en las manos.

De esa forma los comunistas quisieron acabar conmigo.

Un locutor, Luis Salazar, no me podía ver porque venía a preguntarme a quién había entregado hoy. ¿Y quién es ese Salazar? ¿En qué montañas estuvo?

Era toda una organización que quería llevarme al suicidio o a la locura. O al hambre, ya que hablando de mí de esa forma nadie me ayudaba ni me daba trabajos. En cambio ellos estaban enchufados en las Universidades y en el mismo gobierno.

Pero yo no era imbécil. Yo era un escritor y un hombre trabajador. Y ninguno de ellos era escritor y eran todos unos flojos. Esos tipos, si

figuran, es porque yo los nombro.

Yo a veces sentía dudas sobre la existencia, pero no por la existencia de un comunista pendejo y medio-maricón, y escribía que me iba a matar y entonces ellos (los intelectualitos de izquierda) se ponían contentos:

— Ya el hombre se va a matar. Hoy lo dijo.

Y yo lo que hacía era reirme. !Qué maricones!

Yo no he visto gente más incapaz y más maricona que los comunistas y los socialistas venezolanos. A mi en Venezuela me da verguenza decir que soy socialista. En Venezuela esos partidos comunistas y socialistas son unos refugios de putas y de mariconcetes que ofrecen fiestas para allí desnudarse y formar la gran corrupción. Los partidos socialistas y comunistas de Venezuela no cuentan ni con obreros ni con campesinos. Los socialistas y los comunistas venezolanos son la hez de la sociedad venezolana: la clase media que va a la Universidad o a los Liceos. Allí hay un putaje, unas mujercitas estúpidas que creen que el amor libre es cuestión del marxismo. En Venezuela comunismo y socialismo es sinónimo de mariconería, de borracheras y de parasitismo.

A Mario Schiman, después de comentar *La Fiesta del Embajador,* le dijeron que no continuara escribiendo sobre mis libros porque yo era un vendido.

!Coño, qué campaña! Y eso no ha pasado. Al contrario, arrecia.

Un ejemplo: Yo fui el único escritor venezolano que apoyó la candidatura de Carlos Andrés Pérez y el único que no fue a pedir nada después del triunfo del partido Acción Democrática. A mi me arreglaron con un puesto de portero y después con la beca que tengo, pero los "intelectuales revolucionarios" encabezados por el Ovalles fueron allí, embaucaron al pobre imbécil de Carrillo Moreno y por poco no me quitan la bequita. Y ellos se cogieron los mejores puestos, becaron a sus hermanos y familiares que no son ni artistas ni escritores ni nada y beben y trafican en nombre de la cultura. Y nadie hace nada. El único que trabajaba allí era yo. Esos poeticas no iban sino a cobrar. Parecía que se les pagaba para que pasaran los días y las noches en los bares de Sabana Grande.

El Ovalles, al poco tiempo de estar ahí, endeudó a la Comisión de Cultura en un bar de Sabana Grande llamando *Al Vecchio Mulino* y se robó cuarenta mil bolívares. Por esa gracia también lo premiaron becándole a su hermano

Lautaro, que no es escritor ni artista, a su otro hermano, un drogómano y a toda su familia. Ladronzuelos como éste fueron los que lanzaron los comunistas y los socialistas del MAS contra mí.

Yo escribo como escribo porque soy honrado. Invito a mis enemigos a demostrar lo contrario.

Hay el caso del "profesor" Alexis Márquez Rodríguez. En la librería *El Gusano de Luz*, delante de una veintena de personas dijo que yo era espía y que cobraba en el Ministerio del Interior.

— Y tú has visto algún recibo mío allí? —le pregunté.

— Sí —respondió él con gran firmeza.

— Eso quiere decir que tú también cobras en el Ministerio del Interior.

Qué manía esta de hundir a un hombre solo, a una persona cuya sola preocupación es la de escribir y morirse de hambre.

De ese mismo "profesor" Márquez me dijo una hermana mía que se burlaba de ella en clases. Y allí le decía:

— Ese hermano tuyo es un traidor.

Y todo era una burla hacia una persona que no le había hecho nada a él ni a su mujer ni a nadie de su familia. Yo nunca había tomado en cuenta al "señor" Alexis Márquez. A la hermana mía el profesor ése por poco no le hace perder un año de estudios.

Podría hacer una larga lista de hijos de puta que viven jodiéndome por obedecer una consigna de organizaciones que se dicen humanistas.

Yo no tengo casas, ni carros, ni propiedades. Yo no tengo ninguna seguridad social. No tengo dinero. Tengo el dinero que me dan por becas por escribir. Y este no es un dinero seguro. Y yo escribo lo que me da la gana. Yo no me dejó imponer reglas. El peor dinero es ese que se ganan los socialistas y los comunistas venezolanos por hundir y destrozar a un ser humano inocente. Porque soy inocente y honrado estoy lleno de odio y de asco hacia todos ellos allá.

También es justo que me envidien. Yo tengo talento y es más dificil tener talento que tener un carro o una casa Y en Venezuela los comunistas y los socialistas no son unos sufridos. Están en el poder. Lo tienen todo. En esos partidos lo unico bueno, noble y sano que había se marginó. Eran los guerrilleros que se jugaban la vida

para que otros cobraran y recibieran títulos de héroes. Como el Pompeyo Márquez y el Petkoff. El Pompeyo es senador. El Petkoff es profesor vitalicio de la Universidad y es diputado. Tiene más que cualquier burgués venezolano. Y esos señores no se expusieron. Nadie les hizo nada. No se les tocó. A quienes tocaron, torturaron y asesinaron fue a los que ellos mandaron a las montañas.

A estos tipos, después de este libro, lo que les queda es echar marcha atrás y volver a decretar mi muerte. Porque parece que yo vivo porque ellos son benévolos y me permiten vivir. Alguien me dijo una vez:

—A ti ya se te ha tolerado bastante.

Bueno, aquí tienen una nueva oportunidad. Total ellos viven de ordenar ejecuciones o de ordenar desprestigios.

Cuando trabajo en estas *Memorias* se presenta de improviso Elías Vallés en compañía del pintor Rafael Franceschi. Vienen de Londres. Vallés está furioso con Ludovico Silva porque Ludovico Silva comparó a Caupolicán Ovalles con Pinochet.

— Ludovico dijo que Caupolicán Ovalles es el Pinochet de las letras venezolanas. ¿Por qué

es Caupolicán el Pinochet de las letras venezolanas? —me pregunta Elías Valles.

— Esa debe ser una pelea vieja entre Caupolicán y Ludovico —le respondo yo a Vallés.

— ¿Pero por qué tiene Ludovico que meter a toda la República del Este en eso?

—Porque tal vez Caupolicán es la cabeza visible de la República del Este. Tal vez Caupolicán y la República del Este son una misma cosa para Ludovico.

Elías Vallés es amigo de Caupolicán. Yo le digo a Vallés que a mí Caupolicán me atacó una vez y que no debe esperar ningún perdón de mí.

El mejor perdón es olvidar —dice Vallés.

Yo no sé cómo explicarle a Vallés que Caupolicán no tenía ningún derecho a atacarme a mí. Caupolicán no estuvo en las guerrillas. Caupolicán no me conocía a mí. Caupolicán me atacó por envidia. El que tenga vocación de gusano no debiera ponerse a atacar a nadie. Tal vez Ludovico atacó a Caupolicán por alguna cosa vieja entre los dos. Yo ahora estoy atacando a Caupolicán porque antes no podía. Antes Caupolicán se identificaba con la izquierda y uno no podía atacar a Caupolicán porque Caupolicán

era de la izquierda y la izquierda estaba en la desgracia. Ahora es diferente. Caupolicán se ha convertido en un tipo despreciable. Si Caupolicán tenía vocación de despreciable no ha debido ponerse a atacar a nadie, y menos cuando no sabía nada de nada y no tenía ninguna razón. En todo esto el único que ha tenido razón he sido yo. Caupolicán me atacó porque él siempre quiso ser escritor y no ha pasado de unos poemitas a Argimiro Gabaldón y a su abuelo Titi-Mozín. De resto no es nadie, no llega a la altura de Palomares, ni de Cadenas y se quedó en el discursito del botiquín. Yo no podía perdonar a Caupolicán Ovalles. Ese señor se las daba de revolucionario y con todas las agallas llamaba traidor al que criticaba a las guerrillas. ¿En qué guerrillas estuvo el Caupolicán para criticar a la gente? Yo no soy amigo del Caupolicán. Y si ataco a la República del Este es por él. Tú estás en la República del Este pero yo no te ataco a tí al atacar a la República del Este. Ni ataco a Rubén Osorio Canales. Para mí la República del Este es Caupolicán porque fue él quien le dió nombre a ese grupo que se reúne en *Al Vecchio Mulino* o en *El Camilo* a beber y a hablar pistoladas. Ludovico tuvo razón en llamar a Caupolicán el Pinochet de las letras venezolanas. Caupolicán es una mala persona. Es igual a Pinochet. Pinochet asesinó a Allende y Caupolicán ha hecho todo lo posible para que personas como yo nos muramos de hambre. Y antes hizo todo lo posi-

ble por justificar mi asesinato. Además Caupolicán el premio que tiene lo bregó a través de Tarre Murzi, cuando éste dirigía el INCIBA. Caupolicán le dedicó ese libro del premio a Tarre y Tarre le bregó el premio. No cabe duda: Caupolicán es un Pinochet, un tipo del que no hay que fiarse.

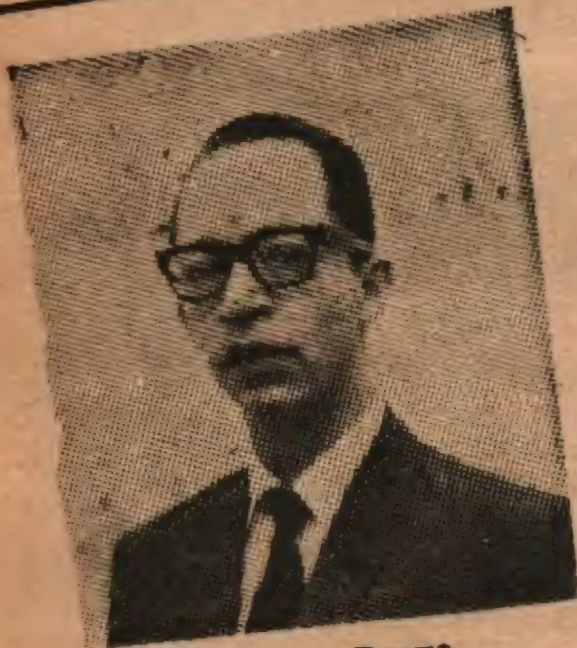
Vallés me invitó a comer. Vallés es un industrial que pasó por sus amarguras y ahora es un hombre tranquilo que a lo mejor quiere hacerle el bien a los poetas y a los pintores. Franceschi lo llama Macenas. Yo no puedo decir nada de Vallés. Conmigo ha sido un caballero y la prueba de que es un buen amigo es de que ha defendido a Caupolicán de los ataques de las demás. La señora de Vallés le regaló una moneda de oro a Inés. Pasamos un buen rato hablando y comiendo. Todo eso pasó los días 27 y 28 de julio de 1976 en Bruselas.

¿Por qué tengo yo que olvidar a los que me desearon la muerte? ¿Por qué tengo yo que callar los nombres de unas personas que representan un peligro para toda una comunidad? Acaso olvide después que se publiquen estas páginas. Aquí estoy descargando todo el odio y todo el deseo de venganza que unas personas con vocación de perros sembraron en mi mente y en mi imaginación. ¿Por qué tengo yo que olvidar una injusticia? Al Ovalles le pagaban para que con-

tribuyera con mi desprestigio. De ahí a una asesinato no había más que un paso. El Petkoff lo mismo. En cambio yo puedo decir que el Ovalles es una porquería (¿quién no sabe esto?) y que el Petkoff después de dirigir la violencia y de enviar una cantidad de muchachos a una muerte segura dió la voltereta y se alió con la CIA. Por todos es conocida la "hazaña" de su hermano Luben que ya estoy cansado de anotar en estas páginas. ¿Y el Sanoja? ¿En qué se basa el Sanoja para llamarme delator? Ahora le presento una oportunidad para que señale pruebas. Puede responder a este libro cuando le dé la gana. Si yo olvido esta injusticia se la harán a otro. Antonio Octavio Tour, en sù libro "Destino de un Guerrillero", habla con desprecio y desconfianza de los que lo obligaron a asaltar bancos. Ese libro de Otur, a pesar de las ingenuidades, revisa toda la historia de las guerrillas y concluye con la entrega total de los combatientes por los renegados Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff y nos hace ver que éstos eran unos corrompidos
Uno olvida cuando se muere

Unos tipos que cobran para justificar el asesinato de un hombre son peores que todos los Pinochets juntos.

"Evidentem
Argenis Rod
Dice Ram
de "Las 10.



Ramón Bravo.

Ramón Bravo publicará en breve una novela: "LAS DIEZ P.M. MENOS NUNCA". Este joven novelista era conocido como estudioso del cine pero antes de darnos una película, ofrece una novela experimental. El nos ha dicho: La narrativa de hoy es antes que cualquier otra cosa un factor de alieción. La circunstancia de ser un alienado me ha permitido escribir un testimonio de la crisis.

Bravo es conocido como "El Yugoeslavo", le hemos posible ese juicio.

—¿Qué es la novela "Yugoeslavo"?

Hasta ahora no existe ninguna definición sobre la novela. En nuestra época se han quebrantado todas las concepciones tradicionales al rededor de élla. La novela de hoy es un proceso de creación mucho más complejo. El escritor al mandar al diablo reglas y concepciones se lanza ante la crisis de nuestro tiempo a una búsqueda experimental, donde todos los caminos por llegar a eso que llamamos "novela" son válidos. Para
novela es
personal,

—¿Galleg
novelista?

—Si lo e

—¿Juan I
poeta?

—No es

—¿Qué

Es una
aparecer
cre y
a los qu
lleguen
literaria

—¿..
NOS 1

...ente para Muchos ...guez es un Traidor"

...ón Bravo Autor ...pm. Menos Nunca"

...da novelista su ...n instrumento ... idea suya. ... es un gran ...

...icano es un gran ...

...un gran poeta. ...s "Zona Franca"? ...vista que acaba de ... Sus redactores (Su... ...rcía) son jóvenes ...admiro. Espero que ... crear una revista ...

...AS DIEZ P.M ME ...NCA", es la me-jor novela experimental es crita en el país?

—Yo, los jóvenes y el pú blico estarán de acuerdo en considerarla como algo muy importante.

—Bravo, usted cree en la crisis de nuestra época?

—Si creo.

¿Venezuela está en crisis.

sis

—Si. Mi obra pretende do minar la crisis al plantar— la como un problema de mi generación.

—Por favor: nombre un novelista venezolano decen te.

—Salvador Garmendia.

¿Qué es su novela?.

—¿Quiénes la han leído di cen que es una novela auto biográfica. No podría des cartar esta posibilidad. Al escribirla tuve otro propósi to. Como es el de introducir en literatura venezolana "o tro asunto" que podría tener dimensiones universales. He tratado de ser objetivo y. es to o es nada nuevo. Si creo que mi consideración del ob jeto (y por estos novedoso) es diferente.

(Pasa a la página 21)

Ramón Bravo, funcionario del Partido Comunista de Venezuela, se prestó para declarar contra mí. El subalterno que tomó esta declaración fue el "poeta" Caupolicán Ovalles y durante más de un año estuvieron los comunistas tratando de justificar mi asesinato. El Ovalles, como es natural en un cobarde, no firmó con su nombre.

En Venezuela los comunistas practicaban el terrorismo político e intelectual. El que no estaba con ellos estaba contra ellos. De tal suerte que yo, después de publicar *Entre Las Breñas,* fui ubicado en el otro lado y sentenciado a muerte y los "intelectuales" se ocuparon de escribir contra mi para justificar un crímen. O, en última instancia, dejar abiertas las puertas de la incitación. Así si no me mataban las bandas armadas del Partido Comunista, podrían matarme los grupos anarquistas cercanos al terrorismo propugnado por los teóricos de la violencia.

Al Ovalles después de realizar su labor de desprestigio lo enviaron a Praga y al Bravo lo ubicaron en el Instituto Pedagógico Nacional. Pero aún siguen en sus propósitos. Yo, por mi parte, sabré defenderme. De eso no les quepa la menor duda.

En la década de los sesenta los comunistas venezolanos impusieron un terror sobrenatural. Nadie podía escribir nada que no fuera

"marxista", "socialista" o "revolucionario". Hacer lo de uno mismo era desviacionismo, traición, antipatriotismo. Por eso cuando salió *Entre las Breñas* a mí me atacaron con saña y quisieron destruirme. Eso iba a servir de escarmiento para los otros escritores. Ningún intelectual podía nombrarme, ninguna antología literaria podía contar con un trabajo mío. El que me nombrara se exponía a ser tratado como una mala bestia, un reaccionario y un desviado. La especialidad de los comunistas venezolanos en los años sesenta fue la del terror político e intelectual así como la del asesinato a sangre fría, premeditado. Los burócratas del tipo Ovalles, Ramón Bravo, Sanoja, Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff eran los encargados de señalar a los "desviados" y los activistas como Luben Petkoff eran los que se ocupaban de los ajusticiamientos. Total, que esa gente, durante diez años, se alimentó de carne humana y vivió del crímen o de la incitación al asesinato.

Si Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff tuvieron valor para declarar una guerra y justificar cuanto asesinato se perpetraba contra un policía o contra un miembro de las fuerzas armadas, no tuvieron valor para condenar la anarquía que de allí partió y que se adueñó de todo el movimiento comunista e insurreccional.

Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, como

cobardes que eran, dejaron que las cosas se enfriaran. A menos que por dinero hubieran trabajado para llevar la anarquía al seno mismo del partido comunista de Venezuela para de esa forma dividirlo y destruirlo, como ocurrió después.

Si yo no me expongo y publico *Entre las Breñas* todavía hubiera gente matándose en las montañas y Petkoff, Márquez, Ovalles y Ramón Bravo continuarían recibiendo dinero de Cuba, de Italia, de Vietnam y de Rusia.

Pero después de *Entre las Breñas* el negocio se vino al suelo y vino la desbandada. Todos se tranzaron y hoy son furibundos defensores del régimen de Carlos Andrés Pérez, el ministro que los combatió en su debido tiempo. Así son las cosas de simples.

Si en Venezuela hay algunos asesinos, algunos traidores, esos son los hermanos Petkoff, los Márquez, los Bravos y los Ovalles. Ellos estuvieron justificando "esa guerra" sin exponer el pellejo. Ellos estuvieron incitando a la gente al crimen. Ellos se encargaron de mandar muchachos a las montañas. El Petkoff planificó el secuestro de un avión que sobrevoló Caracas y fue a posarse en Curazao. Petkoff y Márquez mandaron a Douglas Bravo a las guerrillas. Petkoff y Márquez mandaron a Toribio García a

Lara. Petkoff y Márquez justificaron los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello. Los Ovalles y los Ramón Bravo entregaron a Alí Lameda al régimen comunista de Kim Il Sung. El Ovalles, para insuflarle valor a los combatientes, le dedicó un poema al Comandante Chimiro. Para eso se le pagaba.

Cuando concluyo este libro leo una nota de Jesús Sanoja Hernández publicada en *El Nacional* el día 14 de agosto de 1976. Aquí Sanoja, con su pseudónimo de *Pablo Azuaje,* acusa formalmente a los Pompeyo y a los Petkoff de haber sido los grandes instigadores de la guerra en Venezuela. Sanoja recuerda a Regis Debray y dice que Pompeyo Márquez era la figura central en la cuestión teórica y que Teodoro Petkoff lo era en el protagonismo. Sanoja sigue siendo militante comunista y Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, de la dirección del partido comunista, se pasaron a la dirección del movimiento anticomunista en Venezuela. Ahora el dinero les llueve de otro lado. Ahora dirigen los asesinatos desde la MAFIA y de la CIA. Por lo menos el Luben Petkoff fue acusado por la Policía Técnica Judicial de asesino a sueldo. Y Luben ni siquiera fue a declarar. Los jueces se hicieron la vista gorda. El Movimiento Al Socialismo pegó el grito en el cielo. Teodoro Petkoff viajó a los Estados Unidos a resolver ese caso. Y listo, tierra, tierra al asunto. Y los

asesinos siguen entre nosotros.

En todo esto debiera haber, como en los cuentos para niños, una moraleja. Uno se dá de cuenta que los Petkoff, los Márquez, Los Ovalles y los Ramón Bravo justificaban una guerra por dinero. Si ellos hubieran sido decentes, idealistas, no se hubieran vendido. En último caso se hubieran retirado discretamente de la escena. Pero no, ellos con lo que aprendieron en el Partido Comunista continuaron ganando dinero. Petkoff (Teodoro) y Pompeyo Márquez fundaron un partido de derechas, aliado a los intereses más negros y Ovalles y Bravo, en ese partido también, se llena los bolsillos. Y el otro Petkoff, el Luben, menos formado intelectualmente, se contenta con asesinar por dinero. Si esos tipos hubieran sido decentes e idealistas como lo decían no anduvieran matando por cobrar. Moisés Moleiro, Américo Martín, Juan Vicente Cabezas y otros que si se jugaron el pellejo en las montañas están en una situación diferente. Estos han creado partidos para defender sus ideas, no para venderse o asesinar por que se les pague. La diferencia se aprecia.

Me han sorprendido —confesó— Después de vivir en peligro, temiendo a la muerte y con una sensación de agobiante apremio, repentinamente han descargado todo el peso de mis hombros. He vuelto al purgatorio, a la obligación de atender todos los prosaicos detalles de una existencia mediocre.

—ALFRED E. VAN VOGT—

SEGUNDA PARTE

DEL QUE VIVE EN UNA POCILGA

*Entonces los ojos de esmeralda de la trage-
dia...* Scott Fitzgerald. Lo leí antes de los veinte años, pero no tuve tu suerte ni conocí el éxito ni la fama. Subí al edificio Saverio Russo y le pregunté a la mujer cuya cabeza vi a través del hueco de la ventanilla si el doctor Márquez Salas se encontraba allí.

—Un momento, voy a ver.

Regresó y preguntó de parte de quién

—Argenis Rodríguez.

—¡Argenis, pasa! —gritó la voz de Antonio

Ya adentro nos abrazamos.

—¿Por qué te regresaste? Estoy escribiendo unos cuentos como los tuyos.

Entonces la ví. Entró por la otra puerta y habló con Márquez Salas de unos temas de derecho. La saludé y ella volvió a su oficina y después, al cabo de unos minutos, ya yo estaba asomando la cabeza en su oficina

—Pase

Se sonreía y me gustaron sus labios y después sus rodillas que mostraban un lunar rosado. Me senté y ella dijo:

—Usted es el que escribe, ¿verdad?

Asentí.

—Pero escribe en *La República*, ¿no?

Me había lanzado un golpe bajo. Eso quería decir que yo había sido comunista, guerrillero y opositor al gobierno y ahora escribía en el periódico oficialista. Respondí que sí. Sonreí. No me quedaba otra cosa que sonreir.

—¿Y ese anillo? ¿Es usted casado?

—Sí.

—No importa.

No se qué descubrí en ella pero ya sabía que era mía o se me estaba entregando. No estoy seguro si le oi decir que nos fuéramos a México. No recuerdo bien pero yo estaba turbado por su presencia y el corazón me latía fuertemente y comprendí que me estaba hundiendo en el tremedal. Tenía su título de abogado colgado en la pared que quedaba a sus espaldas. Le calculé tres años menos de los que tenía.

—No —dijo ella— tengo veintisiete.

Yo le dije la mía, de veintinueve. Bajamos a tomar café y de su cuerpo se desprendió un olor que me puso peor de lo que nunca había estado.

...y ese otro día yo estaba ahí esperando que la secretaria de Márquez Salas abriera la puerta y la joven doctora llegó casi en seguida y la seguí a su oficina. Vendrían ocho o diez años de locura... pero yo no pensaba que la frase de Scott Fitzgerald me iba a perseguir y la iba a llevar conmigo durante todo ese tiempo infinito.

El sábado la telefoneé y el domingo engañé a Julieta y salí a encontrarme con Marta. Nos vimos en la acera de una librería y la metí en una cervecería y ella agarró mis manos.

—Soy atacona, ¿verdad? —dijo y sus ojos sonreían.

Después la besé en los pasillos de una galería. Entramos en otra cervecería. Yo estaba borracho y oculté mi mano en el escote de su blusa y palpé sus senos. Ella me contó más tarde que yo me había puesto impertinente.

—Parecías un patán —dijo.

Le dije algo de que fuéramos a un hotel y yo no sé qué cara puso pero la abandoné sin oir su respuesta. Mi mujer me esperaba en casa y mi hija menor se acostó a jugar conmigo. Vi aquello oscuro y no comprendía que entraba en el túnel.

Y el lunes volvía a estar en su oficina y por la noche ocurrió lo que tenía que ocurrir acostados allí en el suelo. Y entonces fue cuando todo

comenzó realmente y aquella noche soñé con sus senos y mi esposa me dijo que había hablado dormido y había dicho cosas desagradables

—Hablabas de otra mujer —dijo

Marta, como una gran parte de la pequeña burguesía venezolana, se decía fidelista o de extrema izquierda. Ella había estado en La Habana, en Checoslovaquia y en otros países del campo socialista siguiendo unos cursos de logística. Había regresado por México, Brasil y Colombia y a su oficina iba uno que otro militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria a solicitar una *concha*. Yo nunca le pregunté qué hacía ella ahí. Un hermano suyo, según me dio a entender, era un alto dirigente del MIR y ella admiraba mucho a este hermano. Hacía tiempo que yo me había desencantado y retirado de las izquierdas venezolanas y me interesaba muy poco lo que hicieran o pensaran hacer. Para Marta, como para toda aquella gente, yo era un desertor.

En Venezuela la formación espiritual de la gente es sumamente escasa o inexistente. En Venezuela nadie sabe lo que es ser escritor o músico o pintor. Y los escasos escritores, pintores o músicos venezolanos son chantajeados por los políticos y para poder vivir tienen que "definirse" como partidarios de tal o cual tendencia "ideolígica" Yo iba a acabar con eso

diciéndome escritor a tiempo completo e indiferente a todo lo que no fuera lo mío.

Marta entendía muy mal su posición como "revolucionaria" y para ella hacer una caridad era luchar por la revolución. Para el tiempo que la conocí defendía a una familia yugoslava de las pretenciones de un casero. Marta defendía a esta vieja porque era pobre, pero la vieja no era ni comunista ni de izquierdas ni nada y no tenía idea de lo que era la lucha de clases. Para colmo de males Marta se decía arriesgada, más audaz que yo o más valiente que los demás y una tarde me dijo que la acompañara a visitar a esa vieja. La vieja vivía con sus tres hijos en uno de los barrios más peligrosos de Caracas y el casero había montado un par de policías a las puertas de la casa de la vieja.

Llegamos a la entrada del barrio y yo ví varias camionetas de la policía que llegaban con las sirenas prendidas y vi que la gente corría y le dije a Marta:

—Vámonos de aquí. Algo grave pasa.

—Tú lo que tienes es miedo. Si tú no vienes yo sigo sola.

Yo titubeé pero la seguí y la policía nos detuvo.

—No digas nada —me dijo Marta.

—Claro que lo diré todo —respondí— Yo no estoy haciendo nada malo. Ni tú. Tú vienes a

ejercer tu profesión de abogado.

Nos enjaularon en una camioneta y le declaré al policía que tomaba notas que yo no hacía más que acompañar a la doctora.

Nos tuvieron hasta las dos de la madrugada, nos pasaron por un espejo para que unos testigos nos vieran y nos señalaran como sospechosos o no. Uno de los policías que montaba guardia frente a la puerta de la casa de la vieja había sido asesinado ¿Qué coño iba a saber yo de eso?

Bueno, Marta tomó mi visión del peligro como un acto de cobardía. Y su decisión, bueno, su decisión fue un acto de valentía por parte suya.

Nos veíamos todos los días y yo para encontrarme con ella tenía que mentirle a mi esposa. Le decía que iba a visitar a mi mamá o que mejor pasaba el día en la calle por la *diña* que su hermano me tenía. Julieta no sospechaba nada. Yo me iba por un momento del apartamento de mi mamá y desde allí llamaba a Marta. Marta siempre estaba dispuesta para salir conmigo y no bien nos reuníamos se abrazaba a mí y me decía que la llevara a cualquier parte, a su oficina o a un hotel.

Entramos por el jardín del Ateneo, nos sentamos a una mesa del patio y pedí dos cervezas.

Marta estaba contenta porque era domingo y ese domingo lo estaba pasando con ella.

Entonces vino aquella mujer renca, pequeña y con mal aliento y se sentó a mi lado.

—¿Cómo estas Argenis?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. ¿No me presentas a tu amiga?

—Sí, como no. Marta, te presento a Heideé. Haideé escribe teatro. Es una gran mujer.

—No sabía que habías abandonado a tu mujer, Argenis. Tu querías mucho a tu mujer, ¿verdad?.

—Sí, Haideé.

—¿Y ya le dijiste a ella (¿cómo es que se llama?) que eres casado?

—Claro que se lo dije.

—Pero tú sigues queriendo a tu mujer. Ayer te ví con ella. Iban muy bien.

—No, Haideé, ayer no me viste con ella.

—Sí te vi con ella, Argenis, y la llevabas del brazo y te detenías para besarla.

—No es así, Haideé, Yo el día de ayer lo pasé con Marta. Pregúntaselo.

—Entonces no fue ayer sino antier. Pero te ví.

—No, Haideé. Tú ni siquiera conoces a mi esposa.

—Si la conozco. Es muy bonita. Tú estabas muy enamorado de ella.

—Tú no sabes nada de ella. Ni siquiera la conoces.

—Bueno, Argenis, adiós.
—¿Quién es esa mujer? —preguntó Marta.
—Ya te lo dije: Haideé.
—¡Que mala! ¿De dónde sacas tus amistades?

Yo he sido el único hombre que en mi país ha sido lo que es gracias a la literatura. La gente me dice Escritor. Y no me importa si me llaman así en serio o en broma. Pero pienso al menos que he creado ese término para nombrar a una clase de hombres muy pocos por cierto, pero importantes al fin. Hasta no hace mucho, o mejor dicho, hasta que yo no aparecí, las personas más importantes de Venezuela eran los médicos, los abogados, los generales y los ingenieros. El escritor era un vago, un tipejo con fama de tuberculoso y un parásito de la sociedad. Lo mismo era considerado el pintor y todos sabemos cómo terminó Reverón. Los músicos eran unos pobres hombres que daban lecciones de piano en su casa y los alumnos eran niños bien que estudiaban piano para amenizar las tardes de las "clases distinguidas". Nadie hacía una carrera de escritor, ni de pintor ni de músico. Teresa Carreño, para lograrse, tuvo que salir de Venezuela. Andrés Bello se hizo en Londres y en Chile y Reverón se murió de hambre y tuberculoso en su palacete de Macuto, palacete construido con sus propias manos. Una calle de Madrid lleva el nombre de Blanco

editorial en Madrid y tradujo y editó libros para gloria de España y de la América que habla español. En Venezuela no se ha reconocido a Blanco Fombona. Para que hombres como Gallegos y Andrés Eloy Blanco llegaran a ser lo que son en su país tuvieron que jugar el papel de la política. Arturo Uslar Pietri también se basó en la política para cimentarse. La gloria de *Las Lanzas Coloradas* atrajo la atención de Pedro Sotillo y del General Medina y Uslar Pietri fue elevado a la alta magistratura de la Secretaría de la Presidencia de la República, del Ministerio de Educación y del Ministerio del Interior. Miguel Otero Silva era un conspirador y su novela *Fiebre* trata de las luchas políticas en contra de Gómez. También ha jugado su papel en la política y ha sido senador y más que escritor se le considera político de izquierda. De pronto irrumpí yo y yo dije:

—Yo soy escritor. Yo viviré de esto. Me haré respetar y temer. Seré un Pocaterra, un Pío Gil, un Gallegos, un Uslar Pietri y un Otero Silva. Todo eso lo seré a la vez.

Y me impuse sin miedo. Y anduve diciendo por ahí Yo Soy Escritor. Yo no soy político ni ninguna mierda de profesional. Un escritor vale más que cualquier pelafustán egresado de un

Instituto Pedagógico, de una Universidad o de una Academia Militar.

Dí la guerra, me impuse y hoy por hoy el escritor venezolano es un ser respetado, temido y venerado. Anoche mismo oí al científico Severo Ochoa en la televisión y el doctor Ochoa, Premio Nóbel y gloria de España, decía:

—Claro, un científico, por más Premio Nóbel que sea, no es igual a un escritor. Un científico, por más distinciones que tenga, no será igual a Cervantes. Eso lo reconozco yo.

Esa ha sido mi idea. Yo me jugué completo para darle al escritor el puesto que se merece y yo me creo el hombre más grande de mi país del tiempo presente. Yo he mirado con desprecio todo lo que me rodea. He llevado a un plano superior el pesimismo, que es la más grande filosofía que ha inventado el hombre y estoy ahí al lado de Jesu-Cristo, de Sócrates, de Goethe, de Hemmingway, de Dostoievsky y de Tolstoy. En Venezuela he sido el vulgarizador de estos nombres y de muchos más y quien lee a esa gente es a mí a quien me lo debe. Yo cumplo mi cometido. Pero también pienso que si hubiera tenido la vocación de político hace tiempo que hubiera ocupado el puesto del jefe o del caudillo. Yo nací para ser grande y distinguido y estoy seguro que hubiera sido grande y distinguido en

lo que me hubiera propuesto, pero la grandeza y la distinción la busqué en la literatura y en el pensamiento y aquí me he realizado.

Yo, como se dice, andaba pelando y fui al Ministerio de Justicia a pedirle un trabajo al Doctor Ramón Escobar Salom que era el Ministro. No me hizo esperar y me nombró asistente de prensa. Yo ahí tenía que redactar un boletín diario que mandaba a los periódicos. Con lo que empecé a ganar aquí podía, al fin, mantener a Julieta y a mis dos hijas y me quedaba para comer con Marta en la calle y llevarla a un hotel de la esquina de Cipreses.

Ya Julieta sospechaba de mis infidelidades y yo, para encontrarme con Marta, le mentía diciéndole que tenía guardias en mi trabajo. A Marta se le metió en la cabeza que yo debía abandonar a Julieta y divorciarme y después casarme con ella. Y la dio por chantajearme escondiéndose o yéndose no sé para dónde. Ya ella era ducha en esos menesteres porque antes de conocerme a mí había sido novia de otro hombre casado al que había obligado a meter la demanda de divorcio. Marta de ese hombre había tenido una hija a escondidas que entregó a una pobre familia de uno de los barrios más miserables de Caracas. Marta no quería pasar por madre soltera. Y ni ella ni el que fue su novio se preocuparon más por esa niña. En su casa

Marta pasaba por santa, sacrificada, pura, virgen y todo lo demás. Eso me molestaba a mí porque sabía que no era nada de eso y aquí surgieron nuestros principales inconvenientes. Para mí, naturalmente. Marta era una falsa, una mentirosa y una mujer por la que no se debía intentar nada. Ella era buena en la cama y lo que me ató a ella fue la pasión sexual. Por otra parte Marta quería hacer un viaje al exterior, a París o a Bruselas a hacer un curso de criminología y a mí ese viaje me entusiasmaba. Pero Marta era una mujer que causaba mala espina y ahora la había cogido por telefonearme a la misma casa de Julieta y a pasearse por los alrededores para ver si me veía. Había empezado a odiarme y a quererme al mismo tiempo y no había minuto que me recordase que tenía que abandonar a mi esposa si quería seguir saliendo con ella. A mí me ocurría lo mismo. Desconfiaba de ella, no quería complicarme tanto y no me pasó por la cabeza un matrimonio con mujer semejante. Como amante, pase, pero algo "serio" si que no Entonces Marta se dio cuenta de mis pensamientos y me gritó:

—¿Tú crees que yo soy feliz siendo tu amante? ¿Quién eres tú?

Y todo se había convertido en un infierno y un día que se me perdió y yo la busqué, me agarró

noche, en el salón de su casa, la abofeteé. Ella se quedó con tamaños ojos abiertos y comprendió que lo mejor era no jugarse conmigo.

Ahora se la pasaba diciéndome que lo había abandonado todo por mí y yo no había hecho nada por ella. Había abandonado su militancia en el MIR, había cerrado su oficina de abogado, se la pasaba encerrada en su casa y yo seguía con Julieta y no le daba ninguna esperanza.

Yo sentía esa dualidad del hombre que respeta a su esposa y desconfía de la amante que se entrega con facilidad. Yo vivía en casa de Julieta y su familia había mejorado su comportamiento conmigo y yo les estaba agradecido. Yo no tenía ninguna queja contra mi esposa, me creía deudor de ella y de su familia y para mí abandonarla por una mujer como Marta me parecía una canallada de la peor especie. Sin embargo Marta estaba allí todo el tiempo y nuestra pasión sexual crecía más y más y no había día que no hiciéramos el amor con furia. Y era tanta nuestra desesperación que de un hotel nos íbamos a su casa y en el balcón también nos estrechábamos y llegábamos a lo último.

Yo los domingos se los dedicaba a mis hijas y Marta ni siquiera me concedía esa libertad y

para colmo salió en estado y su furia y su odio eran tales que me perseguía para decirme si ese hijo que tenía en su vientre no valía tanto como las hijas que tuve con Julieta.

Una mañana yo andaba con Clara, quien apenas contaba cinco años, y Marta vino hacia nosotros.

—¿Y éste no es igual a ésa?— dijo señalando a Clara. Y Clara, una niña, se asustó y después me preguntó si no nos habíamos encontrado con una loca.

El volúmen de la barriga de Marta iba creciendo, se decía asustada de sus familiares y hacía gestiones para lograr una beca.

—Nos iremos los dos y desde allá te divorcias y nos casamos.

Y yo cedí. Sabía en lo que me iba a meter, pero cedí. Yo no la iba a abandonar en estado. Parecía que su primer novio le había hecho eso. Pero la literatura la ayudó. El literato que era yo la ayudó.Yo era Zola buscando la redención de una puta. Yo era Dostoievsky vagando por París detrás de la Súslova. Esta era una experiencia que no se vivía dos veces. Le dije a Julieta que me iría a Bruselas a aprender francés para convertirme en traductor. Yo no sé si ella se

comió el cuento, pero me dijo que eso era bueno para mí y yo, para no abandonarla en la indigencia, visité al doctor Siso Martínez, Ministro de Educación, y le dije que me ayudara.

— Yo no te ignoro, Argenis. Conozco tu pasión por la novela.

Y me concedió una beca de ciento cuarenta dólares al mes.

—Vino la orden de tu beca —dijo Julieta— ¿Cuándo te vas?

—No sé. Pero ese dinero será para tí y para las niñas. Yo me defenderé como pueda en el exterior.

Ya Marta tenía su beca de doscientos dólares y con eso íbamos a vivir los dos.

Quién sabe qué se imaginó Julieta. No me puso inconvenientes. A lo mejor pensó que yo estaba metido en brollos y me iba por huir de algo grave. Tal vez me iba huyendo de esa mujer de la cual sospechaba.

Y un día del mes de junio, en compañía de mi amigo Frank Peñaloza, Julieta me llevó al aeropuerto. Yo me fui una semana antes que Marta.

Hoy un avión, en uno o dos días, te deja en cualquier parte del globo. La tierra ya no es aquella cosa inmensa que veías en los libros de Marco Polo y ya no hay montañas azules, lejanas y encantadas. Hoy nadie le tiene miedo a los muertos sino a los vivos y no hay misterios en ninguna parte. No existen Cenicientas ni príncipes encantados y la gente vive con rapidez y no se asombra de nada. No hay caballeros ni vírgenes puras y los hombres y mujeres están librando a cada día una lucha a muerte por sobrevivir en un mundo cada vez más peligroso y temible. No hay persona que no viva atemorizada y nadie se libra de la amenaza. A los ricos se les secuestra y se les asesina y los pobres se mueren en inundaciones y todos están expuestos a la catástrofe.

Marta se la pasaba diciéndome que yo con ella lo tendría todo.

—Ahí está —me decía—, cuando vivías con Julieta tenías que trabajar. Conmigo no. Yo te lo daré todo para que te dediques a lo tuyo, que es escribir.

Y en seguida me recordaba lo del matrimonio.

Y un buen día (o malo, según se vea) me vi llegando al aeropuerto de Bruselas y después en un tren que me llevaba a una estación. Y pasé

una semana entre un Hostal del Bosque de la Cambre, un hotel que queda en frente de la Bolsa y una habitación de la Calle del Hipódromo.

A los ocho días Marta estaba a mi lado y quince días después daba a luz una niña que bauticé con el nombre de Carolina.

Nos mudamos para una pequeña habitación de la calle de la *Longue Haie* y yo me puse a leer y a trabajar en unos cuentos y en una novela. Nos inscribimos en una escuela de francés y Marta se inscribió en los cursos de criminología que tenía que seguir en la Universidad Libre de Bruselas.

Estábamos, pues, instalados. A Carolina la llevábamos a una *creche* y la recogíamos al anochecer.

Sería mentir si dijera que todo era malo con Marta. Me fui con ella para aprovecharla y escibir y la mañana que regresó de la clínica y la ví dándole el pecho a Carolina me acerqué a ella y la besé. Tenía una semana sin tocarla.

Por otra parte Marta era aplicada en sus estudios y estudiaba y yo leía y en menos de un año ya tenía la primera redacción de una novela que titulé *Gritando Su Agonía,* cuyo título saqué

de una obra de William Styrion. Marta tomaba notas para su tésis de criminología. Si ella no hubiera insistido tanto en lo de la boda y en lo de mi divorcio con Julieta yo me hubiera casado con ella de la mejor manera. Pero ella tenía unos estallidos que me hacían rabiar y no fueron pocas las veces que la golpeé porque ya me había acostumbrado a eso.

Yo no sé si a Marta le gustaba que le pegaran, pero yo le pegaba y no hacía nada por huir o defenderse. Años más tarde un psiquiatra le dijo que era masoquista.

—Esa es tu parte de masoquismo —le dijo el psiquiatra— Soportar a Argenis es masoquismo.

Ahora bien, yo a ninguna mujer le había pegado nunca y a Julieta la traté de maravilla.

En la calle de la *Longue Haie* pasamos un invierno terrible y los domingos eran crudos y el pianista Juan Antonio Cuadra iba por casa a contarnos los problemas que tenía con su mujer. La mujer de Cuadra también iba por allí con moretones en las mejillas y decía:—Ese hijo de puta me deformó el rostro.

Cuadra y Mercolina se odiaban y Mercolina se escapaba todas las semanas de casa y se llevaba a los hijos. Los dos creían en brujerías y Cuadra regaba que su mujer lo envenenaba lentamente. Se odiaban, se pegaban y no se podían dejar.

que no asistían más que los miembros de la Embajada.

Su mujer lo abandonó una noche, se fue al aeropuerto y se montó en un avión y al otro día Cuadra estaba como loco y yo lo acompañé a Sabena, al aeropuerto, y a su casa.

—Yo no sé por qué sabía que se iba a ir —decía— Pero anoche oi el canto de la pavita del vecino.

Y una semana después Mercolina estaba de vuelta y Cuadra estaba en el Paraiso y a la otra semana Mercolina volvía por casa llorando y diciendo que se iba de nuevo. No tenían paz, Cuadra no estudiaba y Mercolina lloraba y le lanzaba zapatazos.

Mercolina y Cuadra tenían complejos de negros y Mercolina hizo una exposición de esmaltes en la Casa de La América Latina y creyó que la señora del secretario de la Embajada le sacaba el cuerpo.

—Se cree mucho —dijo Mercolina

Cuadra por su parte se burlaba del talento de

su mujer y le decía que esos esmaltes eran peores que los fabricados por un muchachito de cinco años

—Tienes un cerebro de pajarito —le gritaba Cuadra delante de Marta y de mí.

Y los estuvimos soportando hasta que desaparecieron sin despedirse de nadie.

Con la partida de los Cuadra nos quitamos un peso de encima. Esta gente no trabajaba ni dejaba trabajar. Cuadra tocaba poco su piano porque ahora lo suyo era visitar a los embajadores, "hacer política" y buscar recomendaciones para lograr una buena colocación en Venezuela. Lo mismo hacía Mercolina. Mercolina nos tenía siempre un cuento. Mercolina se sabía la vida de todo el mundo.

—¿Cómo es Argenis en la cama? —le preguntaba a Marta

Marta no respondía y Mercolina le decía que ella le iba a contar como era Cuadra en la cama. Mercolina hablaba hasta por los codos. Había sido muy desgraciada con su marido. Se peleaban como perro y gato. Se achacaban mutuamente las culpas de sus fracasos. Cuadra decía que Mercolina no lo ayudaba en su carrera

tenía una beca para estudiar en Hamburgo y allí salí en estado y Cuadra me pegó. Me dijo que ese muchacho no era de él, que era de un profesor rubio de ojos azules. *"Si ese muchacho nace con ojos azules te mato"*, me gritaba. Yo vivía asustada. Cuadra era capaz de cualquier cosa. Bueno, nació el muchacho y Cuadra se lo llevó a la ventana para verle los ojos en la claridad. No se los podía ver bien y gritaba: *"Ya te lo dije, son azules"*. Y hasta que no creció no se convenció que el niño era suyo. ¿Verdad que es igualito a él?

—Igualito. Es la misma estampa del padre. ¡Pobrecito!

Juan Antonio Cuadra ha vivido toda su vida de becas. Cuadra se merecía esas becas porque tenía talento para el piano. Cuadra hubiera podido ser el más grande pianista de Venezuela, pero se tranzó por un puesto público y abandonó el piano. Cuadra quería ser un empleado del gobierno y cargar pasaporte diplomático. Estas estupideces lo acabaron. Su mujer también quería un pasaporte diplomático. Yo no sé por qué esta gente quería un pasaporte diplomático si no eran diplomáticos.

Cuadra y Mercolina se la pasaban peleando. Cuadra tocaba su piano y Mercolina hacía esmaltes, pero para Cuadra los esmaltes de Mercolina eran unas cagadas.

—Eso lo hace un recién nacido —le gritaba Cuadra.

Esta pareja no se quería. A Cuadra le daba verguenza salir con Mercolina porque Mercolina era negra. La vaina es que Cuadra también es negro.

Bueno, negros no eran. En Venezuela no hay negros. En Venezuela lo que hay son morados o marrones. Negros hay en Africa y los negros africanos son hombres de clase, hombres elegidos, verdaderos príncipes.

Mercolina y Cuadra, como todos los morados y marrones de Venezuela, del área del Caribe y de los Estados Unidos, eran hijos de esclavos y de esclavistas. Una mezcla rara.

En Bruselas Cuadra salía, pasaba el día en la calle, se comía sus buenos bistecs y cuando llegaba a su casa regañaba a Mercolina.

—Lava los platos —le gritaba.

Cuadra, a las dos de la madrugada obligaba a Mercolina a lavar los platos. Y eso con una

temperatura de 28 grados bajo cero.

Mercolina odiaba a Cuadra. Y Cuadra odiaba a Mercolina. Se peleaban delante de los niños y el hijo mayor le decía a Cuadra:

—Cuando seas grande te voy a matar.

—Tú eres un pato —le gritaba Cuadra a su hijo— Caminas así.

E imitaba la forma de caminar de los patos.

Una vez Cuadra fue a dar un concierto en la Universidad y no se llevó a Mercolina con él.

—Vete en un taxi. No me interesa que me vean contigo.

Esto se lo volvió a hacer en Bruselas y Mercolina cogió un avión y se regresó con sus tres muchachos. Entonces Cuadra vivía desesperado, llamándola por teléfono.

—Vente, mi amor, la vida se me va sin tí.

Cuadra se ponía sentimental, moqueaba y decía que se iba a morir.

—Vente, mi amor, anoche oí el canto de la pavita.

Cuadra y Mercolina creían en aparecidos.

Mercolina regresó a la semana, tuvieron su semana de luna de miel y después Mercolina volvió por mi casa.

—Ya se volvió a acabar todo. Anoche me dijo que yo lo estaba envenenando. Me dijo que tenía la lengua morada. *"¡Todos ustedes van a ir presos!"* me gritó. *"¡Tú, tu mamá, tu hermano y estos muchachos!"*. Y chasqueó la lengua frente al espejo. *"¡Me estoy muriendo, gritaba, ay, Dios mío, estoy en las últimas!"*

Mercolina habló con Marta y se quedó ahí, durmiendo sobre un colchón al lado de sus tres hijos.

Cuadra se molestó conmigo. No me dirigía la palabra. Yo le hacía un bien a su mujer y él se molestaba conmigo. Mercolina había ido a pedirle ayuda al consejero. Al embajador y a las mujeres de los diplomáticos y nadie la quiso ayudar. Entonces se acordó de nosotros, los más pobres, y fuimos nosotros quienes la atendimos.

A la semana Mercolina se iba otra vez después de lanzarle un zapato en la cabeza.

Lo de Cuadra era crónico.
—Argenis, yo sin Mercolina no aguanto. Es que no aguanto.

—¿Y por qué dejas que se vaya?
—Es que yo la quiero a mi manera.

Ahora me llega la noticia de que se están di-

vorciando. Han consegudio lo que se han buscado: Cuadra un puesto en el Instituto de Cultura y Mercolina una beca con pasaporte diplomático.

A Mercolina, por ese pasaporte diplomático, no la dejaban entrar en Inglaterra.

—¿Qué cargo tiene usted? —le preguntaba la policía.

—Yo, bueno, verá usted, yo soy becaria.

—¿Y por qué tiene un pasaporte diplomático?

—Yo, verá usted señor policía, *Sir,* ¿cómo quiere usted que le diga? ¿*Sir*?, bueno, *Sir*... yo soy una mujer muy importante en Venezuela.

—Sí, es usted una mujer muy importante en Venezuela, ¿pero a qué viene a Londres con un pasaporte diplomático si no es diplomática?

—Yo, verá usted...

Al fin la dejaron pasar, pero los agentes de la aduana se quedaron rascándose el coco. Qué vaina tan rara.

Cuadra se compró un carro más grande, se planchó el pelo para que se le vea más liso y se está inyectando unas vitaminas para aclararse el color. Un funcionario tan alto como él no debe ser negro. O marrón. O morado. No, negro no es. Ya esto lo aclaramos.

Mercolina desconfiaba de Cuadra y Cuadra desconfiaba de Mercolina. Los dos eran desconfiados y se celaban mutuamente.

Cuadra le decía a Mercolina que fuera a la esquina a comprarse unos champiñones y se quedaba aguardándola en la puerta.

—Te doy cinco minutos para ir y venir —le decía Cuadra.

Y si Mercolina se tardaba ya se puede uno hacer un cráneo.

Por su parte Mercolina creía que Cuadra era un putañero.

—Te lo gastas todo en putas —le decía Mercolina—

Pero esto no es cierto. Cuadra no es putañero. Cuadra le tiene miedo a las putas. Yo una vez lo llevé a un burdel y se asustó cuando una mujer se le sentó sobre las piernas.

—Argenis —me preguntó— ¿qué hago yo con esta mujer?

—Págale y métela en ese cuarto.

Y Cuadra se asustó.

Cuadra era un desaforado —mirón-sexual. A Cuadra lo que le gustaba era mirarle las piernas a las mujeres. Cuadra se va, por ejemplo, a una piscina y se lanza al agua con los lentes puestos para ponerse a mirar a las mujeres desde un

rincón.

Yo quería educar a este par de angelitos y les prestaba libros, pero ninguno de los dos leía. A Cuadra no le gustaba leer y Mercolina no sabía lo que era un libro.

A Mercolina le presté *A Sangre Fría*, de Truman Capote y Cuadra se lo escondió.

—¿Ya leíste el libro? —le pregunté a Mercolina.

—No.

—Bueno, dámelo.

—No sé dónde está.

—Bueno, búscamelo porque tengo que hacerle una nota.

—No te lo puedo devolver

—¿Por qué?

—Cuadra me lo quitó y lo escondió. Me dijo que a mí lo que me gustaba era leer novelas de crímenes para buscar las maneras de envenenarlo y me golpeó. Anoche le dí una sopa y cuando le fui a servir encontró una araña en el plato y me formó un escándalo: "¡*Te fijas, ésa eres tú!*", gritó. "¡*Esta es tu tía que desde Barquisimeto hace brujerías*!".

Cuadra juraba que desde Barquisimeto una tía bruja hacía marañas que lo alcanzarían en Bruselas.

Mercolina también creía en eso, pero decía

que la culpa era de una tía de Cuadra que le rezaba a unas hojas de zábila regadas con leche de cabra.

—Esa tía no me quiere. La tía le dijo a Cuadra: *"Casándote con Mercolina vas a mejorar la raza"*. Por eso Cuadra no me saca con él ni me lleva a ninguna parte. La tía lo domina.

Pasó el tiempo y a Cuadra lo ví con Mercolina y sus hijos con unos cascos blancos en la cabeza. Parecían los Picapiedras.

—¿Qué hacen aquí?

—Luchando por el partido.

Iban para una manifestación.

!Qué vainas, así es como termina un gran pianista en Venezuela!

Hacíamos proezas con aquellos doscientos dólares. Yo pasé un invierno con un pantalón de pana, una chaqueta, un sweter y el abrigo. No teníamos calefacción en el cuarto y dormíamos vestidos. A Carolina la poníamos al lado de la calefacción que nunca trabajaba o la metíamos en la cocina. Para bañarnos teníamos que bajar a un sótano que abrían una vez a la semana.

No teníamos nada, salvo un pequeño radio que nos servía para escuchar las noticias. Y hasta que no descubrimos el Museo del Cine no empezamos a ir al cine con regularidad.

A Marta no se le pasaba un día sin que me reclamase el divorcio de Julieta y el matrimonio con ella. Me seguía para ver si yo recibía cartas de Julieta en la *Poste Restante.*

Yo era el que cocinaba y cocinábamos lo más fácil de cocinar. O cocinábamos lo más barato que podíamos conseguir en el mercado. Yo recuerdo que no salíamos de freir una carne molida, hacer un arroz blanco o preparar una sopa de gallina.

Todos los días, a las 8 de la mañana, estábamos en la sala de clases de francés hasta mediodía cuando salíamos corriendo a comer. Enseguida regresábamos y nos quedábamos ahí hasta las seis de la tarde.

Estudiaban con nosotros unos cuantos noruegos, finlandeses, norteamericanos e ingleses que iban de misioneros al Congo.

Marta asistía además a sus clases de criminología de la Universidad Libre de Bruselas.

A la Embajada íbamos una que otra vez a buscar nuestra correspondencia y allí tratamos con José Nucete Sardi, que era el embajador y que una vez nos ofreció un almuerzo en su hotel.

Don José ya estaba mal, padecía de asfixias y pidió su jubilación. Se fue y en su sitio, como

encargado, quedó un hombre desproporcionadamente delgado. Y digo desproporcionadamente delgado porque tenía los hombros y las piernas delgados y la barriga prominente, hacia afuera. Se llamaba Freddy Genteaume Pantin y hablaba como si delirara y de toda su persona se desprendía una repulsión asquerosa. Este imbécil hablaba de la sangre azul y de su título de abogado. No le caía bien a nadie y a mí me pareció falso desde un comienzo y lo odié y desprecié. El se creía mucho y como se diera cuenta que Marta y yo no estábamos casados un cinco de julio nos mandó unas invitaciones de esta manera:

Señorita Marta Lander
Señor Argenis Rodríguez

Y eso fue con el solo objeto de provocarnos. Sabía que Marta había tenido una hija conmigo y que yo la había presentado como mi esposa y él para pvocar y molestarnos la paciencia nos mandó ese sobre llamando a Marta señorita. Yo me puse a buscar una venganza y la única que encontré fue la de escribir y la de retratarlo. Eso llegaría más tarde cuando, un domingo, redacté de un tirón *La Fiesta del Embajador*. En la colonia de venezolanos se corría la voz que el nuevo embajador, Eddie Morales Crespo, se le había metido en la casa para atacarle a la mujer. A esta mujer, Sonia, se la atacaba también el coronel Francisco Sanchez Olivares.

Genteaume en su apartamento y ponía música y sacaba a bailar a la Sonia.

—Se lo puse varias veces en la pierna —me contó el coronel después— Y el doctor Crespo también.

Total que entre el coronel Sánchez y el doctor Crespo le estaban disputando la mujer al Genteaume y se corrían muchos rumores.

Eddie Morales Crespo sobre todo tenía mala fama. Tenía fama de borracho, de desaforado sexual y de hombre peligroso bajo los efectos de la bebida.

—No respetó ni a la mujer de su compadre — se decía en el mentidero de venezolanos, que eran pocos pero temibles.

Naturalmente, entre todo aquel grupo de venezolanos Marta y yo éramos los únicos preocupados, estudiosos, inteligentes y cultos. Marta seguía sus cursos de criminología en la universidad y yo leía día y noche y escribía mi Diario, la novela *Gritando su Agonía,* nuevos cuentos sobre las guerrillas y alguno que otro artículo que enviaba a *El Nacional* de Caracas.

En cambio los demás no hacían nada. El coronel Sánchez era el agregado militar de Venezuela ante el gobierno belga, pero el coronel Sánchez no hacía nada y creía en

brujerías y ensalmos. Adoraba a José Gregorio Hernández y le vivía pidiendo que lo protegiera y lo conservara en la colocación que tenía. Al Coronel Sánchez le habían retardado su ascenso a General por su oposición al gobierno de Acción Democrática y lo habían enviado a Bélgica para salir de él. Y el coronel se la pasaba en casas de putas, vivía solo y sólo cuando se trajo a su mujer e hijas por un corto tiempo le cogió el gusto a las recepciones y siempre brindaba una recepción con el objeto de atacar a la mujer del consejero Ganteaume y después a la mujer de un farmacéuta.

El coronel despachó a su mujer y a sus hijas y se quedó entregado a las fiestas, a las visitas y a la cocina, que dominaba a la perfección.

El coronel Sánchez, más que militar, parecía político de profesión y hablaba del general Medina, de Pérez Jiménez y López Contreras. Había puesto sus esperanzas en las próximas elecciones y pensaba que de ellas dependía su regreso al país. Se creía vencido y pensaba que le darían su retiro como coronel y no como general. Su subalterno en la Agregaduría, el comandante Aquiles López, le dijo una vez:

—Yo no sé qué vamos a hacer, mi coronel. Yo dentro de poco seré ascendido a coronel y no podrá haber dos coroneles en la Misión.

Y esto hirió al coronel, quien en lo sucesivo se ocupó de torpedear el ascenso del Comandante López.

—El coronel —me decía el comandante López delante de Marta— es un anticomunista, un hombre que busca los ascensos hablando mal de los demás. Al Comandante Rangel, a Guilarte y a mí nos torpedea tildándonos de comunistas. Y nosotros no somos comunistas.

El Comandante López venía por nuestra casa y se aparecía con regalos para Carolina, para Marta y para mí. Su familia también nos visitaba, nos mandaba entradas para el cine o la Opera y las *Noches Buenas* las pasábamos con ellos.

Yo creo que el comandante López admiraba a Marta porque era abogada y por estudiar criminología y a mí quería imitarme en eso de escribir y empezó a llevar su Diario Intimo y me lo leía cada día en los comedores de la Universidad. En este Diario el comandante López reseñaba cada anécdota del coronel Sánchez y allí me enteré que al coronel lo habían sacado a patadas de un club.

—.¡Yo no soy negro! —dijo el coronel Sánchez cuando el portero le metió la primera patada— ¡yo soy venezolano!

—Es lo mismo —le respondió el portero.

El comandante López (más que por su buena puntería, sus buenos puños y su fuerza) se hace temer ahora por su *Diario Intimo*.

Estuvimos en una fiesta que dio el Embajador de Venezuela ante el Mercado Común y el Embajador ante el Mercado Común se emborrachó y se cayó al suelo.

—Tú eres un cochino —le gritó su mujer.

—Y tú una insaciable —le gritó su marido.

Se insultaron y la mujer del Embajador de Venezuela ante el Mercado Común dijo que se iba ese otro día y se fue. El chisme nos lo llevó el pianista Juan Antonio Cuadra. Y más atrás vino Mercolina llorando porque el farmacéuta le había agarrado las piernas confundiéndola con una sirvienta.

Total, que por nuestra casa, que éramos los más pobres y desamparados, venían todos. Venía el comandante Guilarte a decirnos el porqué se encontraba fuera de Venezuela.

—Yo me levanté desde abajo —decía— Yo era un recluta, y fui subiendo, subiendo, y ya ven, soy comandante. Y si no me han dado el ascenso es porque critico al ejército venezolano. Nosotros podemos fabricar nuestro armamento y no lo fabricamos.

El comandante Juan Ramón Guilarte, de unos cuarenta y dos años de edad, era o parecía un hombre honrado. A mí siempre me pareció un hombre honrado. Y a Marta también. Unos años más tarde murió en Venezuela en circunstancias muy extrañas. Su mujer, en el velorio,

dijo que los otros militares lo habían asesinado.

López parecía más corrido en la política y en el ejército. Había sido un campeón de tiro, de equitación y no sé de cuántas cosas más. La gente decía que parecía hermano mío y no tiene nada de raro que pareciera hermano mío. Era inteligente, preocupado, valiente y exagerado. Nos llevábamos bien y el comandante López, por imitarme, la dio por leer novelas y escribir cuentos y su Diario. Me llevaba latas de sardina, me regalaba cuadernos, me convidaba a los baños turnos. No había semana que no fuera a casa para hablar conmigo y no fueron pocas las veces que durmió allá. Con el correr del tiempo, cuando regresamos a Caracas, me buscó, me localizó y me entregó un tomo de Memorias.

—Lea —me dijo.

Y en ese tomo leí que yo lo había formado y que todo me lo debía a mí. El coronel Sánchez era desagradecido, desconfiado y tenía una amante alemana que olía mal.

—La voy a dejar por eso —me confesaba el coronel.

El Coronel Sánchez había mandado a su mujer y a sus cuatro hijas con el único fin de dedicarse a atacar a las esposas del farmacéuta y del consejero Gauteaume.

—Las dos, por una casualidad, se llaman Sonia —me decía el coronel y se reía.

E invitaba a las Sonias y a sus respectivos maridos y bailaba con ellas. El coronel sufría porque las mujeres nunca iban solas y los hombres eran celosos, sobre todo el Gauteaume. El coronel creía que el Embajador Crespo ya había "peinado" a la Sonia del Gauteaume y el comandante López creía que el coronel Sánchez las había "peinado" a las dos.

—Por ahí van a venir dos chinitos —comentaba el comandante López.

El Coronel Sánchez Olivares tenía los ojos achinados y los militares lo llamaban "El Chino Sánchez Olivares".

Estando yo en Caracas parió la mujer del Gauteaume y la gente decía:

—Parió un chinito.

Yo no sé. Yo nunca más volví a ver a la mujer del Gauteaume ni a ese "chinito" Ahora, yo no desconfío. La mujer del Gauteaume era una mujer salidora, exhibicionista y echona. En las fiestas siempre quiso bailar conmigo y pegármeme, pero yo salía con Marta y prefería bailar con quien me sintiera mejor.

El Gauteaume era un tipo pesado, barrigón, de color cetrino y malhumorado. El coronel Sánchez Olivares le controlaba el teléfono de la Embajada y decía que el consejero Gauteaume le pegaba a su mujer.

—Tiene a monte a la pobre. Le dá palizas. No

y como lo han nombrado Consejero. ¡Esas son cosas que yo no me explico de mi país! Y Sonia no protesta, no se va, no lo abandona porque no sabe de qué vivir, cómo defenderse. Yo, si quiere, me la traigo para acá y la nombro mi reina

---

Al pasar de los meses, con todos esos chismes, yo escribí mi novela *La Fiesta del Embajador* La escribí en menos de veinticuatro horas, se la envié a Camilo José Cela para su revista *Papeles de Son Armadans* y Cela me respondió diciéndome:

—"Su novela es excelente. Aparecerá en el próximo número".

Yo le dí a leer esta carta al comandante López y el comandante López se fue a Oviedo nada más que para comprar ese número de *Papeles de Son Armandans* el mes de noviembre de 1968. Y el mejor propagandista de esa novela fue él.

Vino, me regaló dos ejemplares y él se encargó de repartir el resto. Y fue una navidad triste para el Gauteaume y su mujer (que estaba en estado de no se sabía quién) y el Cónsul de Amberes y su mujer; el embajador Crespo y su secretario; la secretaria Erlinda y el embajador Rivero del Mercado Común, etc., El coronel Sánchez, que salió allí atacando a las dos Sonias, se alegró.

—Yo —le dijo al comandante López— soy el más simpático de todos. Además salí como hombre, atacando a dos mujeres, no como maricón.

Yo leí esa novela mía sentado en la poceta de nuestro estudio de la calle del Príncipe Real. Me reía solo y Marta me preguntaba:

—¿De qué te ríes? ¿Estás loco?
—Me río de lo que escribí
—¿Vas a seguir con eso? Eso ya se olvidó.

Y no se olvidó. Hasta los diccionarios hablaron de *La Fiesta del Embajador* y por ella pasé a la historia de la literatura. Bueno, por ella y por *Entre las Breñas*.

Yo no pertenecía a ninguna generación. La generación de Marta era una cantidad de mujeres abogadas que se acostaban con el primero que veían. O eran unos hombres mediocres que se decían izquierdistas. Yo me dije izquierdista. Pero después me di cuenta que un hombre que se había hecho solo, leyendo a Gorky, a Dostoievski, a Thomas Wolfe y a Balzac no podía ser izquierdista. Izquierdistas eran aquellos *snob*, o aquellas mujeres cursis sin formación que nunca habían leído un libro. En Venezuela no hay sino dos caminos: la clase media y la clase que vive en el *country club*. La

clase media es una gente reaccionaria que se preocupa por una casa, un carro y un trago en un bar distinguido. Y la gente del *country club* es una gente anquilosada y que habla un mal inglés o un mal francés. La clase media en Venezuela quiere ser abogado, militar, ingeniero o médico. La clase media en Venezuela es una gente que asiste a una universidad, se sienta allí durante cinco o seis años y sale con un título de doctor. Un rector dijo una vez que si amarraban a un burro en el reloj de la universidad salía con dos títulos por lo menos. Ese era un rector inteligente.

Yo, que he sido el hombre más inteligente, más culto y más genial de la época me dí cuenta de lo que era la Universidad y ni siquiera terminé el bachillerato. Yo sabía que me podía embolsillar a toda esa cuerda de hijos de puta y nunca fui a una mierda de liceo o de universidad y nunca he trabajado y he vivido mejor que nadie en ese país llamado Venezuela.

Cuando Marta y yo estábamos en Bruselas se presentó allá una abogada amiga de Marta que había estudiado con ella. Esta abogada se llamaba Gaba y era judía.

Bueno, la Gaba llegó y se instaló en la sala de la casa y una vez que Marta dijo que iba a hacer unos espaguetis me invitó a beber una cerveza y Marta respondió:

—Vayan, si, mientras yo cocino.

Y mientras nos bebíamos nuestra *Stella Artois* Gaba me agarró la mano.

—Deja a Marta y vente conmigo a París. París es mejor que Bruselas para un artista.

E hizo lo indecible por besarme. Y Gaba era la gran amiga de Marta. ¡Coño, Venezuela era un nido de traiciones! Yo a Gaba no le dije ni sí ni no. Pero Gaba hacía no sé qué por atraerme. Una noche salí de nuestro cuarto para ir a buscar un vaso de agua y la descubrí masturbándose detrás de un mueble.

En ese tiempo ocurrió el "Mayo Francés" y Gaba no se fue a París. Y en todo ese mes estuvo atacándome y sonsacándome y yo no le cedí. Ni aunque fuera judía y billetúa. Y Marta no me reconoció esto. Yo he podido dejar a Marta por Gaba y no la dejé. Y Gaba dio otro viaje a Bruselas y cuando me vio me dijo:

—Argenis, que bien te queda ese gorro.

Yo tenía un gorro y unos bigotes y me parecía al doctor Jivago que presentan en las películas. E insistió que dejara a Marta. Y yo no dejé a Marta. Y Marta cuando me fue a demandar dijo que yo trataba de quitarle a sus amigas y que yo era un degenerado y eso no era verdad. Y esta Gaba declaró contra mí. Y esta

es una historia verídica.

Así como es una historia verídica que la mujer de uno de aquellos venezolanos que vivía en Bélgica esperó que Marta se fuera a la universidad para entrar a casa y hablarme mal de su marido y levantarse la falda para que "yo me aprovechara de ella". Y no lo hice. Porque Marta creía que todas sus amigas eran sus amigas. Y allí no había amigos ni nada sino una cuerda de burros y burras y los hombres querían levantarle las mujeres a los hombres y las mujeres querían levantarme a mí porque yo era el hombre más inteligente y más hermoso que vivía en esa época allí en Bruselas. Y aquello era un desastre.

Y yo no le puse los cuernos a Marta. No, ni aunque ella lo escribiera en un expediente para que lo leyera un juez. Yo salí de allí limpio de enfermedades venéreas. Marta estaba bien y un día vino de la universidad bien pintada, bien arreglada y se sentó frente a mí en un mueble y yo le dije:

—Ven, acuéstate en el colchón.

Y pasamos un buen momento.

Porque teníamos un colchón en la sala, debajo de la lámpara donde yo leía.

Y a Marta le envidiaban el hombre que era yo y ella lo sabía y tenía miedo de perderme. Y me perdió.

Yo empecé a odiar a Marta por la clase de amigos y amigas que tenía. Para ella una abogada llamada A.M. era una gran mujer y el amante de esa abogada era un idiota. Y esa abogada no había hecho nada para ser considerada una gran mujer ni nada. Para Marta una gran mujer era aquella que había logrado sacarse un título. Y por eso ella creía tanto en los médicos y en los psiquiatras. Y sus amigas de la Universidad eran unas idiotas que vivían pendientes de los hombres y una vez me dijo que la compañara a visitar a una tal Carmín, mujer de uno de aquellos tipos que trabajaban con ella en el Instituto de Criminología y la tal Carmín era una vieja loca que sin conocerme ni nada se desató en hablar del médico que la reconocía:

—Es cheverísimo. Es bello. Y mi marido está furioso conmigo y no viene. No sabes cómo me alegra.

Y así eran todas estas mujeres. Y los hombres por los cuales Marta sentía admiración eran todos idénticos. Marta admiraba a un hombre porque se decía izquierdista o socialista. El hombre podía ser una nulidad, un inepto, un incapaz, pero si daba un grito en el Aula Magna o hablaba en contra del *Imperialismo Yanqui* era un hombre inteligente, brillante, valiente, patriota, destacado y de gran porvenir. Y yo, a la larga, tenía que terminar mal con una mujer de esta calaña.

Yo he visto piratería, pero peor piratería que la que sale de la Universidad Central de Venezuela no he visto en ninguna parte. Allí nadie hace nada. Allí nadie estudia. La Universidad Central vive en una eterna huelga. Nadie lee. Nadie dá clases. Nadie asiste a clases. Los profesores son unos imbéciles que consiguen un cargo porque se dicen fidelistas, contestatarios, revolucionarios y todo lo que se les ocurra decir dentro de ese renglón. Pero no verá usted una obra de esos señores, no verá "un mensaje", no verá sino gritería, chabacanería y mal aliento. ¡Qué lucha tiene que librar uno para vivir decentemente en un país como el nuestro, rodeado por la porquería del gritón, los gritos histéricos de las viejas que se creen jóvenes porque hablan de Marx y de las mujeres que se sienten superiores porque tienen su diploma de abogado!

En 1969 tuve una pelea espantosa con Marta y cogí un avión y regresé a Venezuela. En casi tres años apenas si había sido feliz uno que otro día con Marta. Fui feliz con ella las noches que ví *La Dama del Retrato* y *Soy un Fugitivo*, películas de los años cuarenta. Fui feliz con ella la Noche Buena de 1968 y la despedida de ese año. Nada más. El resto fue pelear y oirle:

—¿Cuándo te vas a divorciar? Mi hermana Alicia ya es abogado. Ella puede arreglar eso.

Y yo me desesperaba. No había manera de hacerla entrar en razón. En pleno invierno me cerraba la puerta y me dejaba fuera. Y hasta me acusó en la policía. La policía me interrogó. Me preguntó qué hacía yo y ella dijo:

—Póngalo en la frontera.

—Sí, es mejor —dije yo.

Y si no me pusieron en la frontera fue porque Marta se echó a llorar. Pero así y todo nada cambió y yo abandoné Bruselas y abandoné a Marta y a Carolina.

Y he aquí que estoy de nuevo en Caracas, moviéndome en un ambiente que me era hostil. Los escritores no me querían porque yo había dejado de ser comunista y porque había escrito los mejores libros de mi tiempo y de mi generación. Mis enemigos se hacían fuertes y al coronel Sánchez, que regresó, lo ví con el uniforme de general, con un casco y los entorchados que a él le gustaba ponerse. Lo ví y se me pareció a esos japoneses que salen en las películas. Lo ví entrando en el Ministerio del Interior. Había ascendido. Era casi jefe del ejército, era el jefe del COC: Comando de Operaciones Conjuntas. Era algo así como un Patton o un Eisenhower. Y yo no era nada y no había ascendido. Más bien estaba peor, en la calle y comiendo las sobras en el apartamento de mi mamá. Al comandante López lo ascendieron a Coronel y al comandante Rangel también. Al único que no ascendieron

fue al comandante Guilarte, quien se suicidó lanzándose por un puente. SE SUICIDO, dijo la prensa. Qué mierda, a mí nadie me quería. Vino Julieta con mis hijas y yo no quería nada y me quedé en el apartamento de mi mamá y una hermana mía me dijo que desocupara.

—Aquí no queremos vagos.

Y yo me fui. ¿Qué iba a hacer?

Me metí en el apartamento de mi hermano José y era igual. Yo no tenía para comer y mi talento de escritor lo derroché escribiendo artículos para los periódicos y ni siquiera ganaba para una cerveza. Comía en taguaras. Comía empanadas. Bebía vasos de leche y dormía sobre un colchón sucio. Y en esto se presentó Marta para acomodarme en mi sitio. Y llegó con la guerra de que tenía que divorciarme. Y mandó a Carolina para San Juan de Los Morros, a casa de mi hermana Idilia. Marta era especialista en esto de regalar hijos. Y Carolina sufría al verme y Marta nada que se doblegaba.

—Si no te divorcias y no te casas conmigo esa Carolina se muere.

Y como era criminóloga se colocó en la Universidad Central. Alquiló un apartamento y viendo que yo estaba en la ruina me chantajeó y me dijo:

—Vente a vivir para acá. Tu como escritor no vas a conseguir nada. Yo te cuidaré. Tú te de-

dicarás a escribir y a leer.

Y yo me metí ahí y ya ahí Marta (como se lee en los pasajes bíblicos) me dijo:

—Ahora tienes que trabajar. Si no traes pan no comes.

Y yo salía a vender artículos y comía en las taguaras y comía mal y vivía enfermo de diarreas, fiebres, gripes y tosederas. Y ella a darse la gran vida, comiendo bien y yendo a las fiestas de los doctores de la Universidad y hoy un coctel y mañana el cumpleaños de una amiga y pasado mañana la visita a una cárcel. Y yo me dije: qué va. Llamé a Díaz Sosa y le digo:

—Oye, Carlos, dame una beca.

—¿Una beca? Aquí no hay becas.

Y llamé al Ministro del Trabajo y le dije:

—Oye, dame un puesto.

—¿Un puesto? Vamos a ver, preséntate por acá.

Y el Ministro me dio un puesto en Relaciones Públicas y al mes Díaz Sosa se acuerda de mí y me dice:

—Mira, Argenis, qué suerte tienes. Hay una beca de doscientos dólares. ¿La quieres?

—¡Coño, sí, lo que sea, yo me quiero ir de esta mierda!

—Eso sí, tienes que escribir una novela para pagar esa beca.

—¡Una novela nada más no; te escribiré una novela, un libro de cuentos, un tomo de memorias que estoy madurando y un ensayo! ¿Te parece?

—Escríbeme una novela y ya está.

Y arreglé lo concierniente a esa beca y viajé de nuevo a Europa, pero esta vez a Barcelona. Y Marta no se dio cuenta que me fui porque ese día, que era sábado, le estaba ofreciendo una fiesta a un compañero que cumplía años.

Iba a estar viajando como nadie en Venezuela porque un escritor, que era una mierda, no hallaba de qué vivir en su país. Un escritor no podía vivir de escribir artículos, porque pagaban mal los artículos. Un escritor no podía vivir de publicar un libro porque la mejor editorial, *Monte Avila,* pagaba mil bolívares por concepto de derechos de autor y mil bolívares no alcanzaban ni para una semana. Un escritor ni siquiera podía tener una mujer porque la mujer te veía mal porque no eras abogado, ni médico, ni economista, ni militar, ni ingeniero. Una mujer te iba a meter una patada en el culo como te la metía todo el mundo en ese país. Te iban a arreglar con doscientos dólares. Salías barato en un país que percibía no sé cuánto por petróleo. Pero tú eras escritor y no tenías derecho

a nada, ni a comer. Y doscientos dólares era algo.

—Algo es algo —te dijo Díaz Sosa— Agarra, no seas pendejo.

Y agarré. Agarré aunque fuera fallo. Tenía un año más de vida. Te habías matado leyendo, escribiendo, educándote y aguzando el sentido para terminar de nuevo en un avión con doscientos dólares y en un país desconocido, carísimo y duro. Te habías educado con el fin de escribir y ser alguien en tu estado, después en tu país y por último para tu familia, para que viera que no eras un pendejo y podías inmortalizarlos a todos. No podías inmortalizar a nadie, ni siquiera a tí mismo. Esto lo intuyes cuando te instalas en un hotel que no tiene baño, ni cuarto para cagar y que te lleva más de la mitad de la beca. Y de ahora en adelante no podrás vivir sino así y lo has comprendido y estás solo, olvidado y procuras leer a Dostoievsky. En el primer tomo de *Un Adolescente* encuentras varios suicidios seguidos y eso es insoportable en el estado en que te hallas. Recuerdas a Marta y te llenas de remordimiento. Has podido haberte casado con ella y salir de eso. Hacer de Carolina una hija legítima y evitar que sufra en el futuro. Has podido haber complacido a Marta

legalizándole su situación ¿Qué valía eso? ¿Qué perdías tú? Las noches (como en un poema de Archibald McLeish) son largas. Recuerdas las calles de Bruselas. Recuerdas a Marta esperándote en la puerta de la casa de la *Longue Haie*. Recuerdas a la pequeña Carolina con un abrigo blanco. Y lloras. La lectura de Dostoievsky resulta una tortura. Y no lees y no escribes y no sale la novela que te comprometiste a escribir. A tu lado duerme un irlandés que grita por las noches. Tú le golpeas la pared y él grita:

—¡Me voy a lanzar por la ventana!

Y tú crees que es un juego y una mañana hay policías por los pasillos y traen al irlandés con la cabeza sangrante. Te asomas a su cuarto y ves una cantidad de botellas de coñacs por el suelo y oyes el refunfuño de las camareras que dicen que el irlandés era un cochino y tú, en medio del horror de tu soledad, te dices: *Voy a terminar de igual manera. Me van a sacar de aquí a rastras por esas escaleras.*

Yo, como sabe la gente, he procurado ser un escritor. Ser un escritor no es cualquier cosa. En Venezuela ha habido escritores, pero no han sido escritores en el sentido exacto de la palabra. Hemos tenido a Bello, que escribió un poema,

una gramática y un código civil. Tuvimos a Eduardo Blanco que escribió un libro copiado de las novelas de Dumas para adularle a Páez y llegar a ser ministro. Tuvimos a Juan Vicente González, quien también escribió un libro, pero cuyo único objeto era ser jefe civil y hacer preso a un enemigo suyo. Tuvimos a Tosta García, que antes que ser escritor prefería ser general.

Tuvimos a Urbaneja Alchepol, de quien no sé nada. Tuvimos a Gallegos, que era novelista nato y sacrificó su gran talento para convertirse en Presidente de la República. Tuvimos a Pocaterra, que escribió dos buenas novelas y algunos cuentos, pero que al fin se tranzó por un ministerio y una embajada. Tuvimos a Uslar Pietri, quien escribió una gran novela y sé que perdió un tiempo precioso en un ministerio y en una candidatura a la "alta magistratura".

Tuvimos a Miguel Otero Silva, conspirador y autor de una gran novela, mejor que esa del colombiano que vino después y que era igualita a la suya: Miguel Otero Silva escribió *Casas Muertas*. Tuvimos a Guillermo Meneses, que alcanzó la grandeza, no reconocida aún, de *El Falso Cuaderno de Narciso Espejo*. Tuvimos a Angrés Mariño Palacio, autor de *El Límite del Hastío, Los Alegres Desahuciados* y *Batalla hacia la Aurora*. Mariño hubiera llegado a ser

nuestro Eduardo Mallea, pero se hizo mucho la paja y se volvió loco por falta de mujer. Freud, que estuvo equivocado en todas sus teorías, hubiera podido reivindicarse con Andrés Mariño Palacio. Tuvimos a Salvador Garmendia, autor de una novela regular, *Los Pequeños Seres.*

Tuvimos a Adriano González, autor de algunos cuentos. Y, por último, Venezuela me tuvo a mí, el genio, el *non plus ultra,* el cogollo del círculo. Después de mí vinieron mis imitadores, los que imitaron mis cuentos de *Entre las Breñas,* y mis novelas *La Fiesta del Embajador y Gritando su Agonía* y mis tomos de *Memorias.* Vinieron los imitadores de mis artículos y de mis tomos de *Memorias.* Detrás de mí llegaron mis alumnos y yo ascendí a los infiernos. El infierno está arriba.

Yo no digo que Marta no me quisiera. Pero Marta se convirtió en una mujer cómoda. En una mujer que quería imitar a Rosa del Olmo, otra criminóloga. Marta quería casarse, comprarse un apartamento por cuotas, un carro y unos cuadros para colgarlos en la pared.

Marta quería dar fiestas, quería dar brindis en sus cumpleaños, quería ir a la moda con pantalones azules y peinarse en una gran peluquería una vez a la semana. Marta, como habrá podido apreciar el lector, era una

socialista que no leía a Marx y que quería entrar en la sociedad de consumo. Todos los comunistas venezolanos estaban en la época dorada de la sociedad de consumo. Los izquierdistas venezolanos, que eran los más conservadores y reaccionarios de Venezuela, tenían un apartamento al estilo James Dean, unos cuadros colgados en las paredes y unos pantaloncitos apretados en el fundillo. Los izquierdistas venezolanos trabajaban o vegetaban o puteaban en el más grande burdel de Venezuela: la Universidad Central. Si uno quería conseguir una puta se iba a los pasillos de la Universidad Central y se levantaba una enorme puta que te hablaba de Marx y de Fidel y que se movía como nadie en la cama. Bueno, yo no quería entrar en el marxismo venezolano. Yo prefería la calle. Yo no quería tener como amigo a un mariconcete con barba y con pantaloncitos apretados. Yo no quería como amigo a un escritor que le buscaba amigos a su mujer para luego observarla a través de una mirilla. Yo no quería nada de eso. Yo no quería una mujer tan "evolucionada" allá, ni tan "marxista". Yo lo que quería era una compañera que pasara todo el rato conmigo, a mi lado, mientras yo escribía mis cuentos, mis novelas, mis ensayos y mis memorias. Yo, naturalmente, era un reaccionario, un tipo que quería a mi mujer para mí. Yo no era socialista y no quería compartir mi mujer con nadie. En

mis primeros tiempos, cuando yo era un imbécil, creía con el cornudo Sartre que los héroes de nuestro tiempo eran los comunistas. Pero después no, la pinga. Yo no quería que una mujer mía se fuera a tirar por ahí y después viniera con una gonorrea. Yo sé que en Venezuela todos los profesores de las universidades tienen gonorreas y sé que todas sus mujeres son unas putas. Pero yo nunca fui universitario y no quería una mujer universitaria como mi mujer y me fui. Yo no era tan avanzado. Yo no era tan liberal. Yo no creía en el amor libre. Yo había dejado de ser comunista, izquierdista o marxista. La pinga, mejor era ser reaccionario. Y sobre eso, los izquierdistas venezolanos eran los que hablaban de la sociedad de consumo. Hacían unos estudios extraordinarios sobre la sociedad de consumo, pero después eran ellos los primeros en comprarse un cuadro de moda y colgarlo en la pared.

Eran ellos los primeros en enterarse del carro que manejaba Norman Mailer en los Estados Unidos para venir y comprarlo ellos. Entonces andaban muy sí señor, muy orondos, en su *Malibú Coupe*. Andaban en su *Jaguar*. Andaban en su carrito francés de no sé cuántos caballos. Andaban, pero qué bien, con su negro de chivita al lado. Porque los comunistas, los izquierdistas y los evolucionados no eran racistas, eran amplios, no tenían prejuicios y cargaban su negro al lado. Eso era la moda y había que andar con

los tiempos para no convertirse en un pureto. La cosa era ir a las discotecas, darle al bimbo, que es un baile muy chévere en que se tocan culo contra culo y hablar una jerga que nadie entiende. La cosa era meterle al pito, tener un amante (o una amante), acostarse con el jefe, que era un barrigón que tenía fiebre durante todo el año y andar en la onda. En estas circunstancias, jodido porque no podía andar en la onda, me fui. Llegué a Barcelona, me hospedé en el Hotel Oriente, solicité a Antonio Beneyto, un escritor español que conocí por carta a raiz de la publicación de mi novela *La Fiesta del Embajador* y me mudé para el Hotel Falcón. Y aquí estaba yo, así como estuve en las guerrillas, en Santiago de Chile, en París, en Madrid, en Bruselas y de nuevo en Caracas. Estaba en Barcelona.

Antonio Beneyto era manchego, de Albacete. Fue a buscarme al Hotel Oriente. Era un hombrecito bajo y delgado que parecía sifilítico. El se creía una belleza, un hombre atractivo e irresistible.

Vivía con una mujer gorda y de dientes negros, la Teresa.

La Teresa tenía trazas de puta. La Teresa, desde que me vio, comenzó a revolverme el cabello y a decirme:

—No vengas a España a hablar mal de los españoles.

Antono cogió celos de mí y como vivía de la Teresa, se me negó en varias oportunidades. El Antonio quería convertirse en chulo y vivía de un bar en otro. Nadie se fijaba en él, pero él se creía atractivo, bello e irresistible. Una noche nos metimos con un hombre llamado Enrique y una mujer llamada Paquita en un apartamento de Casteldefells y el Antonio quiso acostarse con la Paquita. La Paquita era la esposa de Enrique y me prefería a mí. El Enrique me había invitado a mí porque su mujer se lo pidió en aquel bar llamado *El Paraguas*. No llevaba yo en Barcelona una semana cuando ya me había acostado con una flaca y ahora este Enrique me llamaba para que me acostara con su mujer.

El Enrique, la Paquita, el Beneyto, el pintor Soler Jové y yo nos metimos en la discoteca *2001* a darle al baile y Paquita me agarró el miembro por encima del pantalón. El Enrique se hizo el loco y dijo que mejor que el *2001* era su chalet de Casteldefells.

El Soler Jové se creía bonito también y él y el Beneyto no hacían más que exhibirse y yo me llevé a la Paquita para un cuarto y después a otra mujer llamada la Fernand y después a una cantante catalana.

—¿Cómo haces tú? —me preguntó el Beneyto.

—Yo no hago nada. Yo lo que no hago es hacerme el bonito como tú o el Soler Jové.

Amanecimos allí y yo descendí del carro del Enrique con un dolor de cabeza tremendo. Coño, tuve que llamar a un médico y el médico me recomendó unas pastillas y las pastillas no me sirvieron para un carajo y le dije al Beneyto:

—Llévame a un hospital. No aguanto esta mierda.

En el Hospital San Pablo me dejaron por gravedad. Vino el médico y me interrogó:

—¿Usted fuma mariguana?

—No.

—¿Y toma drogas?

—No

El médico me miró meneando la cabeza y me dijo:

—A usted lo drogaron.

Pasé una semana en el San Pablo, regresé a mi hotel y el Beneyto llegó con un carajote que me presentó con el nombre de Javier Tomeo. El Tomeo había publicado dos novelas y quería que yo las leyera. Se fue el Tomeo y el Beneyto me dijo:

—¿Qué te pasó? ¿Cómo hiciste para acostarse con aquellas tías?

—Yo no hice nada.

Y el Beneyto me contó su historia: había trabajado de cajero en un banco y la Teresa fue a cambiar un billete y lo invitó a comer. La

Teresa era una puta. Se escapó con ella y la Teresa trabajaba en bares nocturnos. Al Beneyto le dio por leer a Breton y por escribir. En Palma de Mallorca conoció a Camilo José Cela y a Antonio Fernández Molina y escribió su primera novela: *La Habitación*.

A Antonio Beneyto le entró la fiebre de la literatura y le escuchó una conferencia a César González Ruano. El González Ruano era maricón y le agarró las manos.

—¡Qué tío! —me contó el Beneyto— ¡Ese tipo sí que era un tío! Yo me cagué.

Javier Tomeo era una verdadera mierda. Era hijo único y una verdadera mierda. Su problema era el problema sexual. Había tenido una novia que lo abandonó porque Tomeo, durante el mediodía, tenía que dormir la siesta. Y sobre eso, su mamá lo dominaba.

Cuando lo conocí Tomeo contaba unos cuarenta y dos años y había publicado dos novelas: *El Cazador y Ceguera al Azul* y ambas eran meras traducciones de *La Metamorfosis y El Proceso*, de Kafka. Yo se lo dije y a él no le gustó y me cogió inquina. Pero como en ese tiempo carecía de amigos me buscaba todos los días por el hotel Falcón.

Se había peleado con sus amigos Ramón Hervás y Merino. Hervás era un novelista me-

diocre, un novelista casi cinematográfico que se veía en la obligación de escribir argumentos para tiras cómicas para sobrevivir y mantener a sus hijos y a su mujer. El Merino era un degenerado que se creía más grande que Cervantes.

Tomeo acusaba al Hervás y al Merino de que su novia lo abandonara.

—¡Qué cerdos! —decía Tomeo al referirse a ellos.

Yo los conocí a todos en un café de la Plaza Catatuña. Allí iban todos a beber café y a hacer planes editoriales. Yo le entregué mi original de *Entre las Breñas* al director de la colección *Tábano* y me tomé un trago por cuenta del editor, un viejo de apellido Picazo que quería bregarse jovencitas con el cuento de editar libros. A la Hortensia Vásquez el viejo Picazo le ofreció publicarle un libro si se acostaba con él y el Beneyto le estaba sirviendo de trampolín. La Hortensia Vásquez era una mujercita que no estaba mal y que se acostaba con un hombre casado. Yo la invité a comer muchas veces y nos metíamos en una discoteca de la Calle Casanova a restregarnos y a calentarnos. Después de tanto bregarla conseguí llevarla al *Hotel España*, en Conde del Asalto. No olía bien y no la busqué más.

A la novia del Tomeo también la metí en ese

Hotel España. Era esta una mujer muy hermosa, rumana y muy puta que decía que Tomeo había hecho un gran negocio al no haberse casado con ella. Cuando era novia de Tomeo, me confesó se acostaba con un médico. Tomeo lo supo y le hizo la vida imposible. Llegó a golpearla por la cabeza.

Tomeo era un hombre alto y fuerte, pero un niñito malcriado que tenía que telefonear a mamá cada media hora.

Una Semana Santa la pasamos en Cadaqués en casa del Goico, el ex-marido de la Ana María Matute. Yo allí levanté a una bailarina llamada la Fanny y a una colombiana que había sido novia del pintor Guinovart y me acosté con las dos.

Al Tomeo le gustaba comer en grande, pero nunca pagaba e iba a los mejores sitios a ver a quién gorreaba. Yo le pagué siempre. Aníbal Valero, nuestro cónsul adjunto en Barcelona, también le pagaba sus buenas comidas.

Tomeo se nos perdió de órbita la vez que Julio Manegat le regaló el *Premio Albatros de Novela.* Julio Manegat era jurado y le dijo:

—Te doy el primer premio si lo compartimos.

Y Tomeo, que aún no había concluido *El Unicornio,* le respondió:

—Pero si no tengo nada listo.

—Manda lo que tengas. No te preocupes.

Y Tomeo acabó con el *Premio Albatros.*

Yo no digo que Tomeo no escriba bien. Escribe bien y se lo reconozco, pero sus dos primeros libros son Kafka puro, casi copias.

Después me enteré que se casó con una holandesa y la holandesa lo abandonó a los tres meses.

Tomeo no era tan potente allá a pesar de su tamañote. Las putas de El Grand Darling me decían:

—No traigas amigos como ése.

Todos esos artistas barceloneses se creían bonitos. Soler Jové se creía bonito. Vivía con una sueca que le llevaba unos diez años. Y Soler Jové, para mostrar su hermosura, se desnudaba en las fiestas. Unos versos de Marrodán revelaron que Soler Jové tenía una bola más grande que otra.

El cineasta portugués de nombre Nunes es otro que se cree bonito. Vivía con la María, una pobre imbécil que quería hacer cine. El Nunes, de cincuenta años, convenció a la María para el papel principal de *Ikonokaut,* una película de nudistas. La María andaba con poses y el Nunes, un vivo, para conservar a la María a su lado, le decía:

—Ahora vamos a filmar *La Base Partida por Dos.*

En Barcelona, como en Caracas, había crisis de verdaderos artistas. A mí me había tocado

vivir entre mediocres y en Barcelona y en Caracas viví entre mediocres. Así como en Caracas los "escritores" se reunían en los bares *Al Vecchio Mulino y El Camilo,* en Barcelona "los artistas" se reunían en *Casa Cleo, El Paraguas y El Ascensor.*

El Raúl Núñez, natural de Buenos Aires, se casó con la *Graduada* para resolver su problema de comida. Pero la *Graduada* a los quince días lo mandó a trabajar y el Raúl Núñez, autor de *People,* se quedó en la calle y casado. Era sucio, hediondo y en tres años no se había bañado

El Diego Mare no aguantó la mecha y se regresó a su Buenos Aires. En tres años que pasó en Barcelona publicó un solo poema: *El Rinoceronte.* Yo le dije que eso se parecía a una obra de Ionesco y él me respondió que no sabía quién era Ionesco. Sería así.

Me presentaron mucha gente que escribía, pintaba o hacía cine en Barcelona, pero hasta que no viajé a Palma de Mallorca y conocí a Camilo José Cela, Cristóbal Serra y Antonio Fernández Molina no supe lo que era un escritor o un artista español. Los jóvenes más sobresalientes eran los hermanos Moix, Terenci y Ana María y Terenci era homosexual y Ana María era lesbiana y se acostaba con la Colita, que era fotógrafa. *Era un mundo deprimente*

aquel, hubiera dicho Baroja.

Ese año de 1970 lo pasé en Barcelona procurando olvidar a Marta. Ella me escribía cuatro veces a la semana y me telefoneó en dos oportunidades a la casa de Beneyto. La verdad es que me era imposible olvidarla. Yo la recordaba en Bruselas. Me decía que me había portado mal con ella y tenía grandes remordimientos. Me dolía la condición de Carolina. Pero así y todo yo quería olvidar a Marta porque mi vida con ella había sido un infierno. Yo había llegado a la violencia y la había golpeado. Sabía, estaba seguro, que nunca llegaría a entenderme con ella. Tenía miedo por mí porque yo no tenía haninguna profesión. Yo no tenía ninguna habilidad para defenderme en la vida. Como escritor nunca podría mantenerme a mí ni mantener a una compañera. Las becas se acabarían. Yo dejaría de ser una promesa. Tendría que regresar y trabajar como periodista en una oficina de relaciones públicas o en una gobernación de estado como simple secretario. Pero yo sabía que no servía para nada de eso, que la pasión por escribir seguiría atenaceándome y me vería obligado a arrecostarme en casa de un familiar o de una mujer que me mantuviera. Marta seguía dispuesta a mantenerme. Siempre me habló de eso. ¿Para qué buscar otra si ella estaba allí, a la mano? Yo lo que tenía que hacer era adaptarme

a sus requerimientos. Ella se dedicaba a su trabajo de profesora en la Universidad y yo me quedaba tranquilo en casa leyendo y escribiendo esos artículos que me entretenían y que habían calado en el público. Yo había hecho una labor nombrando a Dostoievski en cada uno de mis artículos. Había nombrado hasta la saciedad a Emilia Bronte y los jóvenes liceistas y universitarios leían *Cumbres Borrascosas*. Incluso había logrado que algunos escritores leyeran a Dostoievski. Había citado y citado a Hemingway, a Scott Fitzgerald, a Dreiser y a Thomas Wolfe que ya me identificaban con ellos. Yo había hecho algo por la cultura. Había utilizado un periódico de gran tiraje para hablar de Kleist, de Ramos Sucre, de Bolívar Coronado. Había lanzado a todos esos escritores a la calle. Y yo, con mi columna en *El Nacional*, había hecho algo. Y había escrito bien y como nadie sobre Holderlin. Y había tratado como nadie en mi país el sentido del romanticismo. Yo iba a seguir en lo mismo. No más reeditarán la nueva versión de *Entre las Breñas* regresaría a mi país y terminaría con Marta. Estaba visto. Y la Editorial Marte estaba editando *Gritando su Agonía*. Ya sé que Marta insistiría en lo del matrimonio ¿Pero qué iba a hacer yo? ¿Qué me importaba casarme? Mientras Marta no me impidiera escribir y seguir leyendo a mí no me importaba lo que hiciera ella. lo que trabajara. Un escritor está solo. En Venezuela lo mismo

daba casarse con una mujer que con otra. Todas eran iguales y preocupadas por lo mismo. El carro, el apartamento propio y la condición de mujer casada. Sobre todo esto último. Yo pensaba sobre todo esto en mi cuarto del Hotel Falcón. Había roto con Tomeo porque sus lamentos me enfermaban. Había roto con Beneyto porque no hacía más que hablar de su belleza, de la mujer que levantó, de las dos americanas que se pelearon anoche por él. Y Beneyto me molestaba con sus pendejadas. Era un sifilítico con una calva en el centro de la cabeza y una hedentina en los pies y en los sobacos. Igualito era el Torcuato Miguel. Casi no salía de mi cuarto y leía todo lo que caía en mis manos. Leí todo lo referente a Lope de Aguirre con el objeto de redactar una novela en lo futuro, cuando me instalara con una mujer. Porque estaba eso de que me hacía falta una mujer. Y no había podido suplantar a Marta. Tuve a la Fanni, que dejé por hedionda. Tuve a la colombiana que dejé por borracha y tuve a la canadiense que dejé porque también hablaba de matrimonio. Y ahora no tenía ninguna mujer, estaba completamente solo y sólo me quedaba el alivio de las putas del *Grand Darling*. Compré una cantidad considerable de libros. Ya Marta había obtenido mi divorcio. Me preguntaba cuándo iba a regresar. Nos casaremos. Carolina te necesita. Tendremos otro hijo. Conmigo no te faltará nada. Y repetía lo de mi tiempo para leer y

escribir. Harás lo que te dé la gana. No tendrás que salir a trabajar. Muy bonito todo. Como en Bruselas. Ya verás. Le respondí que regresaría cuando aparecieran *Entre Las Breñas y Gritando su Agonía.* Eso sería para septiembre. Ella prometía ayudarme. Me ofrecía el pasaje. Me prometía todo. Había cobrado unos artículos que me debía *El Nacional* y me enviaba el dinero. Yo comencé a mandar mis libros por correo. Borrón y cuenta nueva. Estábamos envejeciento. Ya era hora de que nos calmáramos. Iba a sacar un préstamo para comprarse un apartamento. ¿Qué zona de Caracas me gustaba a mí? Eso lo arreglamos allá. No te impacientes. No pidas nada todavía. Vamos a ver cómo me va con *Gritando su Agonía.* De *Entre las Breñas* yo no esperaba nada. Ya se había dicho todo lo que se tenía que decir sobre ese libro. Etc..

Más interesante que los escritores o artistas españoles eran los huéspedes del Hotel Falcón en el número 126 de las Ramblas. Este hotel era muy viejo y en uno de sus cuartos había muerto una gran tenor italiana a quien lanzaron una bomba en el Teatro del Liceo. Eso fue en la época del nacimiento del anarquismo. Después, durante la guerra civil de 1936 el POUNS estableció su comité central aquí y sus partidarios se caían a tiros con sus opositores, que se había apropiado del *Café Moka.* Eso había pasado y

cuando yo llegué aquí el Falcón era uno de los hoteles más baratos de Barcelona, pero el que tenía la mejor ubicación. Su dueña era una catalana llamada María Luisa Roca Fina, de unos cuarenta y ocho años de edad, que lo había heredado de su madre, quien vivía en Palafrugell.

A esta señora Fina Roca la había abandonado su esposo, un crítico de arte del diario *La Vanguardia*. El hombre, de apellido Rodríguez, se escapó con una puta.

—Creo que viven en Puerto Rico —me contó la señora Fina.

A estas alturas la señora Fina vivía con un alemán de nombre Francois Sterling, un alemán poseedor de varios idiomas pero de ninguna cultura. Tendría cincuenta y ocho años y se conservaba a la perfección por los contínuos paseos que daba a la playa donde se ponía a jugar con armas de fuego. Francois no perdía película de vaqueros y era un niño grande. Su habilidad estuvo en enamorar a la señora Fina Roca y sacarle el dinero del hotel para comprarse un jeep, una motocicleta y unos cuantos juguetes que tenía en su cuarto del hotel.

Loreto y Quique, los dos hijos de la señora Fina, odiaban al Francois. Y Quique, ya mayorcito, amenazó al alemán con un cuchillo.

El Quique era celoso en extremo. La Loreto, a los catorce años, ya andaba leyendo libros sobre

Esta Loreto era una jovencita atractiva, pero descuidada y sucia. Nunca se lavaba los dientes y de su boca se desprendía un aliento a cigarro malo, fuerte y rancio.

La señora Fina sufría mucho por el Francois, que se perdía vaya uno a saber dónde. Entonces la señora Fina dejaba el hotel, se montaba en un tren y se ponía a buscar al Francois. Loreto le tenía miedo al sereno y me decía que la acompañara hasta que llegara su madre. Y cuando la madre llegaba a eso de las dos de la madrugada, la Loreto exclamaba:

—Ahí viene la puta ésa.

La perdición de la Loreto partió de la madre. A los catorce años ya dormía en casa de sus amigas, se iba a jugar a los casinos y comenzó sus prácticas amorosas.

Estos eran los dueños del hotel y, lo que he contado, un resumen de unas cuantas vidas oscuras.

Entre los huéspedes estaba el Sergio, un guitarrista libanés que se presentó una noche con una francesa. El Sergio era bien parecido y la francesa, que lo mantenía, lo corrió una noche por chulo y por maricón. Parece que el Sergio lo mismo se acostaba con hombres que con mujeres y todo lo hacía por dinero. Llegaba

siempre tarde y su cuarto era el más sucio del hotel porque no dejaba entrar a las camareras para que hicieran la limpieza. Vivía de comer yogurts y beber coñacs. Vivía de la guitarra y de su cuerpo.

Otro huésped era la Ana Dupont, enamorada del hippy Richard, guitarrista también como el Sergio y con un peinado a lo afro. La Ana era joven y se defendía como fichera en un bar nocturno donde conoció a un barón belga que gastó treinta mil pesetas por ella. La Ana obtenía un tanto por ciento por la consumición de cualquier bebida y el belga lo gastó todo por ella. Entonces el belga, arruinado, vino y se instaló en el hotel. Se la pasaba en la sala de recepción y no cesaba de telefonear a la Dupont:
—Señorita, yo le propongo matrimonio.

La Ana le huía. Después de sacarle un porcentaje al barón ya no quería saber nada de él. Por otro lado sufrió con las desapariciones del Richard.

Ana le gustaba a todos los hombres del hotel. Le gustaba a un hindú que vivía de dar lecciones de yoga. Le gustaba al belga, a un estudiante del *opus* y a otros tipos que venían de la calle y se sentaban en la recepción con la ilusión de verla.

Para mí la Ana no tenía ningún atractivo. Era chiquita, de dientes amarillos y muy mal pensada.

El hindú se creía bonito y hacía exhibiciones para la Dupont. Metía el vientre, se sentaba sobre sus manos y lanzaba las piernas hacia adelante. A este hindú la Dupont le aceptó un almuerzo y le pidió un préstamo. El tonto, creyéndose bonito, corrió al banco y retiró todos sus ahorros. Para acomodar las cosas, el hindú se enfermó y no podía salir del cuarto y cuando se curó ya la Dupont había desaparecido. El Richard le había robado todo el dinero que había conseguido aquí y allí. La Dupont, para terminar completamente jodida, quedó en estado. El Richard, como broma, mandó una postal desde Holanda. El barón belga tuvo que vender su carro para poder comer. Después me pedía prestado. Yo lo mantuve un tiempo a razón de un almuerzo por día. El belga era en verdad noble y desde Bruselas mandó un cheque por todo lo que debía y a mí me llamaba para invitarme a su casa.

—¿Por qué se volvió loco por la Dupont? —le pregunté yo.

—Usted no comprendería, señor Rodríguez. Esa perra sucia era igualita a mi mujer.

Yo tenía miedo de volver con Marta. Cada noche tenía una pesadilla. Nunca habíamos estado bien y a su lado yo perdía la cabeza con facilidad. Ella había andado toda su vida con unos cuantos misterios. Yo no sabía cuánto ganaba en la Universidad. No sabía nada de

ella. Cuando quería ir a ver la hija que tuvo con el Hildolfo me mentía diciéndome que iba a visitar a un familiar. Ella a esta hija la mantenía a fuerza de potes y de leche. Además a mi no me gustaba nada la familia de Marta. Marta se decía pura.

—Tú no tienes ideas de cómo me educaron a mí —me decía.

—¿Y a tí te educaron? —le respondía yo— No lo parece.

Para Marta su educación residía en el grado universitario que había alcanzado. Pero eso no era nada para mí porque en Venezuela cualquiera era licenciado, profesor, militar o abogado. No había una familia venezolana que no contara entre sus miembros con un doctor o con un oficial. La educación en Venezuela es gratuita y sacarse un título no es nada difícil. La idea de toda familia en Venezuela es contar entre sus miembros con un doctor o con un oficial. Todos los hermanos de Marta eran doctores. En mi casa los únicos que no éramos nadie éramos Felipe, que era epiléptico y yo, que era escritor. Y un escritor es un hazmerreir. Es lo último en el escalafón. O en el escalón. No sé qué diría un sociólogo de mi condición social. Hasta el presente me consideraba un chulo porque había vivido sin trabajar y sin aprender a manejar y sin dar una cuota para la propiedad

norizontal. Yo quería la vida que llevaba. No me gustaba achantarme en un sitio. No quería una colocación fija. Eso no iba conmigo. Yo iba a vivir de un sitio a otro. Yo no quería una colocación. No quería un puesto. No quería salir corriendo cada mañana a meterme en una oficina en la que tenía que llamar doctor o licenciado a un tipo casi analfabeta, a un imbécil que no sabía ponerle un acento a una palabra. Yo los conocía. Había trabajado en el Ministerio de Justicia y en el Ministerio del Trabajo y ninguno de mis jefes, que eran doctores, sabían lo que era un acento. Yo era un escritor puro. Un tipo que no quería colocaciones. Un tipo que no quería frustrarse como se frustraron los mejores talentos del país por la colocación o el ministerio público. Yo quería ser como Hemingway o Jack London. Y escribía a diario. Escribía en mi Diario Intimo. Escribía mis relatos. Escribía artículos, verdaderas joyas literarias. Escribía una novela y ahora mismo corregía las pruebas de *Gritando su Agonía,* la mejor novela venezolana de los últimos cincuenta años. Ya había escrito y publicado *Entre las Breñas* y la gente que sabía de eso había dicho que con ese libro yo había partido en dos la literatura venezolana. Lo dijo César Dávila Andrade, un gran poeta y cuentista ecuatoriano que vivió en Venezuela, quesufrióla indiferencia del venezolano hacia él y hacia su obra y que terminó suicidándose en un pobre hotel de

Caracas. Ese era el camino que entreveía para mí. Yo, era seguro, iba a terminar como él. No me iba a rendir. No iba a terminar en un bar de Sabana Grande bebiendo con unos mediocres que se decían escritores y que no leían ni escribían. Yo no iba a ser así. Yo iba a ser un hombre serio. El único escritor serio que había tenido mi país hasta el presente. Y por las noches leía como siempre había leído desde que la dí por leer y tenía miedo de volver con Marta porque estaba seguro de que aquello terminaría mal. Pero mi país era un país verdaderamente limitado. Las pruebas de *Gritando su Agonía,* mi última novela, hablaban de eso. Hablaba de presidentes, de Ministros, de desempleados, de abogados, de cárceles, de guerrilleros, de putas. Hablaba de todo. Era la única novela en su género en Venezuela. Yo había hecho un repaso de todas las clases sociales, había "pintado" el ambiente, había calado hondo en las ideologías, en la historia, en la idiosincracia, en todo lo que me había tocado vivir y conocer en mis treinta años de vida. Nadie iba a reconocer ese libro mío por envidia hacia mí, hacia mi talento, hacia mi grandeza, hacia mis visiones. Yo iba a tener a todo el mundo en contra porque era un hombre fuera de serie. Era un hombre semejante a todos aquellos hombres que yo había admirado. Era igual a Tolstoy y tan grande como él, pero Venezuela no había alcanzado la madurez para comprender mi obra. Yo iba a

pagar el atraso, la mediocridad y la vaciedad (que en Venezuela se llama nuevo riquismo) por haberme preocupado por calar hondo, por llegar a las profundidades de un país (cuya piel no era tan honda). Iba a "plasmar" para la posteridad la chabacanería y el mundo que me tocó vivir. Y ahí estaban las pruebas en *La Fiesta del Embajador y Gritando su Agonía.* Del mismo modo, como un acto individual, llegué a lo más alto y a la poesía más pura que se había escrito en mi país con *Entre las Breñas.* Yo, en poco tiempo, antes de los treinta años, lo había hecho todo y lo que vivía era un regalo. Tendría que sufrir más, aguantar más insulceses y seguir andando en medio de la mierda que se cree importante. Ya había estado solo e iba a seguir solo. En mi país no había nadie como yo. Como Thomas Wolfe en su Nueva York. Como Dostoievski en su Sanpetesburgo. Como Tolstoy en su campo de Iasnaia Poliana. Como las Bronte en sus páramos de Yorshire. Yo estaba pagando mi grandeza y mi genio y estaba solo, e iba a pasarlo peor en el futuro.

Yo tengo un relato titulado *El Regreso* donde hablo de mi primera partida de Barcelona hacia Caracas.

Una mañana, como lo tengo dicho allí, salí del Hotel Falcón, tomé un taxi hasta la terminar de Iberia y de aquí un autobús hasta el aeropuerto

En Madrid me quedé una semana porque

quería conocer personalmente a Jorge Campos, quien había escrito sobre mis libros sin ni siquiera tener una idea de quién era yo.

Me instalé en el Hotel Cervantes y esa semana me sucedió algo que nunca me había sucedido: fui con una puta y el aparato no me funcionó. Se lo achaqué al recuerdo de Marta. Ella me esperaba en Venezuela y yo tenía miedo de volver a verla.

De resto no hice nada en Madrid, salvo recorrer los sitios que había recorrido con Régulo Moreno Peña en 1964.

A Jorge Campos lo visité en su residencia de la calle General Pardiñas. Y eso fue todo. Ahora no recuerdo de qué hablamos.

Le envié un cable a Marta indicándole el número del vuelo y la hora de mi llegada.

El vuelo tuvo una imprevista escala en Curazao y a la hora, en un aparato de hélice, llegué al aeropuerto internacional de Maiquetía.

Marta me hizo señas a través de los altos ventanales de vidrio y mi miedo creció. Después, en el taxi que nos conducía a Caracas, le pregunté:

—¿Qué hay de por medio?

—Nada, mi amor —respondió ella agarrándome las manos— te lo juro.

Iba hacia un nuevo desastre, el peor que me iba a tocar en la vida. Ya yo lo había entrevisto,

pero no tenía otra salida y como con los pasos medidos fui a meterme en la boca del infierno.

No bien me instalé en el apartamento de Marta ésta empezó con su ataque:

—Tienes que casarte conmigo.

—¿Cómo? ¿Y no sigue mi divorcio?

—No, eso lo arreglé yo cuando tú estabas en Barcelona.

Así que ella se había quedado solucionando lo de mi divorcio para atraerme de alguna manera. Y yo de mi divorcio no ví ni siquiera ese papel que le dan a uno en el tribunal y en el que consta que ya uno "es libre" o está divorciado. Marta tenía ese papel.

—Bueno, ¿cuándo nos casamos?

—Y eso era a cada momento. A la hora del café, a la hora del almuerzo y a la hora de la cena.

Marta vivía en este apartamento y sólo iba los sábados y domingos a su casa porque esos eran los días que pasaba el padre allí. Su padre trabajaba en Valencia. Para su padre Marta era una santa. Eso que decía Marta siempre.

Pero yo no confiaba en ella, no le respondía a sus preguntas acerca del matrimonio y leía cuanto podía. Yo sabía que a su lado no iba a tener tranquilidad nunca. Ella violaba mi correspondencia. Me rompió un maletín para leer mis Diarios Intimos de Barcelona y por último se apropió de un material inédito que yo

había recogido para escribir una novela.

—¿Dónde está eso? —le pregunté

—Lo escondí —dijo— Y no te lo devuelvo si no me firmas el poder que necesito para casarme contigo.

Creo que la golpeé. Creo que le coloqué sus buenos morados en las piernas y en los brazos. Marta sabía hacerme perder la cabeza y como que le gustaba recibir palizas. Y yo no me explico por qué me sentía atado a ella. Yo desconfiaba de ella, no sentía ningún amor por ella, pero no podía abandonarla. Más bien la odiaba. Tal vez era mi inseguridad, mi falta de madurez y la maldita cosa de ser un pobre escritor en un país materializado por pendejadas lo que me ataba a ella. Claro, Marta vivía ofreciéndome casa, comida, y tiempo para leer y escribir. Yo no sé si cedí a esas mezquinas miserias para sobrevivir en ese mundo que no era el mío. Y terminé por firmarle el poder que ella misma redactó. Pero yo no quise ver mi propia agonía, mi propia condenación, y volví a coger otro avión para España a la media hora escasa de haberle firmado ese poder. Viajé a Palma de Mallorca y allá fue a tener ella, porque ella tenía que dejar bien colocado su nombre de santa en su casa y en su sitio de trabajo. Ahora era una mujer casada, una señora. Y yo me resigné. Bueno, lo mío era trabajar. Lo mío era leer y escribir. Ahora que tenía a Marta conmigo iba a hacer

abstracción del odio que sentía hacia ella para emprender un ensayo largo que iba a titular *La Trágica Verdad del Escritor*. Pero en Palma renacieron los inconvenientes. Yo tenía una beca del INCIBA y Marta estaba enterada de ello. Yo tenía el compromiso de escribir un libro y enviarlo al INCIBA al cabo de un año. Ella lo sabía, pero a la semana de estar allí la dio por quejarse, por decir que andaba con permiso no remunerado y que ella también tenía que escribir un trabajo. Teníamos que irnos de allí. En Palma de Mallorca no había universidad. En Palma no había criminólogos. En Palma no había cárceles. Ella tenía que escribir un trabajo sobre las cárceles españolas. De modo que yo le cedí y nos fuimos a Barcelona. En Barcelona la pobre Carolina se enfermó y pasó un invierno y un otoño en cama. A Marta bien poco le interesaba Carolina. Marta había descuidado a Carolina en Bruselas y en Caracas. Y desde Bruselas, Marta para proteger su "reputación" me había enviado a Carolina con una persona que no conocía. Y la pobre niña se había enfermado. Marta había defendido su "reputación" a costa de dos hijas y de un imbécil como yo que la había sacado de su condición de madre soltera y de mujer vejada con un papel que le firmé y con el que ella se casó. Ahora era una señora, una esposa abnegada, algo así. Y en Barcelona también se encontró con una universidad cerrada y una falta de

criminólogos. E ideó otro viaje. A Madrid. ¿Qué iba a hacer yo en Madrid? Yo cargaba conmigo los papeles y los libros que iba a utilizar en ese ensayo acerca de *La Trágica Verdad del Escritor*. Andaba peor que antes. Nunca había vivido más angustias ni más incomodidades. Me había casado con una mujer que me había ofrecido villas y castillos y lo que estaba haciendo era hundirme en la inestabilidad y en la intranquilidad. Le dije que regresáramos a Caracas. Se negó. Ella tenía que hacer el trabajo de las cárceles españolas. ¿Y las cárceles de Venezuela? No, esas no servían para su trabajo. Bueno, decidií que regresáramos. Ella calló. Yo solicité mis pasajes. Ella no respondía. No decía nada. Estaba metida en un mutismo que hacía que la odiara más. Yo nunca había odiado tanto. Esta era nuestra luna de miel. Y yo volví solo a Venezuela y no supe más de ella en tres o cuatro meses. Parece que la había dejado en estado. Yo en esos cuatro meses no encontré nada que valiera la pena. Una argentina "guevarista" que también quería casarse y que creía en muertos y en espíritus. Una estudiante de viola más puta que una gallina y que se había liberado en Munich. Qué sé yo. Nada que valiera la pena. Y como nadie valía la pena cuando Marta regresó yo fui con ella. Pero no esperé que naciera su tercer hijo. El segundo conmigo. Me escapé otra vez hacia España.

1971 ha sido el peor año que he vivido. Ese fue el año que me casé con Marta y el año en que se mató mi hermano Alirio. Desde un comienzo 1971 empezó mal para mí. La noche de 1970 para 1971 la pasé solo, sentado en un mueble del apartamento que Marta tenía alquilado en la Avenida Roosevelt. Y en enero vino Marta con el poder ya listo para que se lo firmara. Se lo firmé y nos dirigimos a una notaría. Yo viajaba esa misma tarde hacia Barcelona y la notaría estaba por cerrar y el poder necesitaba otra firma, la firma de un abogado que no fuera Marta ya que ella era parte interesada. Yo desconozco esos requisitos llamados legales. Entonces viendo ella que se acercaba la hora de cerrar, falsificó la firma de una amiga suya, socia de su hermana Alicia y así fue "legalizado" ese documento. Yo me embarqué en un avión para no verme en la guillotina y Marta se casó como le dio la gana. Bueno, ya sabe el anónimo lector de estas *Memorias* que Marta se me reunió en Palma de Mallorca y me echó a perder mi fiesta y de ahí nos fuimos a Barcelona donde yo la abandoné porque me tenía cansado con su maldita profesión. En un día, no hago más que recordar, rompí con todo y de un salto me hallé de nuevo en mi país. Y pasé ese tiempo como pude, bien tomando cerveza en la Plaza Candelaria o bien corriendo detrás de las faldas de una estudiante de viola, muy calculadora por cierto, porque teniendo novio en Viena se la

pasaba conmigo haciéndome carantoñas y apretujándose contra mí en los ascensores de su casa. Esta estudiante de viola bebía mucho, una barbaridad. El INCIBA la había becado y la había mandado a Viena y yo la conocí en la oficina de Díaz Sosa, que era el que daba las becas. De ahí hasta que vino Marta todo fue beber con esta estudiante de viola que al no más acercárseme me decía: "Pero no me voy a acostar contigo, estás muy equivocado". Y eso apretujándose contra mí y aplastando su boca contra la mía. Bueno, llega Marta, vuelvo con ella y viviendo en su casa me llama una hermana para decirme que mi hermano Alirio se había matado en su avión. Yo, de momento, no sentí nada. Alirio era menor que yo, tenía treinta y cuatro años. Era, creo, el hombre más inteligente de la familia. Por eso se había matado. Por eso se mató de primero. Era en noviembre y yo había publicado un día antes un artículo que titulé *El Suicidio de Dostoievski* y hablaba de Kiriloff, el joven que en *Los Endemoniados* dice que sólo hace lo que le dicta su voluntad y que se matará para probarlo. Yo supongo que Alirio leyó esa nota porque en el velorio unos capitanoes compañeros suyos me decían que Alirio había empezado a reconocerme y se preocupaba del poco tiempo que tenía para leer. Yo esa mañana, antes del accidente de Alirio, me levanté sobresaltado por un sueño que tuve. Había soñado que una hija mía se me moría en los brazos

y salté de la cama en la que dormía al lado de Marta. Hora y media después se mataba Alirio y una media hora más tarde lo sabía yo. Cayeron unas gotas de lluvia mientras me dirigía a casa en el taxi de un español. Y ese otro día, la tarde del entierro, volvió a llover cuando sacábamos el ataud. Y volvió a llover cuando empezamos a enterrarlo.

De esta forma terminó el año 1971. Había empezado para mí con mi malogrado matrimonio con Marta y había terminado con la muerte de Alirio. Escribo todo esto con el fin de olvidarlo.

Marta vivía acordándose del cumpleaños de cada uno de sus padres, de sus hermanos, sobrinos y familiares en general. Se acordaba de los cumpleaños de sus compañeros de oficina.

—Mañana —me decía– no vengo a almorzar. Tosca cumple años y los del departamento les daremos una comida.

—¿Dónde?

—Yo no sé.

—¿Y no puedo ir yo?

—¿Por qué? Tú no eres del departamento. Tú no eres universitario.

Y esto era siempre. Marta vivía pendiente de la muerte de los padres o abuelos de sus compañeros de oficina, o de la muerte de los padres o abuelos de los amigos de sus compañeros de oficina y tenía que asistir a todos esos duelos.

Pero es el caso que al velorio, duelo o entierro de mi hermano Alirio no asistió. Pero el día que murió la mamá de Marta Sosa, una persona que no conocía ni trabajaba con ella, salió corriendo vestida de negro y se pasó el día allí.

Yo de casualidad si me acuerdo de mi cumpleaños.

¡Cómo odiaba todas las tonterías de Marta! En Venezuela todo el mundo es así. Yo en mi país me he sentido como el pez fuera del agua. Marta tenía que dar viajes a Valencia el día del padre o el día de la madre porque en Valencia vivían sus padres. Hacía lo que hacía todo el mundo. Ni más ni menos. Y yo, odiándola a ella, odiaba a toda la gente de mi país.

¡Cómo me había aliviado dejándola de nuevo!

Llegué por tercera vez a Barcelona y me empaté con Hortensia Vásquez, una joven idiota de Albacete que se acostaba con un hombre casado y que escribía cuentos. Yo la llevaba a comer al Xaica y después la metía en un hotel de Conde del Asalto. Pero Hortensia era medio sucia. No se bañaba y para quitarse el mal olor se echaba agua azucarada. La abandoné por una canadiense que conocí en un bar de la calle Fernando frente a una jarra de vino. Nos entendimos en francés y la metí en el hotel Falcón. Pero aquí el Francois, el chulo de la dueña, quiso atacármela y tuve que llevármela para

Cubellas. Pero a la Shery le dio por querer casarse y me volví a lo mío y a las lecturas de Nietszche, Adamov, Dostoievski y Heningway. Entonces no salía yo de un apartamento y me la pasaba con una libreta tomando notas y haciendo planes para una novela que quería titular *Destierro Voluntario.*

Dí un viaje con Aníbal Valero a Andorra y allí me compré un reloj. Aníbal iba en busca de su "trusó" para casarse con una dama brasileña.

Yo necesitaba dinero y le mandé a José Ratto-Ciarlo, en Venezuela, la primera parte de mis *Memorias*. Ese viejo comenzó a publicarlas en el *Suplemento Cultural* que dirigía en el diario *Ultimas Noticias* y publicó el capítulo en que una sirvienta aparece chupándome la paloma. Lo enjuiciaron. Yo fui el primer sorprendido.

En esto me telefoneó Marta.

—¿Te mandó el pasaje?

—Sí, mándame esa vaina.

Y regresé de nuevo. Otro regreso tan parecido a los demás.

El señor Tarre Murzi y su secretario, un tipo llamado Alfredo Armas Alfonzo, me retiraron mi beca de doscientos dólares. Dependo de Marta. Bueno, en parte, porque yo escribo para *El Nacional* y gano algo. Y Domingo Fuentes edita mi primer tomo de *Memorias*. Enjuician a Ratto-Ciarlo por haber publicado un capítulo

con antelación y lo encierran en un calabozo. Yo no tengo ninguna culpa y nadie se mete conmigo, pero no sobran los malintencionados que quieren verme entre rejas. A mí siempre me han envidiado por eso de que mis cosas se imponen y forman roncha. Pero a pesar de que mis *Memorias* se venden, Fuentes no me paga porque se gasta el dinero con una puta llamada Laura.

Vivo con Marta en un apartamento de San Bernardino. Bueno, paso un día allí y otro en el apartamento de mi mamá porque ahora Marta se la pasa corriéndome. No se acordaba de cuando quería casarse conmigo para que yo me dedicara a leer y a escribir. No, ahora yo era un flojo, un vago, una mierda. Ahora ella quiere ser como Rosa del Olmo. Quiere dar comidas en su casa. Quiere exhibir cuadros en las paredes. Quiere comprarse un carro y un apartamento en propiedad horizontal. Ahora Marta quiere andar viajando por las ciudades de Venezuela y dormir en hoteles. Ha hecho planes para escribir un libro sobre las cárceles de Venezuela. Quiere hacer lo que hace Rosa del Olmo. Y yo me voy de su casa. Ya ella resolvió su problema al transformarse en señora. Se puede divorciar y quedar como divorciada. Eso ya está mejor. Y hace lo que hizo Rosa del Olmo, que se divorció de su marido, el poeta Ludovico Silva. Y son dos señoras divorciadas. Dos señoras que pueden viajar por donde les dé la gana y nadie les va a

decir nada. Aquí me enredo con otra abogada. Una mierda que es juez en Saltamontes, un pueblo del Guárico. Pero esta abogado es igual a Marta y también quiere casarse. Y me voy a un concierto en el Teatro Municipal y me levanto una miss, una mujer que fue *miss* no sé qué y que está separada de su marido. La mujer trabaja en un ministerio, tiene una casa y yo me mudo para allá. Esta mujer es una insaciable. Me dice: *Bésame duro en las tetas. Dame aquí, etc.* Y no se sacia con nada. Me agota. Y después le viene lo de la casadera. Porque esto de la casadera le viene a todas las mujeres. Hasta que me presenta a su amiga, que es igual y quiere llevarme a todas partes. A su casa de la playa, a su casa de la montaña, a su propia casa, donde conozco a su esposo. Así que le estoy metiendo a la *dolce vita*, a los buenos vinos y a los grandes restaurantes. Pero esta mujer, a pesar de que es mayor que yo, quiere escaparse conmigo, divorciarse de su marido y "ver qué puede hacer por mí" Y yo, que estoy escarmentado con el matrimonio de Marta, me voy solo por ahí, por el *Juan Sebastián Bar*, y me empato con una negra que me dice que es psicóloga y profesora en la Universidad Central y en el Instituto Pedagógico. La negra le mete duro al whisky, a la comida española y a las discotecas. Estoy viviendo bien, porque estoy viviendo de las mujeres. Además Marta también me busca. No hay día que no me telefonee y

me diga que vuelva. Pero esta vida es muy sabrosa. Yo no sabía lo que me estaba perdiendo. Y le quito la novia al mocho Ledezma. Para completar la novia del mocho Ledezma vive a dos cuadras del apartamento de mi mamá y la tengo en una cama durante cuatro horas al día. Conozco a la viuda de un ministro y también la cepillo. Tengo doce mujeres al mismo tiempo. Tengo dinero para limpiarme la ropa, para comer como nunca y para montarme en taxi. A veces tengo hasta un Mercedes con chofer y todo. Y recibo cajas repletas de quesos franceses y vinos alemanes. Me obsequian botellas de champaña y como con champaña. Me acuesto con una rubia que está casada con un arquitecto. Me acuesto con una mestra que viene tres veces por semana desde Maiquetía. Raspo a una aeromoza que se enamora de mí y me regala una chaqueta. Raspo a la amiga de la profesora de la Universidad y del Pedagógico, una gorda que hiede a ajo. Me estoy dando la gran vida en medio del maremagnun político y yo no tengo nada que ver con eso.

El balance definitivo de mi vida con Marta arroja un saldo macabro y negativo. Con cualquier otra mujer a mi lado yo hubiera podido haber escrito más. Yo para Marta era el objeto con el cual ella iba a arreglar su *existencia.* Marta no me quería sino para casarse. En Caracas hizo todo lo posible por enturbiar mis relaciones con Julieta y la familia de Julie-

Bruselas fue lo mismo. No vivía más que para gritarme que cuándo me iba a divorciar de Julieta para que nos casáramos. No me explico cómo escribí todo lo que escribí en Bruselas, porque ella se la pasaba corriéndome de casa y haciéndome chantajes con la miserable beca que tenía. No la aguanté más y regresé a Venezuela. Pero ella se vino atrás y continuó en su empeño de divorciarme y a meter a Carolina de por medio para lograr su matrimonio conmigo. De una u otra manera he narrado todo esto en las páginas que preceden... Ya casados a Marta no le preocupaba sino lo mundano, las estupideces que veía en aquellas mujeres, todas divorciadas o abandonadas por sus maridos,que solo pensaban en las porquerías que estaban de moda como esas de visitar psiquiátras, someterse a curas de sueño y bregar amantes como vieron en alguna película francesa.

Yo estaba asqueado. Marta se secaba y si nunca tuvo sensibilidad, los años la estaban convirtiendo en una mujer llena de amarguras y frustraciones. Eso no es todo, aquí, casados, también volvió a cerrarme la puerta de casa y un día que fui a recoger unos papeles llamó a la policía y me hizo detener. Después, invocando una ley de vagos y maleantes, su sola preocupación fue la de perseguirme. Conmigo entre rejas su camino estaría expédito.

Para mí todo fue pérdida con esta mujer.

Perdí mi tiempo, perdí el hilo de mi trayectoria y quedé en la calle mucho peor de lo que no estuviera antes. Y por si fuera poco Marta se apropió de una biblioteca que me costó esfuerzos, tiempo, búsquedas y dinero. Todo lo que yo tenía, todo lo que yo había reunido en el curso de unos cuantos años se lo apropió esta mujer que lo que me merece es un recuerdo despreciable y asqueroso. La última vez que la ví su aliento hedía a diablo y yo estuve ahí horrorizado, diciéndome:

—¡Coño, y esta fue la compañera que me cupo en suerte durante tantos años!

Y que alivio me invadió cuando me afirmé dentro de mí mismo que yo lo que quería era correr, huir de su presencia.

A mí me parece que he sido un hombre impecable. He hecho mis cosas bien. He sido lo que me he propuesto desde muy joven. En un país duro, inculto, semi-bárbaro, me he convertido en escritor. Mi nombre ha traspasado las fronteras patrias, como dicen, y me han elogiado en España, Buenos Aires, Santiago de Chile y quién sabe dónde más.

Si algún error he cometido ha sido ese de ser comunista por nada, de gratis, porque un escritor, un creador no debe ser comunista ni avalar ninguna clase de dictadura.

En el plano político creo que lo de Fidel Castro en Cuba es positivo, ya que detuvo las ansias imperialistas de los Estados Unidos en América del Sur.

a aquellos jóvenes guerrilleros y terroristas de los años sesenta que en Venezuela se alzaron en armas. En vez de seguir a Fidel Castro, siguieron al Ché Guevara. El Che Guevara era un desesperado, un hombre que no podía estarse quieto, un hombre que no sabía esperar. Un hombre como el Che Guevara es nocivo para un país en reconstrucción. El Ché se parecía a León Trotsky. Fidel, más político, se parece a Lenin y a Stalin al mismo tiempo. Fidel aprendió con los rusos a tener paciencia. Pero Fidel, como hombre del trópico, es nervioso y aún no se controla. Esta falta de control le ayudó en su guerra en Angola en la que derrotó por tercera vez a los yanquis.

******

Los errores más visibles de Fidel Castro fueron esos de dejarse engañar por los "revolucionarios venezolanos", unos auténticos desesperados, y ponerse a atacar a los gobiernos democráticos de América Latina, sobre todo ese gobierno de Rómulo Betancourt en Venezuela.

La culpa no es de Fidel. La culpa es del Ché y de los "guerreristas" o provocadores venezolanos. El Ché pagó con su vida su desespera-

ción. Los comunistas venezolanos pagaron caro la desesperación. Todavía en 1964, cuando yo publiqué *Entre las Breñas*, ha podido hacerse algo. Pero los "guerreristas" y los provocadores ya no quisieron pararse sino destruir de un solo golpe lo que quedaba del partido comunista y de la izquierda venezolana.

******

Un hombre que no se haga la paja no es normal. Cuando publiqué el primer tomo de estas *Memorias* quisieron demandarme porque narré eso de que yo me hacía la paja y de que las sirvientas de mi casa jugaban con mis pelotas. Bueno, a los señores del Opus Dei no les gustó esa parte y demandaron a Ratto Ciarlo por haberla publicado. ¿Será que los del Opus Dei no se hacen la paja? Es muy peligroso un hombre que no se sacie ni con sus manos. Un reprimido puede convertirse en un asesino. Hacerse la paja no cuesta nada y alivia la cabeza y descarga el organismo. Yo le aconsejo a los jóvenes que en vez de asaltar, robar o traficar con drogas se hagan la paja lo menos tres veces al día.

******

La religión católica ha ido disminuyendo porque predica la represión. Un reprimido, ya se sabe, es un violento. La inquisición era

violenta, sádica y masoquista. Los católicos predican el castigo de la carne: represión y golpes. Se golpean con palos, con látigos, con pedazos de vidrio se tasajean la carne.

******

La violencia de Hitler provenía de su represión. La represión también convierte al hombre en un sufrido. Cristo es el caso máximo de sufrimiento: yo sufro, yo soporto cachetadas, a mí me crucifican sin que proteste. Cristo, después de todo, era buena gente.

******

Stalin también era un reprimido. Esa soledad, esa lucha, esos deseos de venganza, esa desconfianza. Todo eso es represión.

******

Una teoría de la represión.

******

El genio de Leonardo también proviene de la represión.

******

Los genios son unos reprimidos.

******

Si a Cervantes no se le reprime encarcelándosele no hubiera imaginado a Don Quijote. Cervantes, libre, no hubiera pasado de *La Galatea* y hoy no se le conocería.

******

Del sufrimiento (que también es una represión) salió toda la obra de Dostoievsky.

******

Y de las Bronte ¿qué?

******

¿Adónde nos llevaría una teoría de la represión?

****

A mi la represión no me ayuda en nada. Yo no puedo escribir si no estoy acompañado de una mujer. Sólo he escrito unas cosas negras y amargas. Mi primer *Diario de Barcelona* podría compararse con *Inferno*, de Strindberg. Pero aquella soledad de Barcelona fue una soledad que yo mismo me impuse.

******

Eso de flagelarse es una cuestión sexual. En España hay gente que se flagela en público en los días de la Semana Santa. Esos hombres salen encapuchados, con la espalda al aire y se flagelan con unas correas. Cuando sangran detienen los palos. Supongo que estos hombres terminan sexualmente (eyaculan) al sangrar.

******

Yo no soy freudiano. Dios me libre.

Yo, a todas estas, no sabía que era tan importante. No sabía que era una persona que influía sobre las otras personas. No sabía que si tenía una mujer cada día se debía a mi inmenso talento. Mi vida con Marta no me había dejado ver el bulto. Marta me tenía engañado, diciéndome que yo no iba a levantar a nadie. Que si no vivía de ella no iba a vivir de nadie. Y ahí estaba yo viviendo de todo el mundo, envuelto en olor a multitud y en olor de mujeres. Hemos llegado a 1973 y los candidatos a la Presidencia de la República recorren el país. Hay un candidato por el gobierno llamado Lorenzo Fernández que es medio tonto. Se retrata con su familia y su runfla de muchachos. Dice que la familia que reza unida permanece unida. Dice unas cuantas cosas así, muy bonitas para las

viejas beatas, pero muy feas para el venezolano, que es vivo, bígamo, bruto y retrasado mental. El pobre hombre lleva las de perder. Al venezolano quien lo entiende es Carlos Andrés Pérez, el candidato del partido Acción Democrática. Un candidato con mala fama. Un candidato que salta una zanja de cuatro metros. Un hombre que camina con la gente y dice que en Venezuela lo que hace falta es orden y energía. Yo estoy en una fiesta de mi amigo el coronel López cuando Lucila Velásquez, una militante de Acción Democrática, me dice:

—Argenis ¿por qué no te unes a nosotros?

—Pero si yo estoy casi unido a ustedes. Mi candidato es Carlos Andrés Pérez. Estos copeyanos son una mierda. Acabaron con el Instituto de Cultura, cerraron las revistas, no le dan un puesto sino a aquel que se santigua y va a misa. Aquí no se defiende sino a los ladrones de caballos. A los jugadores del cinco y seis. Yo estoy con ustedes. Lo único bueno que tenía Copei eran la señora Gloria Stolk y Luis Herrera Campins.

—Bueno, mándale una carta al Candidato.

—¿Cómo? ¿Con quién?

—Conmigo. Carlos Andrés es una bella persona. El te colocará en el INCIBA, donde tú quieras.

—Yo no pido nada. Yo lo que quiero es ayudar a derrotar a estos copeyanos. ¿Tu crees que una firma mía sirve para algo?

—Claro que sí. A tí te lee todo el mundo.

Y quedamos en eso.

Un sábado, en la *Librería Gusano de Luz*, le llevo esa carta a Lucila Velásquez. Ahí digo:

Señor Carlos Andrés Pérez. Mi querido amigo. Ojalá que su tino y su buena suerte le den el triunfo que se merece.

Etc. No recuerdo que otro asunto escribí en esa carta que sentía en ese momento. La izquierda no tenía candidatos. O mejor dicho, tenía tres o cuatro para perder. Y yo no soy de izquierda. Yo no soy de ningún lado.

Mi carta surte efecto y Carlos Andrés Pérez gana las elecciones. Me invita a La Casona. Pero Lucila Velásquez, la que me ofreció una ayuda para matar mi hambre, lo que me dice es lo siguiente:

—Argenis, aquí no hay ningún empleo.

Y era mentira. Lo que pasa es que ahora no quiere darme nada. Y yo fui el único escritor que apoyó a Carlos Andrés Pérez.

—No te preocupes, Lucila —le digo— ya encontraré una colocación por ahí.

—Yo te aviso, Argenis. Pero ya ves, aquí no hay nada.

Y mentira, hay de todo. El INCIBA está descabezado. Lo que pasa es que ahora soy una mierda. No hay jefes de departamentos. No hay jefes de literatura. Vienen unos argentinos y

consiguen un trabajo en media hora y encima logran que les paguen tres meses atrasados no sé por qué. Viene quien venga y consigue una beca. Viene una actriz cuyo marido es Director de Cultura en una embajada y se lleva su beca de quince mil bolívares. Y la actriz no es venezolana. Yo estoy jodido porque soy venezolano. Por último, a un último intento mío, me dice:

—Argenis, yo no quería vejarte dándote un puesto de portero, pero cumplo con informarte que hay para tí un puesto de bedel. ¿Lo quieres?

Yo cojo lo que haya. Ya sabe el lector que he sido mecánico, limpiador de carros y vendedor de periódicos.

—Oye, te daré el puesto de portero con otro nombre. Te pondré Coordinador Literario.

Y yo acepto. Más vale que no. Tengo que hacerle todo porque al INCIBA no va nadie. Redacto las cartas de Lucila, los telegramas de Lucila, los artículos para *Imagen, Revista Nacional de Cultura, Venezuela-Cultura-Hoy, etc.* Hago los mandados. Llevo los avisos a *El Nacional*. Le busco a Lucila datos sobre Reverón, Tito Salas, La India y Simón Bolívar para que ella vaya a decir sus conferencias. Un día Lucila tiene que dar una conferencia en una convención de gobernadores. Tiene que hablar sobre la cultura en las cárceles. Bueno, se busca la "adhesión" de un abogado que le ofrece "la

filosofía del régimen carcelario"... para no hacerle nada. Encuentro a Lucila llorando:

—¿Qué le pasa Presidenta?

—La irresponsabilidad de la gente. Nadie cumple. Le pagué a un abogado para que me escribiera un trabajo sobre la Cultura en las Cárceles y estas son horas que no se ha aparecido. Y ningún poeta viene a su trabajo. Nadie.

—¿Usted quiere que yo le haga ese trabajo?

—¡Pero tú no sabes nada de eso, Argenis!

—Yo sé de todo.

Y en menos de un cuarto de hora redacto todo un tratado sobre filosofía carcelaria. Lucila se va con su papel debajo del brazo, lee ese discurso, la sala se viene abajo y mandan a imprimir mi trabajo.

Un día se muere Miguel Angel Asturias.

—Argenis —me llama Lucila—, quiero que me escribas un artículo sobre Asturias. Se acaba de morir y *El Nacional* me pidió unas declaraciones.

Bueno, escribo ese artículo, sale ese otro día y la gente no sabe cómo hacer para felicitar a Lucila Velásquez. Le dan una cena. Le ofrecen un homenaje.

Lucila le digo yo—, Lucila...

Y no me deja proseguir porque me interrumpe:

una cosa: a mí no me llames Lucila. Yo soy la Presidenta del INCIBA.

¡Señor, Dios de los Ejércitos! ¡Yo la había encumbrado y ella me tiraba la puerta en la cara! Eso me pasa a mí por lambucio, por aceptar un puesto de portero.

Pero yo soy pendejo, pendejo. Lucila está caída. Llora. La atacan por todas partes. Me dice:

—Argenis, quiero que me dediques un libro. ¿Cuándo aparecen tus *Memorias?*

—El próximo mes, señora Presidenta.

—¿Puedes poner ahí a *Lucila Velásquez, a quien tanto le debo?*

—...!!

—Fíjate que yo te metí aquí. Nadie te quería. Lizardo puso el grito en el cielo. Los poeticas se llevaron las manos a la cabeza. Nadie te quería. Tú haces mucho peso. Tú eres el único que trabaja, eso es cierto...

—Está bien, Presidenta. Lo haré. Lo haré con mucho gusto.

Y en Maracay trabajo durante una semana levantando un informe sobre la cultura en la provincia y no me lo piden. Lo voy a entregar y el Jefe de Desarrollo Cultural me dice:

—Guarda eso en tu escritorio.

—Yo no tengo escritorio.

—Bueno, déjalo por ahí.

en Relaciones Públicas y se forma un escándalo. El nuevo Presidente del INCIBA me esconde la paga. También es que el Ovalles es el cabrón de este nuevo Presidente del INCIBA.

—¿Con quién coño es que tú andas saliendo?

—¿Y eso a usted que le importa?

—Bueno.

Pido una beca para desaparecer. El nuevo Presidente del INCIBA estaba enamorado de la muchacha que salía conmigo y quería quitarme el puesto de portero. Para salir de mí me da la beca en un santiamén.

Me dan una miserable beca para que me muera de hambre en París.

Y me voy.

¡Adios a toda esa mierda!

EPILOGO A LA SEGUNDA PARTE

Si no eres inmortal, mira por tí.

—SHAKESPEARE—

La última semana que Lucila pasó en el INCIBA estuvo preocupada por una sola cosa: cuidar su imagen. Así que me llamó (a mí, que tenía categoría de portero y un sueldo inferior a cualquier bedel, según averigüé después) para que le redactara una memoria de su paso por esas oficinas.

Lucila me había tenido para esto. Era yo el que le sacaba las castañas del fuego. Me exigía un cumplimiento que no se le exigía a nadie. Y yo llegaba al INCIBA primero que todo el mundo.

Yo había sentido aprecio por ella. Pero cuando la conocí de verdad todo ese aprecio se esfumó. Lucila era una mujer que no se controlaba. Lloraba por todo. Maldecía. Gritaba. No tenía orden entre sus papeles porque una mujer incontrolable emocionalmente no podía tener ningún orden.

Una mañana le lanzó una máquina de escribir al arquitecto Perdomo.

El día que leyó una carta de Miguel Arroyo, director del Museo, criticando su política cultural Lucila perdió de tal modo la cabeza que me dijo que no sabía que iba a ser de ella.

—Soy capaz de suicidarme —dijo.

Entonces yo, el portero, el bedel, el hombre que podía conseguirle un buen sueldo a otro y no podía conseguirse uno mediano para sí, la

calmaba con fracesitas de que eso le convenía porque de ese modo ella se convertía en una mujer polémica, controvertida, etc. Y eso, me daba cuenta, le gustaba mucho porque Lucila quería ser famosa, conocida, popular.

Esa última semana que Lucila pasó en el INCIBA, repito, le trabajé en su propia oficina en compañía de la periodista Aurora Martínez redactándole un resumen de las actividades del INCIBA en el curso de un año. Era aquel un trabajo para Relaciones Públicas. Pero los de Relaciones Públicas no sabían escribir. O era aquel un trabajo para los directores de los distintos departamentos. Pero los directores de los distintos departamentos culturales no iban nunca y tampoco sabían escribir. Tuve yo que pujar inventando cosas para hablar sobre teatro, folklore, publicaciones, música, etc.

Cuando pienso en esto me lleno de coraje. Un hombre como yo, que había publicado once libros, que mantenía una columna semanal en el diario más prestigioso del país, que había sido reconocido por eminentes escritores extranjeros y cuyo nombre aparecía en los diccionarios de literatura, era un pobre bedel, el pobre y vulgar secretario de una mujer que se creía poeta y que quería cimentar su base sobre mi talento y mi cultura.

Y lo peor del caso es que yo no tenía apoyo en

trabajaba. Lucila, por ejemplo, mandaba a alguien a hacer un pequeño trabajo de cuartilla y media y nadie cumplía. Entonces me llamaba a mí y yo tenía que hacer aquello. Y hasta me mandaba recados con sus secretarias:

—Argenis, que redactes esta carta para el gobernador tal en nombre de la Presidenta.

Y esta ha sido, señores, la posición más alta que yo he logrado como escritor. Siendo como soy el más grande escritor y el más prolífico de las últimas generaciones. El verdadero escritor de mi tiempo en Venezuela. El que no se guarda nada y escribe para que todos entiendan.

Yo recuerdo que Lucila veía al Presidente Pérez y ella se llenaba la boca hablándole de mí:

—Argenis está con nosotros.

Lucila no le hablaba de nadie más porque en Venezuela cuando hay que hablar de un escritor el nombre que brota a los labios es el mío. Pero lo que no sabe el Presidente Pérez es que ese escritor era el bedel, el portero de las oficinas de la señora Presidenta del INCIBA.

Lucila, esto me lo dijeron después, tuvo miedo de colocarme en un cargo sobresaliente porque la única figura en el INCIBA iba a ser yo. Ni siquiera me dio oficina y yo me sentaba hoy en un

sitio y mañana en otro. De resto me la pasaba en el pasillo sentado frente a una botella de agua. Y cuando le pedí la beca, ella, que había otorgado buenas becas a gentes que no eran nada ni hacían nada, me ofreció una miseria y más bien me rebajó el sueldo. Nunca podré olvidar (excusen este comienzo de novela de misterio) mis días en el INCIBA. Lucila me tenía para todo. Llegaba Torres, por ejemplo, y decía que mañana se iba a Maracay a dar un discurso en la Escuela de Música.

—¿Y qué vas a decir? —le preguntaba Lucila.

—Eso lo decides tú.

—Bueno, ahí está Argenis. Dile que te escriba algo.

Y yo, que no sabía nada de música, tenía que escribirle un artículo al señor Torres para que fuera a leérselo a los estudiantes de música de Maracay. Yo tenía que escribir el programa de cultura para las cárceles y decir lo que el INCIBA tenía que explicar ahí sobre folklore, música, literatura, teatro, cerámica, artes auditivas, danza, artes escénicas, artes plásticas y quién sabe qué cosas más.

Ninguno de los directores de estos departamentos iba nunca por ahí. Pérez Perdomo peleaba con Aquiles Nazoa y Pérez Perdomo iba a hablar con Lucila, a pedir un cambio.

—Quédate donde estás —le decía yo—. Nadie

te va a botar

Y yo, que era un portero, era el que arreglaba las cosas.

Lucila, en aquel cargo, le dio puestos a gentes que no iban por allí. Y con más sueldo que el mío. Yo, que no salía de ese Instituto sudando la gota gorda. Cuando Lucila tenía que hablar sobre Miguel Angel Asturias me llamaba a mí. Cuando tenía que hablar sobre la India también me llamaba. Una vez que tenía que hablar sobre Tito Salas me mandó a llamar con su secretaria y a ésta se le olvidó el recado y me dijo que me buscara unos datos sobre Monagas. Y yo busqué los datos sobre Monagas y cuando se los entregué Lucila pegó el grito en el cielo. Y todo aquello era una piratería. Y los poeticas que "trabajaban" no iban jamás y en una ausencia de Lucila Velásquez a los Estados Unidos no asistieron una sola vez y uno podía verlos en *Al Vecchio Mulino* o en *El Camilo's Bar* escuchándole los discursos a un tipo que se decía poeta y al que le habían regalado el Premio Nacional de Poesía por su gran habilidad en jalar bolas.

Lucila estaba ahí todo el día diciéndome:

—¿Cuándo va a salir el segundo tomo de tus *Memorias?* Quiero que me lo dediques.

Y yo era tan tonto, tan estúpido, que le cedí y se lo dediqué. No sabía que yo era tan importante y Lucila hacía su carrera con lo que yo

escribía. Un editorial de la *Revista Nacional de Cultura* que ella firmó con su nombre lo había escrito yo. Me arde la mierda de mi piel cuando pienso que cedí a los caprichos de una mujer acorralada por su incapacidad y su temperamento. Lo estoy pagando y por eso me hallo aquí, lejos de mi país, con una beca miserable que me pueden quitar el día menos pensado. ¿Qué me importa pensar que soy grande como Virgilio? En Venezuela lo que vale es ganarse un billete, ir a una buena barra e invitar a los cagones que te rodean.

Cuando pienso que yo, el único escritor que ha tenido Venezuela después de Gallegos, Picón Salas y Uslar Pietri, he sido vejado de la manera como lo he sido... cuando pienso que cualquier secretaria analfabeta me ordenaba redactar un telegrama por órdenes de no sé qué mierda... cuando recuerdo que me mandaban a llevar un aviso a un periódico... cuando recuerdo que me decían que abriera una puerta para que entrara una idiota. .. cuando recuerdo que la señora yo no sé que coño, argentina, llegaba en compañía de una compatriota suya y la colocaba como directora de un departamento y encima conseguía que le pagaran tres meses de retraso y tres de anticipado... cuando recuerdo que a una actriz yugoslava le daban una beca de quince mil bolívares y a mi me dieron una de dos mil, a mí que escribía y era el

único que cumplía... y

de esa beca a esa actriz que era millonaria le daban también a su marido (extranjero como ella) un cargo de representante de la cultura de Venezuela en el exterior... cuando me siento vejado de ese modo, digo, me dan ganas de hacerlo volar todo y convertirme en un terrorista que lo mismo vuela una cosa que la otra...

¿A dónde carajo va un escritor desamparado? ¿Qué hace uno en un país que no reconoce el esfuerzo de la creación y de la imaginación? ¿Qué hace uno en un país que quiere destruirte?

Al coño. Ahí es adonde se va uno. Al coño se fue Ramos Sucre.

Yo estoy con los que no tienen compasión con nadie. Esto me lo enseñó lo que vi en mi país.

Pero, claro, soy tan impotente como Raskolnikoff. Yo no tengo un ejército. Yo no puedo matar a nadie. Yo no me puedo dar el lujo de patear a las bestias. Yo no puedo pasar por encima de un millón de muertos. Yo soy apenas un gran hombre que tuvo la mala suerte de nacer en un chiquero.

Venezuela ha sido para mí el país del chulo y de la puta; del tratante de blancas y del drogómano; del aventurero sin escrúpulos, del ladrón y del asesino. De pocas cosas tengo yo que alegrarme de Venezuela. Nuestro hombre

es un ser limitado, un mono, un imitador de lo fácil, de la pose que le viene de fuera. Lo grande que nos ha venido aquí se ha muerto de hambre. Se murió César Dávila Andrade, el mejor poeta y cuentista de su generación del Ecuador. Para él no había nada, pero para los miles de chulos que traían putas sí había todo. Cuantas veces no ví a César Dávila Andrade solo por esa Avenida Urdaneta. Andaba siempre desesperado, con el cuello de la camisa rota, sucia. Escribía notas que le pagaban mal. En Venezuela lo golpearon, lo expulsaron del país y volvió para morirse aquí. ¿Qué buscaba en un país que no tenía editoriales? ¿Qué buscaba César Dávila Andrade en un país que no ofrecía oportunidades para hombres como él? No sé. Yo me parezco a César Dávila Andrade. O creo que me parezco. Lo imagino solo esa noche que decidió cortarse las venas. Aquí había vendido dos libros que no representaron nada para su estómago. Aquí lo golpearon. Aquí se estaba acordando de los indios hambrientos de Ríobamba. ¡Coño, Dávila, nuestra solución estaba en meternos a chulos! La cabronería. La chulería. La Cabronería. Dos palabras sencillas. Y no debe ser difícil ser chulo o cabrón. Si los analfabetas son chulos y cabrones, ¿por qué no podemos serlo nosotros que somos cultos, geniales y educados? Andrés Mariño Palacio no vio esto, él que veía a los cancilleres enamorando muchachitos. Venezuela no es del hombre justo como dijo

Vargas. Ni del hombre valiente, como le respondió Carujo. Venezuela es del chulo, del cabrón, del asesino, del ladrón, del que difama, del correveidile, del chulo, del cabrón, del cabrón, del cabrón, del cabrón, de los cabrones y de los chulos, de los chulos, de los chulos, de la cantidad de chulos y cabrones, de los cabrones, de los cabrones, de los cabrones y de los chulos, de los chulos y de los cabrones, de los chulos, de los cabrones...

1ª EDICION
JUNIO 1977
5000 EJEMPLARES

EDICIONES DE LA REVISTA

Zeta
RAFAEL POLEO Editor

IMPRESO
POR



IMPRESOS POLEO C.A.